

TEOLOGÍA SIGLO XXI

José Antonio Pagola

ES BUENO CREER

Para
una teología
de la
esperanza

TEOLOGÍA SIGLO XXI

José Antonio Pagola

ES BUENO CREER

Para una teología de la esperanza



SAN PABLO

© SAN PABLO 1996 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel (91) 742 51 13 - Fax (91) 742 57 23
© José Antonio Pagola Elorza 1996

Distribución SAN PABLO División Comercial
Resina, 1 28021 Madrid * Tel 798 73 75 - Fax 505 20 50
ISBN 84-285-1894-7
Depósito legal M 19 587-1996
Impreso en Artes Gráficas Gar V1 28970 Humanes (Madrid)
Printed in Spain Impreso en España

PRESENTACIÓN

NO SON POCOS los que están abandonando hoy la fe porque, en el fondo, nunca han experimentado que Dios podía ser para ellos fuente de vida y de alegría. Al contrario, siempre han sentido la religión como un estorbo para vivir. En ellos ha quedado el recuerdo de un cristianismo que poco tiene que ver con la felicidad que buscan ahora mismo desde el fondo de su ser.

Hoy, alejados cada vez más de la experiencia religiosa, y respirando un ambiente social donde la religión es considerada como algo negativo y molesto, estas personas sólo sienten desafecto y desconfianza ante el cristianismo. No creen que la fe pueda aportarles nada importante para sentirse mejor.

Me he hecho a menudo no pocas preguntas: estos hombres y mujeres, aparentemente tan indiferentes a la religión, ¿ya no la necesitan? ¿Qué queda en ellos de esa fe que un día habitó su corazón? ¿Se han cerrado para siempre al Dios de Jesucristo? ¿Qué tiene que suceder para que se interesen de nuevo por Jesucristo y su mensaje? Y sólo intuyo una respuesta: estas personas tendrían que experimentar que la fe hace bien, que es bueno creer, que Jesucristo es el mejor estímulo y la fuerza más vigorosa para vivir de manera positiva y acertada.

Hace unos años, E. Schillebeeckx hacía esta grave afirmación: «La razón primordial de que nuestras iglesias se vacíen parece residir en que los cristianos estamos perdiendo la capacidad de presentar el evangelio a los hombres de hoy con una fidelidad creativa —junto con sus aspectos críticos—, como una buena noticia... Y ¿quién querrá escuchar lo que ya no se presenta como una noticia alentadora, espe-

cialmente si se anuncia en un tono autoritario invocando el evangelio?».

Tiene razón el teólogo de Nimega. Necesitamos «fidelidad creativa» para presentar el evangelio como «buena noticia» para el hombre de hoy. No basta seguir repitiendo monótonamente la doctrina cristiana como la gran verdad de la salvación. Para evangelizar, es necesario introducir en la vida concreta de las gentes una experiencia que pueda ser percibida como sanadora y salvadora. Si el evangelio es «buena noticia», se ha de hacer notar como *nueva* y como *buena*. Si Jesucristo es salvador, las personas han de poder encontrar en él, no sólo una salvación futura, lejana y desdibujada, sino también algo bueno para vivir ya ahora. Algo que la ciencia, la técnica o el progreso no pueden proporcionar.

Esta ha sido mi preocupación de fondo en no pocas charlas y exposiciones estos últimos años. Me he esforzado por mostrar lo que la fe cristiana puede aportar a quien busca vivir de forma sana. He estado atento, sobre todo, a cuatro experiencias básicas: el deseo de felicidad, la crisis del sufrimiento, la necesidad de esperanza y la preocupación por la salud.

Es raro en nuestros días oír predicar sobre la felicidad. Hace tiempo que la dicha ha desaparecido casi por completo del horizonte de la teología. Se tiende a pensar que la fe es algo que tiene que ver con la salvación después de la muerte, pero no con la felicidad concreta de cada día, que es la que ahora mismo interesa a las personas. En el capítulo primero, trato de mostrar que las bienaventuranzas, núcleo del evangelio, son anuncio real de una felicidad sana que Dios quiere y busca ya desde ahora para cada ser humano.

Pero sería un engaño hablar de felicidad escamoteando el problema del sufrimiento. Por otra parte, el cristiano ha de escuchar la llamada de Jesús a «tomar la cruz». Es obligado hacerse no pocas preguntas. ¿Se puede seguir al crucificado y buscar, al mismo tiempo, ser feliz? Pensar en la felicidad, ¿no sería desviarse de la experiencia cristiana en cuyo centro está clavada la cruz? ¿No consiste precisamente el cristianismo en esto: «Cruz aquí y felicidad en el más allá»? En el capítulo segundo me esfuerzo por hacer ver

cómo la fe cristiana ayuda a vivir el sufrimiento de la forma más sana y más digna

La falta de esperanza cierra el camino hacia la felicidad. Por otra parte, mina las fuerzas de quien se ha de enfrentar al sufrimiento, sin esperanza, el mal se hace más duro y penoso. Por eso, de todos los rasgos que parecen caracterizar al hombre de hoy, el más preocupante es, probablemente, la pérdida de esperanza. En el capítulo tercero he querido trazar un perfil de la esperanza cristiana para nuestros días. Al mismo tiempo, señalo algunas tareas de la esperanza en la sociedad actual y sugiero pistas para una pedagogía que ayude a vivir de manera más esperanzada.

La salud es una de las primeras preocupaciones del hombre. Para vivir, lo primero es tener salud. Sin embargo, la reflexión cristiana que se ha preocupado tanto de la enfermedad y el dolor, se ha sentido casi siempre incómoda ante la salud. Lo que preocupa a la teología es la salvación eterna, no la salud actual. Se olvida que Jesús anuncia y ofrece la salvación total de Dios, no de cualquier forma, sino precisamente sembrando salud y promoviendo vida sana. En el capítulo cuarto trato de iluminar desde la fe en Cristo la experiencia de la salud, empobrecida y distorsionada hoy de diversas formas. Al mismo tiempo, me esfuerzo por mostrar cómo puede ser la fe cristiana fuente de verdadera salud.

El resultado de mi trabajo es modesto y limitado. Mis actuales ocupaciones pastorales no me permiten ahondar más en algunos aspectos, como hubiera sido mi deseo. Si estas páginas ven la luz, sólo se debe a las numerosas peticiones de quienes me han escuchado directamente exponer estos temas. Si, a pesar de sus lagunas y deficiencias, ayudan a alguien a experimentar su fe como algo bueno, que trae a su vida luz, sentido y esperanza, este libro habrá cumplido el objetivo para el que ha nacido: proclamar que *es bueno creer en Jesucristo*.

JOSE ANTONIO PAGOLA

San Sebastián, 15 de junio de 1996

EL CRISTIANO ANTE LA FELICIDAD

SIEMPRE SE HA DICHO que las bienaventuranzas son el diseño de la vida cristiana. Pero estaríamos equivocados si sólo viéramos en ellas un código moral o un manual de conducta. Las bienaventuranzas son mucho más. Por una parte, sugieren el espíritu que ha de animar a quien sigue a Jesús. Por otra, nos prometen aquello que más anhela nuestro corazón: *felicidad*. Todos llevamos en lo más hondo de nuestro ser un hambre insaciable de «algo» que llamamos felicidad. Por eso, cuando las escuchamos con atención y sencillez, las bienaventuranzas despiertan en nosotros un eco especial.

Siempre han proclamado los cristianos la grandeza de las bienaventuranzas. Se dice que son el «corazón del evangelio», la proclamación del reino de Dios, la síntesis de la fe cristiana. A pesar de todo, siempre he sospechado que son pocos los que llegan a intuir su mensaje y, menos aún, los que hacen de ellas el núcleo real de su vida.

No pretendo en las siguientes páginas ofrecer un estudio exegético sobre las bienaventuranzas. Tampoco un comentario teológico¹. Sólo quiero ayudar a los hombres y mujeres

¹ Son muchos los estudios sobre las bienaventuranzas. Es obligado citar la investigación de J. DUPONT, *Les Béatitudes Tomo I Le problème littéraire Les deux versions du Sermon sur la montagne et des Beatitudes* (tomo segundo *La bonne nouvelle*), Gabalda, París 1969, se encontrará una buena síntesis de carácter exegético en F. CAMACHO, *La proclama del Reino Analisis semantico y comentario exegético de las bienaventuranzas*, Cristiandad, Madrid 1987, para el estudio del contenido espiritual hay que señalar F. M. LOPEZ MELUS, *Las bienaventuranzas Ley fundamental de la vida cristiana*, Sígueme, Salamanca 1988, se puede leer también B. LAMBERT, *Las bienaventuranzas y la cultura de hoy*, Sígueme, Salamanca 1987, SECRETA-

de hoy a escuchar su llamada a buscar la felicidad por caminos más acertados.

Pero, ¿qué es la felicidad? ¿En qué consiste realmente? ¿Cómo alcanzarla? ¿Por qué caminos? Todos sabemos que no es fácil ser feliz. No se puede ser dichoso de cualquier manera. No basta conseguir lo que uno andaba buscando. No es suficiente satisfacer nuestros deseos. Cuando por fin conseguimos lo que tanto anhelábamos, casi siempre descubrimos que estamos de nuevo buscando «felicidad».

También es claro que la felicidad no se compra. Con dinero sólo se puede adquirir «apariencia de felicidad». Por eso hay tantas personas desdichadas en nuestras ciudades. Se compra placer, comodidad o bienestar. Pero, ¿cómo encontrar el gozo interior, la libertad, la experiencia de plenitud?

Nosotros hemos elaborado nuestras propias «bienaventuranzas». Suenan más o menos así. «Dichosos los que tienen dinero, los que se pueden comprar el último modelo, los que siempre triunfan, los que son aplaudidos, los que pueden disfrutar de la vida al máximo, los que son amados...». Las bienaventuranzas del evangelio ponen esta «felicidad» cabeza abajo. Según Jesús, estamos caminando justamente en dirección contraria. El camino acertado es otro. Mi reflexión quiere ayudar a «abrir los ojos» para intuir por dónde va ese camino evangélico que a tantos parece falso e imposible.

Mientras tanto, está claro que nuestra vida es bastante desdichada: conflictos, confusión, malestar, nerviosismo, depresión, cansancio, miedos, aburrimiento, frustración. Mi pregunta es muy sencilla: ¿pueden las bienaventuranzas aportar algo a quien se siente infeliz y desdichado? ¿Son, tal vez, una hermosa teoría sin repercusión alguna en nuestras vidas? Es cierto que Jesús dijo: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10). Pero ¿significa esto algo real y concreto para nuestro vivir diario?

Tal vez, alguno se estará diciendo: todo esto está muy bien, pero un cristiano ¿ha de preocuparse de ser feliz? Para

seguir fielmente a Jesús, ¿no es lo importante «tomar la cruz»? Parece que «lo cristiano» no es buscar felicidad sino exigencia y abnegación. Ser cristiano, ¿no es, en definitiva, renunciar a la felicidad y vivir peor que los demás?

Es cierto que Blas Pascal decía que «nadie es tan feliz , como un cristiano auténtico», pero, ¿quién cree hoy esto? ¿Cuántos saben que lo que Jesús propone es un camino por el que se puede conocer una dicha nueva, una felicidad capaz de transformar desde ahora nuestras vidas? ¿Cuántos sospechan que lo primero que uno escucha cuando capta el mensaje de Jesús es una llamada a ser feliz? ¿Quién recuerda que los primeros cristianos percibieron en Jesús la «buena noticia» de un Dios capaz de «salvar» al ser humano de su desdicha?

Es muy raro en nuestros días oír predicar sobre la felicidad. Hace tiempo que ha desaparecido del horizonte de la teología. Se ha olvidado, al parecer, aquella explosión de gozo que se vivió en el origen del cristianismo y nos hemos quedado exclusivamente con las exigencias, la ley y el deber. La impresión global que dan los cristianos hoy es «la de una fe que estrecharía, angustiaría la vida del hombre, alienaría su acción y mataría su gozo de vivir»². La acusación de F. Nietzsche es, con frecuencia, cierta. No tenemos caras de «redimidos», parecemos «personas más encadenadas que liberadas por su Dios» (1b).

Tal vez, uno de los fracasos más graves de la Iglesia sea el no saber presentar a Dios como amigo de la felicidad del ser humano. Sin embargo, estoy convencido de que el hombre contemporáneo sólo se interesará por Dios si intuye que puede ser fuente de felicidad.

² A. TORRES QUEIRUGA *Creo en Dios Padre. El Dios de Jesús como afirmación plena del hombre*. Sal Terrae, Santander 1986, 179.

1. Todos buscamos felicidad

Es el primer dato. Todos buscamos ser felices. Jóvenes y adultos, pobres y ricos, personajes famosos y gentes desconocidas, todos andamos tras la felicidad. No sabemos cómo alcanzarla ni dónde puede estar, pero todos la buscamos. Allí donde encuentro a un hombre o una mujer, puedo estar seguro de que estoy ante alguien que busca exactamente lo mismo que yo: ser feliz.

El filósofo latino, Séneca escribió un pequeño tratado sobre la felicidad, titulado *De vita beata*, que comienza con estas conocidas palabras: «Todos los hombres, hermano Galión, quieren vivir felices»³. El ser humano anda siempre tras la felicidad. Si no la tiene, la busca; si cree poseerla, trata de conservarla; si la pierde, se esfuerza por recuperarla. Y cuando renuncia a una determinada felicidad, siempre lo hace buscando otra de mayor interés.

Es conocida la reflexión de san Agustín en sus *Confesiones*: «¿No es la felicidad lo que buscan todos los hombres? ¿Hay uno solo que no la quiera?... Pero, ¿dónde la han conocido para quererla así? ¿Dónde la han visto para quererla de esa manera?... Apenas oímos pronunciar esta palabra, reconocemos que todos deseamos lo mismo... Si se pudiera interrogar a la vez a todos los hombres y preguntarles si quieren ser felices, todos responderían sin dudar que quieren serlo... El deseo de ser feliz no es sólo mío o de un número reducido de personas: todos, absolutamente todos, queremos ser felices. Unos piensan que encontrarán su felicidad de una manera, otros de otra. Pero todos están de acuerdo en un punto: todos quieren ser felices»⁴.

Pero no necesitamos pensar en lo que han dicho otros. Basta que observemos nuestra vida. Constantemente estamos haciendo todos esa especie de «balance vital» del que habla Julián Marías⁵. De manera callada, siempre estamos captando cómo nos encontramos: «Me siento bien o me siento

³ Citado por J. MARIAS, *La felicidad humana*, Ahanza, Madrid 1995⁵, 93.

⁴ S. AGUSTIN, *Confesiones*, Libro X, 19-33.

⁵ Cf. J. MARIAS, *o c.*, 130

mal», «me encuentro mejor o me encuentro peor» Siempre estamos viviendo con un tono determinado, y siempre estamos buscando «sentirnos bien»

El mismo Julián Marías hace unas observaciones sobre «el despertar», que arrojan mucha luz. Cada mañana nos despertamos a un nuevo día, al trabajo, a la actividad, a la tarea que hemos de llevar a cabo. Todo esto es cierto. Pero si ahondamos un poco, comprobaremos que cada mañana nos despertamos a la felicidad o a la infelicidad. Detrás de todas las ocupaciones, experiencias o acontecimientos que nos esperan y, como fondo de todo, percibimos felicidad o infelicidad.

Por eso, hay como dos maneras de despertarse. Cuando percibimos un horizonte de felicidad, lo hacemos con un «sí» a la vida, dispuestos a alimentar y disfrutar esa felicidad más o menos intensa que experimentamos. Cuando, por el contrario, captamos que nos espera infelicidad, nos despertamos de otra manera, en una postura defensiva o de resignación y buscando algo que nos ayude a sentirnos mejor⁶

A los cristianos se nos olvida a veces que el evangelio es una respuesta a ese anhelo profundo de felicidad que habita nuestro corazón. No acertamos a ver en Cristo a alguien que promete felicidad y conduce hacia ella. No terminamos de creernos que las bienaventuranzas, antes que exigencia moral, son *anuncio de felicidad*. En la historia del cristianismo se ha ido abriendo una distancia grande entre la felicidad concreta y actual de las personas y la salvación eterna. Se tiende a pensar que la fe es algo que tiene que ver exclusivamente con una salvación futura y lejana, pero no con la felicidad concreta de cada día, que es la que ahora mismo nos interesa.

Este grave malentendido es, tal vez, uno de los mayores obstáculos que encuentran hoy bastantes personas para abrirse al evangelio. La cultura moderna ha nacido con la sospecha de que Dios es enemigo de la felicidad. F. Nietzsche, K. Marx, S. Freud y demás creadores de la cultura actual han

⁶ Ib. 335-336

sospechado, desde análisis diferentes, que la religión no busca la felicidad del ser humano sino su desdicha. Esta sospecha se ha extendido de tal forma que hoy son muchos los que piensan, a veces sin atreverse a decirlo en voz alta, que la religión es un fastidio. Un estorbo para vivir la vida intensamente y con libertad. En el corazón de no pocos anida la sospecha de que sin Dios y sin religión seríamos más felices.

Los hombres y mujeres de hoy seguirán alejándose de la fe mientras no descubran que Dios sólo busca nuestra felicidad y que la busca desde ahora. Que Dios es sólo salvador, y salvador de nuestra felicidad ahora y para siempre. A Tony de Mello le oí decir en cierta ocasión que los cristianos nos hemos preguntado mucho si hay vida después de la muerte. Según él, ha llegado la hora de que nos preguntemos también si la fe proporciona vida antes de la muerte.

Las bienaventuranzas nos ayudan a descubrir de manera concreta el camino a seguir para encontrar y disfrutar la felicidad vivida y experimentada por el mismo Jesús: «Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté dentro de vosotros y vuestra alegría sea completa» (Jn 15,11). El camino diseñado en las bienaventuranzas nos puede hacer conocer la felicidad vivida por el mismo Jesús. Sólo así alcanzan su plenitud nuestras pequeñas alegrías.

2. Pero, ¿qué es la felicidad?

Todos buscamos ser felices, pero lo sorprendente es que no sabemos dar una respuesta clara cuando se nos pregunta en qué consiste la felicidad. Todos andamos tras ella, pero como observa Adela Cortina, «cada vez estamos más lejos de llegar a un acuerdo con respecto a su contenido»⁷.

De hecho, son muchas las palabras que empleamos para nombrar o sugerir la felicidad: dicha, suerte, fortuna, beatitud, ventura, bienaventuranza, bienestar, satisfacción, pla-

⁷ En el prólogo a la obra de C. DIAZ, *Eudaimonía La felicidad como utopía necesaria*, Encuentro, Madrid 1987, 9

cer, alegría de vivir, gozo, calidad de vida. Esto significa que, probablemente, la felicidad puede ser confundida con muchas cosas que tienen algo que ver con ella, pero que, tal vez, no son propiamente felicidad. El problema está en saber qué es, en definitiva, la felicidad, a qué nos referimos cuando hablamos de ella, que es lo que hace feliz la vida.

Por de pronto, podemos hacer dos observaciones. En primer lugar, la felicidad parece siempre algo muy subjetivo. No todos ponemos la felicidad en lo mismo. El contento o descontento de los individuos depende de factores muy diversos, y de gustos y necesidades muy variadas. Además, hay personas que parecen ser felices con cualquier cosa, mientras otras no disfrutan nunca con nada. Hay personas que saben saborear una «felicidad barata». Según S. M. Guyan «con un pedazo de pan, un libro o un paisaje, podéis gustar un placer infinitamente superior al de un imbecil en un coche tirado por cuatro caballos»⁸. El hecho es que todo el mundo busca ser feliz, aunque cada uno lo haga siguiendo su propio camino. Podemos hacernos una pregunta: todos esos caminos, ¿no apuntarán hacia un objetivo común? ¿No habrá algo hacia donde todos hemos de dirigir nuestros pasos si queremos encontrar verdadera felicidad?

La segunda observación es que la felicidad parece estar casi siempre en «lo que nos falta», en algo que todavía no poseemos. Un enfermo sería feliz si pudiera recobrar la salud, para una persona sola y olvidada, la felicidad consistiría en encontrar un amigo o una amiga que supiera escucharla, al que se encuentra metido en conflictos y tensiones le haría feliz lograr la paz. La pregunta que hemos de hacernos es sencilla. Si la felicidad parece estar siempre en lo que nos falta, ¿qué es realmente lo que nos falta? ¿Qué necesitamos encontrar para ser felices?

Es aquí precisamente donde hemos de situar la llamada de Jesús y el mensaje de las bienaventuranzas. En el evangelio se nos hace justamente la invitación a buscar «lo que nos falta» para ser felices. Y no es precisamente dinero, seguridad, placer. Las bienaventuranzas desenmascaran cier-

⁸ Citado por C. DIAZ, *o.c.* 22

tas experiencias de «felicidad», que son parciales e insuficientes, y que, incluso, pueden cerrarnos a la verdadera felicidad que proviene de Dios y que es la que anuncia y promete Jesús

Estoy convencido de que una persona está a punto de tomar en serio a Jesús cuando intuye que en él puede encontrar precisamente «lo que le falta» para ser feliz con una felicidad más real y verdadera

3. ¿Es posible ser feliz?

Pero, hemos de ser realistas ¿Se puede ser feliz en esta vida que conocemos? Buscar la felicidad, ¿no es buscar lo imposible? En general, las personas se muestran pesimistas cuando se les pregunta si se puede alcanzar la felicidad. Les parece un logro difícil y, tal vez, imposible. En su obra, *Opiniones de un payaso* H. Boll le hace decir a su personaje estas palabras «Por felicidad no alcanzo a entender nada que dure más de un segundo, puede que dos o tres como máximo»⁹

La ciencia no habla de felicidad. Los políticos, por su parte, saben que no pueden incluirla en sus programas. Fernando Savater advierte que «la felicidad es todavía lo que los políticos no se atreven a prometer directamente en nuestros días»¹⁰. La felicidad suele aparecer en la publicidad o al final de ciertas películas. En el mundo de lo irreal

No parece, pues, fácil ser feliz. Y, sin embargo, el ser humano no renuncia a la felicidad. La necesita y la busca. F. Savater dice que es «imposible», pero «imprescindible»¹¹. J. Marías la llama «el imposible necesario»¹². No podemos ser felices, pero necesitamos serlo. Este hecho tan paradójico obliga a reflexionar

⁹ Citado por F. SAVATER *El contenido de la felicidad* Ed. El País, Madrid 1986, 11

¹⁰ F. SAVATER *o.c.* 10

¹¹ *Ib.* 9

¹² J. MARIAS *o.c.* 22

En primer lugar, ¿qué es lo que falla? Nada nos resulta bastante para ser felices. Somos insaciables. Cuando conseguimos satisfacer nuestro deseo, se produce en nosotros un gozo, un contento, pero, enseguida, dentro de ese contento comienza a gestarse de nuevo la insatisfacción, el deseo de algo que nos falta. No parece que esta insatisfacción constante se deba a tal o cual vacío concreto. Es algo más profundo. Es la vida misma la que parece pedir algo más grande, más pleno y más gratificante.

Pero, por otra parte, corremos el riesgo de contentarnos con cualquier cosa. A veces, discurrimos más o menos así: la felicidad es algo imposible, pues bien, vamos a llamar «felicidad» a algo que podamos alcanzar y que nos produzca satisfacción y placer, ya sabemos que no es «la felicidad», pero puede pasar por felicidad, nos sirve para seguir viviendo. Son muchas las personas que viven así. Se contentan con la satisfacción que produce el dinero, el éxito o el prestigio. Tony de Mello decía que nuestra tragedia no consiste tanto en lo que sufrimos, sino en lo que nos estamos perdiendo ahora mismo de vida y felicidad verdadera. ¿Será así?

Una última observación. Tal vez, la felicidad no se pueda conseguir porque ya la «tenemos», aunque no acertamos a experimentarla. Quizás la felicidad está ahí, en nosotros, en la vida misma, pero yo no me entero. Tal vez, en el fondo de la vida hay una felicidad real, desconocida, insospechada, que a mí se me está escapando porque ando ocupado en otras cosas que me parecen importantes, pero que no me dejan disfrutar de verdadera felicidad. Mi mayor pecado puede ser que estoy disfrutando poco de la vida.

Estas consideraciones nos pueden ayudar a situarnos mejor ante el mensaje de las bienaventuranzas.

Lo primero que las bienaventuranzas nos anuncian es que se puede vivir la felicidad. Habrá que ver cómo y en qué grado, pero la felicidad es posible. Se podrá discutir mucho sobre la naturaleza de la felicidad y la posibilidad de alcanzarla o no, pero lo cierto es que yo puedo ser más feliz. Lo que se me pide es creer. Creerle a Jesucristo. Sin esta actitud básica de confianza, se nos cierra el camino hacia la

felicidad Lo primero es intuir que las bienaventuranzas me están sugiriendo la dirección acertada, aunque todavía no me atreva a seguirla

Las bienaventuranzas nos revelan, además, un dato importante La felicidad no es algo fabricado por el hombre, sino regalo de Dios Las personas buscan ciertamente lo imposible cuando andan tras la felicidad El ser humano no puede lograrla con sus propios esfuerzos No puede fabricarse su propia dicha Pero hay una felicidad que tiene su origen en Dios y que nosotros podemos acoger, experimentar y disfrutar

Si se analiza la estructura de las bienaventuranzas, se observa que la felicidad de la que ahí se habla, no está producida por los esfuerzos que hacen los pobres, los que lloran, los no violentos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz No son ellos los que generan la felicidad La dicha «acontece» en estas personas porque le tienen a Dios como rey y señor de sus vidas Se les proclama felices porque reciben su consuelo, son saciados por él, gozan de su misericordia y su ternura, son sus hijos La felicidad proviene de Dios

Lo que tienen que hacer estas personas a las que Jesús se dirige, es tomar conciencia de esa felicidad Descubrir cómo esa actitud concreta de pobreza, de amor misericordioso, de hambre de justicia, de limpieza de corazón les está abriendo la posibilidad de experimentar la verdadera felicidad que siempre es regalo de Dios

4. La felicidad no depende del destino

Para mucha gente, la felicidad depende de la suerte, del destino o del azar La felicidad sería, en definitiva, algo que nos llega desde fuera cuando somos afortunados Una especie de lotería que sólo toca a algunos privilegiados De hecho, los griegos, para designar a la felicidad empleaban normalmente la palabra *eudaimonía*, que significa tener un buen *daimon*, un buen «demonio», un dios protector Según esta

concepción, son felices los que tienen suerte en la vida. Aquellos a los que las cosas les van bien.

Naturalmente, hay factores en nuestra vida, que no están en nuestras manos y que, sin embargo, condicionan, en buena parte, el carácter más o menos gozoso o doliente de nuestra existencia. Entre otros, la estructura psicológica que recibimos al nacer como punto de partida, el entorno familiar en que hemos ido creciendo, las personas que encontramos en nuestro camino, el amor o el rechazo que hemos experimentado... Todo esto nos condiciona y limita. Pero, desde esa realidad condicionada y limitada, cada uno de nosotros escuchamos la llamada a la felicidad.

El problema está en que no buscamos la verdadera felicidad, o la buscamos por caminos equivocados. Queremos que cambie el entorno que nos rodea, que mejore la situación, que las personas nos traten bien, que nos sucedan cosas buenas. En el fondo, buscamos que la vida se vaya adaptando a lo que nosotros deseamos. Nos parece que entonces tal vez seremos felices. Queremos ser dichosos, pero contando con el amor o la amistad de tal o cual persona, asegurando el logro de tal éxito, consiguiendo un determinado nivel de vida. Entonces esperamos que la suerte o el destino nos sean propicios, que las cosas nos vayan bien y podamos así ser felices.

Sin embargo, hay una pregunta que no podemos ni debemos eludir. Para conocer la felicidad, ¿tiene que suceder algo fuera de mí, o justamente dentro de mí mismo? ¿Tienen que cambiar los demás o tengo que cambiar yo? ¿Ha de mejorar el mundo que me rodea o he de transformarme yo? De la respuesta a esta sencilla pregunta dependerá en buena parte mi forma de buscar felicidad.

Las bienaventuranzas no hacen depender la felicidad de ningún suceso venturoso ni de acontecimientos agradables que nos puedan suceder. La felicidad brota del Dios revelado y regalado en Jesucristo. Lo que el evangelio hace es invitarnos a cambiar, a transformar nuestra manera de pensar y de actuar. Las bienaventuranzas son una llamada a convertirnos para buscar la felicidad por el camino acertado. Para decirlo en pocas palabras, las bienaventuranzas procla-

man felices a aquellos que están buscando la felicidad por el camino acertado, y les anuncian que se van a encontrar con ella.

Podemos plantearnos el problema de la felicidad en estos términos. O bien la felicidad es pura ilusión, y el ser humano, necesitado de felicidad, es un absurdo, o bien la felicidad es regalo, plenitud de vida que nos llega como gracia cuando nos abrimos a quien es fuente de todo bien. Es decir, la felicidad plena o no existe o la hemos de disfrutar como salvación de Dios, como felicidad otorgada, regalada.

Ante esta alternativa, lo importante no es reflexionar mucho. Lo decisivo es abrirse al misterio de la vida con confianza. Ahondar en la existencia hasta el final. Escuchar lo mejor que hay en nosotros. Acoger la salvación que se nos ofrece en Jesucristo. Las bienaventuranzas indican el camino acertado para acoger y experimentar esa felicidad regalada.

5. La felicidad no consiste en el bienestar

Es una grave equivocación pensar que lograremos la felicidad satisfaciendo nuestros deseos inmediatos. Sin embargo, son muchas las personas que piensan así. S. Freud recoge este sentir de mucha gente cuando escribe así en su estudio *Malestar en la cultura*: «Lo que en el sentido más estricto se llama felicidad, surge de la satisfacción, casi siempre instantánea, de necesidades acumuladas que han alcanzado elevada tensión».

La idea de «bienestar» tan extendida hoy en nuestra cultura es de origen relativamente reciente. El Diccionario de la Real Academia le asigna estas dos acepciones: «Conjunto de las cosas necesarias para vivir bien»; «vida holgada o abastecida de cuanto conduce a pasarlo bien y con tranquilidad». Es fácil constatar que muchas personas, aunque hablan de felicidad, lo único que buscan es «bienestar».

Sin embargo, no hay que confundir estas dos realidades. El bienestar no es felicidad, ni produce automáticamente felicidad. El bienestar es la sensación agradable que se produce cuando hemos logrado satisfacer nuestros deseos. Cuan-

do una persona confunde la felicidad con el bienestar, lo que en realidad busca es esa excitación emocional, esa sensación agradable que se encuentra en las cosas, en los acontecimientos o en las experiencias que responden a sus deseos. Pero, entonces, cometemos una equivocación. Damos por supuesto que, para lograr la felicidad, tenemos que poseer cosas, dinero, éxito, sexo, todo aquello que responda satisfactoriamente a nuestros deseos. Sin embargo, la experiencia nos dice una y otra vez que, en realidad, por ese camino encontraremos, en el mejor de los casos, justamente lo que habíamos buscado: cosas, dinero, éxito, sexo, pero no necesariamente la felicidad. Todas esas cosas y experiencias pueden producir una excitación agradable, una sensación placentera. Pero, ¿hemos de llamar a eso felicidad? Nos pueden aportar bienestar, satisfacción, comodidad, placer, pero, ¿consiste en eso la felicidad?

Cuando yo pongo mi felicidad en esas cosas, les estoy dando un poder sobre mí, les estoy entregando «la llave» de mi felicidad, hago depender mi felicidad no de mí, sino de algo exterior a mí. En realidad, yo me voy vaciando de libertad y de vida. La fuente de mi felicidad no está ya en mí mismo, la desplazo fuera de mí y la pongo en esas cosas a las que entrego «la llave» de mi dicha. Pero, ¿es sensato hacer depender la felicidad de algo que no está en mí?

Por este camino, la felicidad se vuelve cada vez más complicada. La persona hace depender su felicidad cada vez de más cosas, sin caer en la cuenta de que cuantas más sean las cosas que necesita para ser feliz, tanto más amenazada queda su dicha, pues cada vez habrá más probabilidad de que algo le falle y frustre sus expectativas.

La vida de esa persona corre entonces el riesgo de hacerse cada vez más inestable e inconsistente. Si tiene lo que tanto deseaba, la veréis alegre y optimista, si le falta, la veréis triste y deprimida. Así discurre la vida de no pocas personas: entre la excitación y el hundimiento, entre la alegría y la tristeza, entre la euforia y la depresión. Lo grave es que esta experiencia, repetida una y otra vez, puede llevar al hastío, la decepción y el desencanto. La felicidad parece entonces cada vez más lejana e imposible.

Pero todavía hay algo más sorprendente. No es raro encontrarse con personas que, aparentemente, tienen todo aquello que les podría proporcionar bienestar, y, sin embargo, no son felices. Les podríamos decir: «Pero tú, ¿de qué te quejas si lo tienes todo?». En realidad, esa persona se queja de no ser feliz en medio de su bienestar. Ernst Bloch habla en alguno de sus escritos de «la melancolía de la satisfacción» y se refiere a ese extraño sentimiento que se produce muchas veces en la persona que experimenta la decepción precisamente en el momento en que ha alcanzado «su» felicidad o, al menos, lo que ella pensaba que lo iba ser.

Pero, entonces, ¿dónde está la felicidad que no decepciona? ¿Cuál es la verdadera necesidad que hemos de satisfacer? ¿Qué es «eso» que buscamos y no está en la mera satisfacción de nuestros deseos? Desde este horizonte de preguntas podemos escuchar mejor el mensaje de las bienaventuranzas.

La felicidad que ellas prometen no consiste en una excitación emocional o una sensación agradable producida por la satisfacción de unos deseos inmediatos o el logro de un determinado bienestar. Lo que Jesús anuncia es una «plenitud de vida». Un estado de plenitud, de verdad, de paz, que puede darse en esas personas porque en ellas reina Dios, tengan o no satisfechos sus deseos inmediatos.

La felicidad de la que hablan las bienaventuranzas no se debe a una cosa, un objeto o un logro concreto. Es una felicidad que emerge en la persona que vive abierta al amor, la verdad y la justicia del mismo Dios. Podrá estar acompañada de experiencias más o menos gozosas, más o menos agradables, provenientes de múltiples realidades, pero su fuerza plenificante o «felicitante» brota de Dios. Por eso, una cosa es segura: cuando experimentamos una satisfacción agradable producida por algún acontecimiento o experiencia que responde a nuestros deseos, hemos de saber disfrutarla, pero ahí no está todavía la verdadera felicidad.

Pero, además, las bienaventuranzas nos indican el camino hacia esa felicidad. No es el buscar cosas o experiencias que satisfagan nuestros deseos inmediatos. La persona se va acercando a la felicidad cuando va aprendiendo a liberarse,

a no tener apegos. Esto es lo decisivo: no poseer, no apropiarse de nada ni de nadie, no hacerse esclavo, no rendir nuestro ser a cualquier cosa.

La primera bienaventuranza señala esta actitud fundamental de la que depende todo: «Dichosos los pobres de espíritu» (Mt 5,3). Las demás bienaventuranzas no hacen sino desarrollar esta primera. Los exégetas suelen traducirla de formas diversas¹³. Tal vez, la traducción que mejor ayuda a captar su invitación es la que escuché hace ya muchos años, en Jerusalén, a A. Gelin: «Felices los que tienen alma de pobre», o la explicación que sugiere el exégeta alemán J. Blank: «Felices los que están ante Dios con las manos vacías». Es decir, felices los que viven con el corazón liberado y abierto, pues en ellos puede reinar Dios.

Según la bienaventuranza, la verdadera felicidad la encuentran aquellas personas que no se dejan aprisionar por las cosas. Ciertamente, las cosas son importantes para vivir gozosamente. Necesitamos comer y beber, habitar en un hogar, tener medios para desarrollar nuestras actividades. El mismo Jesús invita a construir un mundo más grato y fraterno en el que sepamos compartir nuestros bienes. Pero las cosas, aunque nos cueste creerlo, no son la fuente de esa felicidad que nuestro corazón anhela. Las bienaventuranzas sólo se entienden a la luz de aquellas palabras de Jesús que nunca hemos de olvidar: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura» (Mt 6,33).

6. La felicidad no está en el placer

Son bastantes los que confunden la felicidad con el placer. Quieren ser felices, pero lo que en realidad buscan es placer. No hemos de pensar sólo en aquellos que corren tras los placeres del estómago o del sexo, «con perspectiva de rana», según palabras de F. Nietzsche. Basta con vivir teniendo

¹³ La Biblia de Jerusalén habla de «pobres de espíritu». La Nueva Biblia Española traduce «los que eligen ser pobres». En la traducción litúrgica oficial se puede leer «los pobres en el espíritu»

como único objetivo una existencia lo más placentera posible.

Siempre ha buscado el hombre el placer. Ya en la antigua Grecia, los epicúreos lo proclamaban como «principio y fin de la vida feliz». Pero hay épocas en las que se tiende a exaltarlo casi como la única finalidad de la vida. A nadie se le oculta que hoy vivimos en una sociedad hedonista que, de muchas formas, nos invita a buscar la felicidad en el máximo de placer y en el mínimo de sufrimiento.

Julián Marías indica algunos rasgos del hedonismo contemporáneo. Se busca intensamente el placer; interesan muchos placeres y placeres «fuertes» (restaurante, sexo, viajes, alcohol, espectáculos...); y, además, ahora mismo, sin esperar a mañana. Crece también la tendencia a sofisticar el placer; atrae el placer caro, el que cuesta dinero; los placeres sencillos y gratuitos parecen atraer menos. Por otra parte, el placer es reclamado hoy como un derecho; si uno, por la razón que fuere, no puede disfrutar de placeres frecuentes, se siente despojado de un derecho, privado de algo que se le debe¹⁴.

El problema está en que la abundancia y frecuencia de placeres puede ahogar el placer. Repetido en exceso, el placer puede llegar a cansar y hasta hacerse insoportable. «Ni el cuerpo ni la mente lo aguantan todo»¹⁵. La solución podría ser aprender a gozar de manera equilibrada. Disfrutar al máximo, pero sin excederse. Aprender «la sabiduría del placer». No abusar, no ir demasiado aprisa, saber calcular, conseguir el equilibrio. ¿Consistirá en esto la felicidad? ¿Es esto todo lo que el ser humano anda buscando?

Ciertamente, la felicidad que se anuncia y promete en las bienaventuranzas es algo muy distinto. El placer es siempre una experiencia momentánea. Se produce como culminación de un proceso concreto, como resultado satisfactorio de una acción determinada. Con su acostumbrado pesimismo, E. M. Cioran decía que «el deseo no satisfecho es sufrimiento; sólo es placer durante su satisfacción; y es decepción una

¹⁴ J. MARIAS, *o.c.*, 181-191.

¹⁵ C. DIAZ, *o.c.*, 42.

vez satisfecho»¹⁶. Las bienaventuranzas no hablan de una experiencia momentánea de estas características. La felicidad que insinúan es un estado, una condición de vida: tener a Dios por Señor y Padre, gozar de su misericordia, saberse sus hijos.

El placer, por otra parte, se produce en una parcela de la persona. Es parcial. Afecta directamente a un aspecto o dimensión de la vida, aunque desde ahí parezca llenarlo todo. El placer se da en el gusto, en el tacto, en el sexo, en la captación de lo bello... Las bienaventuranzas, por el contrario, hablan de una felicidad que se enraíza en la misma persona, en lo hondo de su ser. Por intenso que sea, el placer no alcanza la raíz de la persona, que es precisamente el lugar donde acontece esa felicidad de la que hablan las bienaventuranzas. El placer queda en estratos más externos. Como dice Julián Marías, «no es un problema de intensidad, sino de cualidad; o si se prefiere, de lugar de implantación»¹⁷.

El placer es, además, invasor. Capta a la persona. La polariza totalmente en el punto concreto de placer, desplazando y oscureciendo las demás dimensiones del ser humano. En la experiencia placentera la persona queda cogida por la fuerza totalizante del placer. La felicidad que se anuncia en las bienaventuranzas es otra cosa. Esa plenitud envuelve también a la persona y opera en ella una transformación, pero no es un poder invasor sino liberador. No aprisiona, sino que libera y ensancha. No oscurece las demás dimensiones del individuo sino que las transfigura. Es una felicidad que mana de lo más hondo del ser y se difunde por toda la persona sin encerrarla egoístamente en sí misma. Esa dicha acontece en personas que prestan ayuda misericordiosa, tienen hambre y sed de justicia, trabajan por la paz, viven captadas por el amor.

Dicho esto, quiero añadir algo más sobre el placer, pues los cristianos lo han mirado casi siempre con recelo, como algo sospechoso e inmoral. Ciertamente, el placer no es la

¹⁶ Citado por C. DIAZ, *o.c.*, 137-138

¹⁷ J. MARIAS, *o.c.*, 246

felicidad, pero esto no significa que sea automáticamente su enemigo. Es muy grande el riesgo de confundir la felicidad con el placer, y hay que desenmascarar con lucidez esa falacia, pero ello no significa que hayamos de negarle al placer su propio valor.

El placer no es algo malo por sí mismo. Al contrario, es un estímulo para vivir, un aliciente. Parece indispensable una cierta dosis de placer para enfrentarse día a día a la existencia. La misma felicidad produce, por lo general, una sensación placentera, aunque puede darse felicidad sin que apenas se experimente placer. Lo importante no es «prohibir» el placer sino descubrir cuándo nos cierra el camino hacia la verdadera felicidad.

El placer empieza a ser destructivo y deshumanizador cuando encierra al individuo en sí mismo. Por decirlo con el lenguaje de las bienaventuranzas, el placer es negativo cuando impide al ser humano seguir «con las manos vacías» ante Dios y con el corazón abierto al amor, a la misericordia, a la justicia y a la paz querida por él.

Quiero recordar aquí una sabia enseñanza que escuché de labios de Tony de Mello y que no he visto desarrollada en ninguno de sus escritos. Lo dijo en pocas palabras y como de pasada. Si no le entendí mal, vino a decir lo siguiente. Sin duda, hay «placeres engañosos». Son los que alimentan el yo del individuo de manera falsa. Placeres que encierran a la persona en sí misma, hinchan su egocentrismo, pero aíslan de la verdadera vida, separan de la auténtica felicidad. Así puede ser el placer que saboreamos cuando derrotamos a un adversario o dominamos a una persona, cuando nos agarramos a algo largamente deseado o cuando alguien alaba nuestro éxito. Ese placer nos llena de nosotros mismos, pero nos empobrece de vida, de felicidad, de Dios.

Hay, por el contrario, «placeres verdaderos». No hinchan el propio yo. No encierran a la persona en sí misma sino que la abren a la vida. La invitan al agradecimiento y la alabanza. Son placeres que no se deben a nuestro esfuerzo, poder o valía. Menos aún, a injusticias, engaños y manipulaciones. Son los placeres que se nos regalan de forma gratuita a lo largo de cada día. Vivimos envueltos por un número

ilimitado de estos placeres: un sueño reconciliador, un amanecer sereno, la comida sencilla pero sabrosa, el encuentro con el amigo, la belleza de la música, la lectura de un buen libro, la tertulia amistosa, el descanso del atardecer... No todas las personas saben disfrutarlos. Tal vez, por ello, buscan otros placeres que llenen su yo inquieto. No saben gozar de la vida de manera agradecida, con «alma de pobre» que se deja amar y regalar. Necesitan acaparar personas y cosas, apropiarse, dominar, sobresalir. Lograrán placeres, pero no conocerán la felicidad que anuncian las bienaventuranzas.

El secreto está, tal vez, en estar más atentos a todo lo que se nos regala, aprender a disfrutar todo lo que es vida dentro y fuera de nosotros, por pequeño y humilde que pueda parecer. Aprender a mirar, gustar, tocar, escuchar de manera nueva. Saborear con otra hondura los encuentros, las miradas, los rostros, la belleza. Disfrutar agradecidos del lado positivo de las personas y de los acontecimientos. Estoy convencido de que el desengaño de los «placeres falsos» y el disfrute de los «placeres verdaderos» pueden abrir en la persona un camino humilde pero real hacia la vida y hacia Aquel que es la fuente y el origen de todo bien. La vida está llena de sufrimientos y penalidades, pero está también llena de posibilidades de placer abiertas a la verdadera felicidad¹⁸.

7. La felicidad no proviene de los otros

Todos vivimos prácticamente convencidos de que no se puede ser feliz cuando uno se siente solo. Necesitamos compartir nuestra vida con otro. Saber que tiene sentido para alguien, que nuestro trabajo y nuestro esfuerzo son recogidos por alguien con amor, que nuestra existencia es apreciada y amada. Si nadie nos ama, si nadie nos espera en ningún lugar de la existencia, lo que hacemos y vivimos pierde valor y sentido. Nuestra vida podrá estar llena de actividad y éxito, pero no conoceremos la felicidad. Esta parece ser la

¹⁸ K. G. DURCKHEIM, *Meditar ¿Por que y cómo?*, Mensajero, Bilbao 1982, 225-243

experiencia general. Julián Marías afirma que «lo necesario es siempre, a última hora, algunas personas sin las cuales no podemos ser felices»¹⁹.

Ciertamente, es un regalo poder contar con el amor o la amistad de las personas. Muchas veces, han aparecido en nuestra vida por un conjunto de circunstancias casuales. Se ha producido luego un acercamiento y una sintonía. Tal vez, ha surgido la amistad o el amor. Hoy son personas que forman parte de nuestra vida. Sin ellas, todo sería más triste y penoso.

Sin embargo, no hemos de olvidar la ambigüedad que encierra la relación humana. El encuentro con una persona puede hacer nacer la amistad, la comunicación gozosa y el amor. Pero puede también provocar el mutuo rechazo, la tensión y el desamor. Las personas dan «felicidad», pero pueden también quitarla. Pueden proporcionar gozo, pero también sufrimiento. La pregunta es inevitable: ¿cómo ha de ser el encuentro entre las personas para que esté abierto a la felicidad?

Por otra parte, no hemos de olvidar lo que decíamos del engaño que supone poner la felicidad fuera de uno mismo. Cuando, para ser feliz, necesito de la aprobación y el aplauso de otros, de su amistad o de su amor, de su presencia y acogida, mi felicidad queda en manos de esas personas. Les doy poder sobre mí. Si me responden como yo deseo, me sentiré feliz; si no es así, me veré desgraciado. A la larga, quien espera que los otros le hagan feliz termina siendo un desdichado.

Todavía hay algo que no hemos de olvidar. Lo que en realidad buscamos en los demás es la liberación de la soledad, pues intuimos que no se puede ser feliz sintiéndose solo. Pero, la relación con las personas, incluso con las más amigas y más amadas, ¿nos libera realmente de la soledad? ¿No hay en nosotros un «algo» íntimo e inaccesible hasta donde nadie puede llegar? ¿No hay una soledad última que ninguna persona puede colmar? Y si el contacto con las personas no termina de liberarnos de la soledad, ¿no necesi-

¹⁹ J. MARIAS, *o c.*, 36.

taremos del contacto con una *realidad* más profunda y plenificante?

Las bienaventuranzas proclaman que la verdadera felicidad proviene de Dios. Él es el único capaz de llenar esa soledad última del ser humano. Nada que no sea Dios nos basta. Cuando los demás nos dejan solos, cuando nos tratan injustamente y nos hacen llorar, Dios es la realidad que está siempre ahí, afirmando nuestro ser, sosteniendo nuestra existencia. La paz, la plenitud y el amor sólo los encontramos en contacto con la realidad de Dios.

Las bienaventuranzas lo afirman de muchas formas. Estos hombres y mujeres con «alma de pobre», al no vivir en dependencia de otros, pueden abrirse a Dios. Al no tener a nadie como rey y señor absoluto de sus vidas, pueden acoger a Dios como su Rey y Padre. Estos serán consolados por el mismo Dios. De él recibirán «la tierra prometida», que es símbolo de libertad y seguridad. Él saciará sus anhelos de justicia y bondad. Experimentarán la ternura y la misericordia de Dios. Vivirán como hijos suyos recibiendo de él «vida divina». La comunión con Dios proporciona a estas personas algo que nadie les puede ofrecer, una felicidad que ningún otro les puede regalar. Dios es Dios. Solo él puede llenar el deseo último del ser humano.

Alguno se preguntará con razón y entonces ¿qué decir de esa «felicidad» que encontramos en la amistad y el amor de las personas? ¿Es un obstáculo para abrirnos a la felicidad que proviene de Dios? ¿Puede, por el contrario, ser un camino hacia la comunión gozosa con él?

Antes que nada, hemos de tener presente que, cuando nace el amor o la amistad, se despierta en nosotros un anhelo de plenitud que nos desborda y va más allá de lo que el otro y yo mismo nos podemos dar mutuamente. Lo expresa bien M. Frisch con estas palabras: «Os deseáis pero no para encontraros, pues ya estais aquí, os deseáis para trascenderos, pero juntos»²⁰. Dos personas finitas y limitadas no pueden acogerse y afirmarse mutuamente alcanzando, con su solo

²⁰ Citado por G. GRESHAKE *Felicidad y salvación* en F. BOCKLE y otros *Fe cristiana y sociedad moderna IX*, SM, Madrid 1986, 154.

esfuerzo, la felicidad última que su ser anhela. Solo si ese amor tiene su fundamento, esperanza y meta en Dios puede conducir hacia la felicidad verdadera. De lo contrario corre el riesgo de extinguirse en sus propios límites. El error está en quedarnos solo y exclusivamente en la persona amada. Que el amigo o la amiga se convierta en parte esencial de mi ser. Que el amor que brota en mí con necesidad de eternidad e infinitud se confine y encierre en un ser limitado y finito como yo.

Aunque con frecuencia no lo advertimos, lo que nos abre hacia la felicidad verdadera no es la seguridad, el placer o la compañía que nos proporciona el otro, sino el hecho de que, al abrirnos a él, somos capaces de desprendernos de nosotros mismos. Tal vez, solo entonces comenzamos a vivir la experiencia de desasirnos de nuestro yo y regalarnos. Y es justamente esta experiencia la que conduce hacia la felicidad, a no ser que el individuo vuelva a replegarse sobre sí mismo tratando de acaparar o retener al otro para ponerlo al servicio de su propio interés o placer. Como dice acertadamente L. Boros, «al desprenderse uno de sí mismo y caminar hacia el hermano, se siente la alegría»²¹

No hemos de pensar en un tipo de amistad ideal, transparente y sin sombras. Esa persona tan querida hacia la que nos abrimos, no es «la plenitud», nos puede engañar y traicionar, mas aun, nosotros mismos la podemos engañar y decepcionar. Nuestro amor y amistad están casi siempre tejidos de ambigüedad, egoísmo difuso o apropiación ilegítima del otro. Pero, dentro de esta existencia limitada y tocada por el pecado, es ahí donde se nos ofrece la posibilidad de intuir la felicidad plena de Dios a la que estamos llamados.

Cuando el amor se da, incluso con sus limitaciones e impurezas —¿quién ama gratuitamente?— entonces el amigo no es la fuente de la felicidad absoluta, pero sí puede ser «el lugar del encuentro con el absoluto»²². Cuando dos seres finitos llegan a estar juntos y «tocarse», en ese encuentro

² L. BOROS *Encontrar a Dios en el hombre* Sígueme Salamanca 1984⁸

amistoso se les está ofreciendo la posibilidad de experimentar el encuentro con el Absoluto. En el encuentro con el amigo o la persona amada, el ser humano comienza a desprenderse de sí mismo olvidándose de su propio yo, y es esta experiencia justamente la que puede abrirle hacia el Amor absoluto. «Jamás ha visto nadie a Dios. Si nos amamos los unos a los otros, Dios está en nosotros, y su amor en nosotros es perfecto» (1Jn 4,12).

Pero las bienaventuranzas lanzan todavía otro desafío al proclamar que la verdadera felicidad sólo es posible cuando se busca hacer felices a los demás. Las bienaventuranzas declaran dichosos a quienes viven anhelando justicia, los que practican la misericordia, los que trabajan para que se establezca entre los hombres la paz. La verdadera felicidad brota en el amor gratuito al que sufre. En otros términos, la felicidad se encuentra dándola.

Hay un dicho de Jesús particularmente significativo, que ha quedado recogido en uno de los primeros escritos cristianos: «Hay mayor felicidad en dar que en recibir» (He 20,35). La felicidad brota del amor, pero no hemos de confundir el amor con cualquier relación interesada. Dentro del ser humano hay una necesidad y una vocación a amar gratuitamente. Mientras la persona no conoce este amor gratuito, no sabe todavía cómo es el amor que hace nacer la felicidad. Jesús invita precisamente a desarrollar este amor desinteresado a todo hombre que sufre: «Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; no sea que te inviten ellos para corresponder y quedes pagado. Cuando des un banquete, invita a los pobres, a los inválidos, a los cojos, a los ciegos; entonces serás dichoso porque ellos no pueden pagarte, y recibirás tu recompensa en la resurrección de los justos» (Lc 14,12-14).

Como es sabido, al hablar del amor, el Nuevo Testamento no usa apenas el término *eros*, habitual en la literatura griega, sino que emplea constantemente la palabra *agape*. El hecho es significativo. *Eros* es el amor con que se ama al otro por lo que se recibe de él: placer, seguridad, compañía, consuelo; es un amor de tendencia posesiva; se le busca al

otro por lo que el otro proporciona *Agape*, por el contrario, es el amor con que se ama al otro buscando sólo su bien, sin esperar nada de él, es un amor de donación gratuita. La alegría brota, no de lo que recibo del otro, sino del hecho de poder amarlo.

En las bienaventuranzas se nos hace una llamada a buscar la felicidad, no desde el «amor erótico», sino desde el «amor agápico». Las personas que nos quieren, pueden darnos compañía, seguridad, placer. Pero la persona que más nos puede acercar a la felicidad es aquella a la que, precisamente por estar necesitada y desvalida, podemos amar gratuitamente. El acercamiento desinteresado a esa persona que no puede correspondernos permite que acontezca el *agape*, el amor gratuito.

Por lo general, nos acercamos a las personas, no para dar sino para recibir. De muchos no esperamos nada, los miramos con indiferencia, no cuentan para nuestros intereses. A otros los tememos porque ponen en peligro nuestro bienestar, nos pueden quitar la paz y la seguridad, mejor tenerlos lejos. Otros, por el contrario, nos atraen porque nos dan lo que deseamos: seguridad, compañía, alegría para vivir, a estos los buscamos. Hay otras personas que sufren maltratadas por la vida o los hombres, no pueden ofrecernos nada. ¿Cuál es nuestra actitud ante ellas? Las bienaventuranzas nos invitan a que nos abramos al amor gratuito y desinteresado hacia los que sufren. Siempre es camino hacia la verdadera felicidad.

8. La felicidad se vive en la esperanza

La felicidad que nosotros conocemos nunca es plena, segura ni definitiva. Lo queramos o no, somos seres atraídos por una felicidad plena e infinita que no logramos alcanzar nunca a lo largo de esta vida. De ahí que conozcamos tantas veces la experiencia del desengaño. Las cosas no nos llenan, las personas nos decepcionan, nuestra «pequeña felicidad» se ve amenazada por innumerables peligros.

Pero no es sólo eso. La felicidad pide eternidad, quere-

mos ser felices para siempre. Por eso, el enemigo más inquietante de nuestra dicha es, en último término, la muerte. Sabemos que esta «felicidad» va a terminar. Julián Marías puntualiza que el ser humano vive siempre la felicidad «en el horizonte de la muerte»²³. Ahí está ella amenazándolo todo de manera inexorable. Parece que, para ser felices tendríamos que olvidar la muerte y encerrarnos en el disfrute del momento presente. Pero entonces nuestra felicidad se sostendría en una ficción que, tarde o temprano, se ha de venir abajo.

Lo queramos o no, el planteamiento es inevitable. O bien la felicidad plena es mera ilusión y el hombre, buscador incansable de dicha, terminará en esa destrucción de todo, que es la muerte, o bien, esta «pequeña felicidad» que vive hoy de forma siempre frágil y amenazada, está apuntando a una felicidad plena y definitiva más allá de la muerte. Esta alternativa no puede ser resuelta mediante el análisis científico o la reflexión filosófica. Aquí sólo cuenta la fe o el rechazo. ¿Qué se afirma en las bienaventuranzas?

En primer lugar, hay una felicidad que es posible ya desde ahora. La primera y la última bienaventuranzas que enmarcan al resto, hablan de una felicidad que es ya realidad en el momento presente. Estos hombres y mujeres son dichosos porque ya desde ahora «tienen a Dios como Rey» (Mt 5,3-10)²⁴. Esto significa que ya desde ahora, en un mundo donde nunca falta la ambigüedad, el dolor y las experiencias negativas, se puede dar una felicidad en aquellos que tienen a Dios como señor de su existencia. No son las experiencias negativas las que lo determinan todo. Desde ahora se puede experimentar, de alguna manera, esa dicha que Dios proporciona a quien lo acoge con «alma de pobre».

Las restantes bienaventuranzas, por su parte, prometen la felicidad para un futuro próximo. Una felicidad que se va haciendo presente ya, pero que alcanzará su plenitud en el futuro. Los exégetas hacen notar este matiz que aparece en

²³ J. MARIAS *o.c.* 320

²⁴ La partícula *estis* expresa que el reinado de Dios se ejerce ahora en estas personas.

las formas verbales Algunos hablan de un «futuro próximo»²⁵ Para otros, las bienaventuranzas «describen una acción que comienza y que desarrollará bien pronto todos sus efectos»²⁶. Otras veces se piensa en un «futuro tensional», es decir, un futuro que tiende ya a su realización²⁷

Algunas de las bienaventuranzas indican que estos hombres y mujeres que son dichosos porque tienen ya a Dios como señor de sus vidas, sin embargo, están sufriendo en el momento en que Jesús habla son personas que «lloran» (Mt 5,4) o que «tienen hambre y sed de justicia» (Mt 5,6) A estos se les promete una felicidad que los va ir liberando de su sufrimiento, van a recibir el consuelo de Dios, van a ser saciados por él Esta acción de Dios que libera del sufrimiento, sólo al final los conducirá al estado definitivo de la felicidad

Otras bienaventuranzas indican que estos hombres y mujeres tienen unas actitudes concretas que Jesús alaba son «no violentos» (Mt 5,5), movidos por su misericordia, «prestán ayuda» al necesitado (Mt 5,7), viven con «corazón limpio» (Mt 5,8), «trabajan por la paz» (Mt 5,9) En correspondencia a estas actitudes que viven ya ahora, se les promete que Dios les concederá libertad («heredar la tierra»), les proporcionará misericordiosamente la ayuda que necesitan, se manifestará a ellos, vivirán como «hijos de Dios». Esta acción de Dios se va a ir realizando ya, aunque la plenitud sólo se alcanzará al final

Así pues, las bienaventuranzas invitan desde ahora a la felicidad verdadera, pero en un horizonte de esperanza Desde ahora podemos aspirar a la felicidad, aunque la felicidad plena y definitiva sólo la esperamos en el futuro último de Dios San Pablo nos recordará que «estamos salvados por la esperanza» (Rom 8,24). La salvación es todavía algo futuro, pero se nos ha dado ya desde ahora la esperanza. Y es esta esperanza que Dios nos regala ahora la que lleva dentro de sí fuerza salvadora y felicitante.

²⁵ F CAMACHO, *o c* 127

²⁶ P BONNARD, *Evangelio segun san Mateo* Cristiandad, Madrid 1976, 92

²⁷ Nueva Biblia Española, que traduce así las formas verbales de estas bienaventuranzas van a recibir, van a heredar, van a ser saciados, etc

Buscar la felicidad desde esta dinámica de la esperanza cristiana significa saber buscarla ya desde ahora de manera sana y realista. No importa sólo la felicidad del final, interesa también la felicidad de ahora. Hemos de esperar vida eterna después de la muerte, pero hemos de saber «vivir» ya antes de la muerte. Dios es alguien que nos quiere dichosos desde ahora. Como dice acertadamente, A. Torres Queiruga, los cristianos se inclinan a buscar a Dios preferentemente en los aspectos negativos y dolorosos de la vida. «Existe una tendencia a excluirlo de la alegría y la felicidad»²⁸. En realidad, Dios está siempre en nuestra existencia buscando el bien del ser humano. «Puesto que Dios crea al hombre para que sea pleno y feliz —y sólo para eso—, resulta evidente que se alegra con cada una de nuestras alegrías y goza viendo nuestra felicidad»²⁹. Es cierto que Dios no está ausente del sufrimiento y la desgracia, pero también ahí está buscando siempre nuestro bien y nuestra dicha. Para decirlo en dos palabras, Dios está siempre con nosotros en la felicidad, para ayudar a potenciarla y abrirla a su plenitud, en la infelicidad y el sufrimiento, para ayudar a eliminarlos o superarlos de manera humana y digna.

Por otra parte, las bienaventuranzas invitan a vivir la «pequeña felicidad» actual abiertos a la felicidad plena y absoluta. La felicidad del presente es semilla y germen de la felicidad plena. Lo expresa bellamente A. Ziegler cuando dice que la felicidad de este mundo no es sólo una experiencia frágil y quebradiza. «Es más bien el vaso de una felicidad cuya última gota no es ajeno amargo, sino alegría imperecedera. Así la pequeña felicidad se convierte en atisbo de salvación eterna, y la salvación eterna —anticipándose a sí misma— se halla ya presente en la salvación actual en forma de germen e indicio»³⁰.

Los cristianos hemos de aprender a vivir de manera más explícita la conexión entre esta vida y la otra. La verdadera felicidad de la vida presente y la salvación definitiva de la

²⁸ A. TORRES QUEIRUGA, *o c.* 174

²⁹ *Ib.*, 175

³⁰ Citado por G. GRESHAKE *o c.* 162

vida eterna no son dos realidades que no tengan nada que ver entre sí. La «pequeña felicidad» de esta vida es anticipación y símbolo real, experimentable —dentro de la fragilidad de este mundo— de la salvación definitiva que se nos regalará en la comunión final con Dios. Nuestra felicidad eterna se está gestando ahora mismo en nosotros en la medida en que sabemos buscar la felicidad abiertos a Dios. Por eso, el «cielo» no es para el creyente sólo una afirmación teórica basada en las promesas de Dios, es también una convicción vital que podemos presentir ya, de alguna manera, en determinadas experiencias terrestres. Son los momentos de felicidad verdadera, de alegría limpia, de amor transparente los que mejor nos permiten intuir en el fondo de nuestro ser el destino último al que estamos llamados y hacia el que somos conducidos por Dios.

Cada uno sabe de esas experiencias que forman parte del secreto más precioso de la persona, el disfrute de la presencia silenciosa y gozosa del Dios vivo en el fondo del corazón, la amistad gozosamente compartida y disfrutada, la armonía y la paz de la conciencia, la fiesta desbordante con los amigos y familiares, la solidaridad en la lucha, el trabajo bien hecho, el disfrute de la belleza. Felicidad entremezclada muchas veces con la ambigüedad, el egoísmo y el pecado. Felicidad llamada a cumplirse de manera plena sólo en Dios. Todo lo bueno y hermoso que ahora disfrutamos, todo lo justo por lo que ahora luchamos y sufrimos, todo alcanzará en Dios su plenitud. Las horas alegres y transidas de gozo, los sufrimientos vividos con amor, las victorias y las derrotas en nuestro esfuerzo por hacer un mundo más feliz, las «huellas» positivas que hemos ido dejando en las personas y en las cosas, lo que penosamente vamos construyendo y gozosamente vamos disfrutando, todo será transfigurado en la felicidad última del encuentro con Dios. Esta es nuestra esperanza cristiana, la que da su fundamento y sentido último a nuestra búsqueda de felicidad. Un día seremos, por fin, felices porque «Dios será todo en todos» (1Cor 15,28). La felicidad total no será utopía. Tendrá lugar.

EL CRISTIANO ANTE EL SUFRIMIENTO

SERÍA UN VERDADERO ENGAÑO hablar de felicidad es-camoteando el problema del sufrimiento y el mal. «Plantear una felicidad que desconozca la contradicción, que no asuma el dolor, que no responda a las preguntas más dramáticas del ser humano, es plantear una felicidad irreal, ilusoria e imposible»¹. Es cierto que el ser humano busca siempre ser feliz; por caminos diferentes, con mayor o menor acierto, todos nos esforzamos por lograr esa felicidad que nuestro corazón anhela. Pero, tarde o temprano, todos nos encontramos con el mal.

El progreso moderno está animado por un deseo profundo de eliminar el sufrimiento de la existencia humana. Pero, una y otra vez, el sufrimiento hace su aparición en la vida de las personas. D. Sölle termina su precioso libro sobre el sufrimiento con estas palabras: «Podemos cambiar las condiciones sociales bajo las cuales sufren los hombres. Podemos cambiar y aprender del sufrimiento en vez de empeorar. Podemos, de forma gradual, hacer retroceder y suprimir incluso el sufrimiento que aún hoy se produce para provecho de unos pocos. Pero en todos estos caminos tropezamos con fronteras que no se dejan traspasar. No sólo la muerte es una de esas fronteras. Existe también embrutecimiento y falta de sensibilidad, mutilaciones y heridas que ya no se pueden eliminar. El único medio de traspasar estas fronteras consis-

¹ R. LARRAÑETA, *Una moral de felicidad*, San Esteban, Salamanca 1979, 336.

te en compartir el dolor con los que sufren, no dejarlos solos y hacer más fuerte su grito»².

El sufrimiento está, pues, ahí bajo mil formas diferentes: el sufrimiento concreto de cada individuo (enfermedades, desgracias, pérdida de seres queridos, soledad, vejez...) y el sufrimiento de grandes sectores de la humanidad que padecen hambre, pobreza, injusticias y opresión. Inútil ignorarlo. No podemos seguir buscando felicidad sin hacernos algunas preguntas inquietantes: ¿Qué hacer ante el sufrimiento? ¿Es posible una felicidad sin problemas? Para ser feliz, ¿hay que eliminar de nuestra vida todo sufrimiento? Y ¿Qué hacer con el sufrimiento de los demás? ¿Cómo ser feliz cuando tantas personas sufren junto a mí?

No es fácil hablar del sufrimiento. El mal desconcierta y hace enmudecer. El psiquiatra E. Rojas, hablando del dolor, dice que «es una realidad que llega a todo hombre, no existiendo una respuesta humana que lo explique cabalmente, hasta sus últimas consecuencias»³. Desde una perspectiva más amplia, el conocido teólogo E. Schillebeeckx reconoce que «el mal en toda su profundidad escapa en último término a todo entendimiento y a toda teoría»⁴. No es extraño que la filosofía contemporánea guarde, por lo general, silencio ante el tema del sufrimiento. Las ciencias modernas han desarrollado, por su parte, métodos más rigurosos para analizarlo, pero no existe un sistema interpretativo que ofrezca un sentido del mal aceptado por la cultura moderna.

Pero hay otra razón para hablar del sufrimiento de manera humilde. Es fácil elaborar toda clase de explicaciones y teorías cuando uno no está sufriendo, pero puede resultar irritante para quien, minado por el dolor, sólo siente impotencia, desesperación y deseos de hundirse en la muerte. Hemos de recordar las palabras del arzobispo de París, cardinal Veuillot quien, en medio de los agudos sufrimientos de un cáncer en fase terminal, decía así: «Nosotros sabemos

² D. SOLLE, *El sufrimiento*, Sígueme, Salamanca 1978, 180

³ E. ROJAS, *Una teoría de la felicidad*, Dossat, Madrid 1990¹⁰, 300

⁴ Citado por J. J. TAMAYO-ACOSTA en *El dolor, el sufrimiento y la muerte*, PasMis 152 (1987) 58

decir frases hermosas sobre el sufrimiento Yo mismo he hablado de ello con calor Decid a los sacerdotes que no digan nada Nosotros ignoramos lo que es sufrir y yo ahora lloro sufriendo»

Los que han sufrido o sufren intensamente, conocen la verdad que encierran estas palabras Los demás hemos de escucharlas con atención para que nuestra reflexión sea humilde y discreta Sin embargo, hemos de reflexionar sobre el sufrimiento para saber adoptar una actitud sana ante él No es posible crecer como ser humano si no es en el sufrimiento, con el sufrimiento y ante el sufrimiento E Rojas llega a decir que «el problema de la vida es el problema del sufrimiento Cuando se ha comprendido esa clave, se ha encontrado la llave para entender cuál es el sentido y la dirección de la existencia»⁵

Pero, además, el cristiano no puede olvidar que seguir a Cristo es seguir al crucificado La llamada de Jesús es clara «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mc 8,34) Pero ninguno de nosotros quiere sufrir Entendemos muy bien la reacción de Pedro cuando Jesús manifiesta abiertamente que el hijo del hombre debe sufrir mucho Según el texto evangélico, «Pedro, tomándole aparte se puso a reprenderle» (Mc 8,32) Para D Bonhoffer, esta reacción del apóstol, «prueba que, desde el principio, la Iglesia se ha escandalizado del Cristo sufriente No quiere a tal Señor y, como Iglesia de Cristo, no quiere que su Señor le imponga la ley del sufrimiento»⁶

Todo esto nos obliga a hacernos algunas preguntas ¿Se puede seguir al crucificado y buscar al mismo tiempo ser feliz? Pensar en la felicidad, ¿no sería precisamente desviarse de la existencia cristiana en cuyo centro está clavada la cruz? ¿Qué es, en definitiva, «negarse a sí mismo y tomar la cruz»? ¿En qué he de pensar yo como cristiano, en una vida feliz o en una vida crucificada?

⁵ E ROJAS o c 291

⁶ D BONHOFFER *El precio de la gracia*, Sigueme, Salamanca 1995, 51

1. Algunas ideas erróneas

Antes que nada, parece necesario aclarar algunas concepciones que, a pesar de estar bastante extendidas, son inexactas y pueden deformar de raíz nuestro modo de entender y vivir el sufrimiento.

1.1. *El sufrimiento no es bueno*

El sufrimiento en sí mismo es malo. Decir lo contrario es una necedad o un engaño. Ni siquiera para «disculpar» a Dios se puede hablar del sufrimiento como un bien, un regalo o una gracia. Lo honesto es decir que el sufrimiento es una realidad mala de la que el ser humano quiere verse libre para siempre. Otra cosa es que la persona pueda vivir en el sufrimiento una experiencia positiva y enriquecedora.

Cuando el mal irrumpe en nuestra vida, llega también la inquietud, la amenaza, el escándalo. Incluso contemplar el sufrimiento de otro es una tortura para quien tiene una sensibilidad sana. Se entienden las palabras de J. M. R. Tillard «Aun cuando el hombre torturado por el dolor se abisma en la adoración de Dios, no puede refrenar el movimiento de todo su ser que rehuye el sufrimiento, tanto el propio como el de los demás»⁷. El mal se le presenta al ser humano como algo absurdo y sin sentido. ¿Por qué? Ésta es la pregunta del que sufre. Según P. Claudel, «la más antigua de las cuestiones terribles de la humanidad».

El sufrimiento conduce a la persona al sentimiento de fragilidad y desamparo; todas las seguridades se vienen abajo. Por otra parte, fácilmente aísla al individuo concentrándolo en su propio mal y destruyendo su capacidad de comunicación. ¿Por qué me sucede esto? ¿Por qué a mí? ¿Por qué tengo que sufrir así? ¿Cuánto va a durar? ¿En qué va a terminar? Estas son las preguntas que atenazan al que sufre un mal con cierta intensidad. Y si el sufrimiento es extremo,

⁷ J. M. R. TILLARD, *La salvación, misterio de pobreza*, Sígueme, Salamanca 1968, 75.

la persona puede experimentar la impotencia total. Ya no se puede más. Se desea que todo acabe. El porvenir se cierra. Esta protesta y rechazo es el signo más claro de que el ser humano está llamado, no al sufrimiento, sino a la felicidad.

1.2. *Dios no es un sádico*

El sufrimiento es un problema para todos los hombres. También para el creyente. La fe no suprime las graves cuestiones que el sufrimiento plantea. Al contrario, en un comienzo, las agrava todavía más. El creyente se ve obligado a preguntarse cómo Dios, Ser infinitamente bueno y omnipotente, puede tolerar tanto dolor y sufrimiento injusto en la humanidad.

Es fácil entonces tratar de «justificar» a Dios ofreciendo explicaciones de todo tipo. Dios —se dice con frecuencia— siguiendo sus «misteriosos designios», envía los males y desgracias unas veces como castigo, otras como purificación, a veces como prueba. El sufrimiento sería, por tanto, muchas veces un *castigo* que Dios nos envía por pecados cometidos con anterioridad; parece como que, a veces, Dios no soporta ya nuestro pecado, «pierde la paciencia» y termina enviándonos el castigo que merecemos. Otras veces, se insiste más en el carácter purificador. Dios envía el sufrimiento como una *purificación* o correctivo para depurar y sanear la vida del que sufre. Con frecuencia, se ve en el sufrimiento una *prueba* que Dios manda y que la persona ha de asumir para ir creciendo en el camino de la perfección. El sufrimiento sería una gracia o regalo que Dios hace precisamente a quienes más ama.

Es explicable este esfuerzo de los creyentes por reconciliar a Dios con el sufrimiento, pero puede resultar peligroso. Cuando el sufrimiento es considerado como algo provocado directamente por Dios, se corre el riesgo de hacer de Él un ser terrible, dedicado a repartir males y desgracias, y en cuyas manos da miedo abandonarse. Analizando ciertas formas de hablar, se diría que Dios maneja el sufrimiento para satisfacer su propio honor o asegurar su justicia.

Esta idea de Dios es radicalmente falsa. Dios, como dice el libro de la Sabiduría, es «amigo de la vida» (Sab 2,26). Quiere la felicidad del ser humano, no su sufrimiento. Dios no encuentra en el padecimiento del hombre un placer especial, algo que le agrade de manera particular. Tampoco tiene por qué exigirlo, como a pesar suyo, para que se haga justicia y su gloria quede garantizada. Condicionados por una forma determinada de entender la cruz de Cristo, tendemos a atribuir al sufrimiento un valor especial ante Dios, como si a Dios le agradara más una vida afligida que una vida feliz. Sin embargo, como explica con acierto F. Varone, «el sufrimiento humano no tiene para Dios ningún valor compensatorio ni reparador, no constituye placer ni exigencia jurídica de Dios»⁸. Como veremos más adelante, lo que agrada a Dios no es el sufrimiento de su Hijo, sino el amor que vive en medio de sus padecimientos.

Puesto que a Dios no le agrada vernos sufrir, es peligroso relacionar tal o cual desgracia o acontecimiento doloroso con su voluntad concreta. «El sufrimiento humano no le alcanza al hombre como si fuera efecto de una disposición divina o algo permitido concretamente por Dios a modo de prueba, de advertencia o de castigo para tal o cual persona o grupo»⁹. No hay motivos teológicos para concebir a Dios interviniendo de manera directa en nuestras vidas para repartir aquí o allá determinados sufrimientos como castigo, purificación o prueba de las personas.

Es preferible ver en el sufrimiento un misterio más profundo, que echa sus raíces en la finitud y contingencia de la creación. El ser humano crece en la fragilidad biológica, psíquica y moral, en un mundo creado por Dios, que actualmente está en *devenir*, orientado e impulsado por ese mismo Dios hacia su plenitud. Cada sufrimiento o acontecimiento doloroso tiene una causa determinada que, con frecuencia, puede ser constatada. La muerte de tal ser querido se debe a un accidente provocado por un exceso de velocidad, tal intoxicación concreta está provocada por un determinado vi-

⁸ F. VARONE *El Dios «sádico» ¿Ama Dios el sufrimiento?* Sal Terrae, Santander 1988. 231

⁹ *Ib.*

rus que ha penetrado en el organismo al ingerir alimentos en malas condiciones. Todos estos sufrimientos concretos forman parte de un mundo *en devenir* que Dios va conduciendo a través de una evolución dolorosa hacia la participación de su propia vida divina. Así lo expresaba san Pablo: «Sabemos que toda la creación gime y está en dolores de parto hasta el momento presente. No sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo» (Rom 8,22-23). Si las personas sufren es porque están embarcadas en este *devenir* doloroso.

Por eso, en lugar de andar buscando en Dios la justificación de cada desgracia o sufrimiento concreto —¿por qué me habrá enviado esta desgracia? ¿Será un castigo o una prueba?—, con el riesgo de llegar a explicaciones falsas o, al menos, insuficientes, es mejor ahondar en el misterio de Cristo crucificado para dejarnos iluminar por su luz.

Lo que podemos comprobar es que Dios ha sembrado en el interior del ser humano la aspiración a ser plenamente feliz. Por eso, se puede decir que lo que agrada a Dios es la vida y felicidad de los hombres. Dios se hace presente en nuestra vida siempre como *anti-mal* (E. Schillebeeckx). También en el sufrimiento: «Si está ahí, es precisamente porque quiere nuestra alegría, porque cuando el dinamismo de su creación sufre en nosotros el fracaso del mal, Él se pone a nuestro lado en busca de la alegría posible y, en cualquier caso, de la alegría eterna»¹⁰. Si Dios se hace presente en nuestras vidas, no es para sembrar sufrimiento sino para liberarnos de él. Dios sintoniza con nuestra protesta y nuestros esfuerzos por suprimirlo o, al menos, por no dejarnos deshumanizar por él. Está de nuestro lado en la lucha contra el mal. Como dice bellamente el filósofo ruso N. Berdiaev, «Dios se manifiesta en la lágrima derramada por el niño que sufre y no en el orden del mundo que justificaría esa lágrima»¹¹.

¹⁰ A. TORRES QUEIRUGA, *Creo en Dios Padre. El Dios de Jesús como afirmación plena del hombre*, Sal Terrae, Santander 1986, 175.

¹¹ Citado por F. VARILLON *Joie de croire. Joie de vivre*. Le Centurion Paris 1981², 271.

Estamos habituados a considerar la crucifixión de Jesús como algo desconectado de su contexto histórico y de las causas concretas que la provocaron. La cruz aparece, con frecuencia, como una especie de *negociación* que se ha dado entre Jesús y el Padre para salvar a la humanidad. La crucifixión de Jesús sería el resultado de un acuerdo entre el Padre, justamente ofendido, que exige una reparación, y el Hijo encarnado que entrega su vida de valor infinito en nuestro nombre y por nuestra salvación¹²

A lo largo de los siglos se han ido desarrollando diversas teorías soteriológicas que interpretan la cruz de Jesucristo entendiéndola como rito apaciguador, precio de un rescate, víctima de expiación, sacrificio de inmolación, satisfacción de carácter jurídico-penal o moral, etc¹³. Aunque el contenido de estas teorías puede ser explicado adecuadamente, su divulgación poco correcta ha contribuido a considerar falsamente la cruz como un sufrimiento que Dios reclama y exige antes de perdonar a los hombres.

Por lo general, no somos conscientes de hasta qué punto este grave malentendido falsea la visión cristiana del sufrimiento y resta credibilidad al cristianismo. Hemos de tomar buena nota de la observación de R. Girard: «Dios no sólo reclama una nueva víctima, sino que reclama la víctima más preciosa y querida: su propio Hijo. Indudablemente, este postulado ha contribuido más que ninguna otra cosa a desacreditar al cristianismo a los ojos de los hombres de buena voluntad en el mundo moderno»¹⁴.

Ciertamente, si se afirma que lo que ha restablecido el orden quebrantado por el pecado ha sido la sangre, la destrucción de una vida, el sacrificio doloroso que Dios exigía

¹² Ver las consideraciones de C. DUQUOC *Actualidad teológica de la cruz* en AA VV *Teología de la cruz*. Sígueme, Salamanca 1979, 19-25. J. LOIS *Recuperación histórica de la cruz*. PasMIS 152 (1987) 83-96.

¹³ Ver la tentativa de síntesis sobre la redención sacrificial en la obra ya clásica de L. SABOURIN, *Redención sacrificial. Encuesta exegetica*, DDB, Bilbao 1969, 415-482.

¹⁴ Citado por F. VARONE *o.c.* 9.

como condición previa, las consecuencias que se siguen son graves

Si Dios exige este sacrificio de sangre para salvar a la humanidad, la imagen cristiana de un Dios Padre queda radicalmente pervertida. Dios sería un ser justiciero que no sabe perdonar gratuitamente, un acreedor implacable que no salva a los hombres si antes no se salda la deuda que se ha contraído con él. En cierto sentido, parecería que la cruz *ha salvado* al mismo Dios, pues, como apunta F. Varone, «él es el que es liberado de su ira, aplacado en su deseo de venganza y satisfecho en su justicia»¹⁵

Por otra parte, si la cruz es un *sufrimiento expiatorio* querido por Dios, fácilmente se le atribuirá al sufrimiento un valor redentor en sí mismo. Se considerará el sufrimiento como una experiencia especialmente valiosa, que hace cambiar la actitud de Dios hacia los hombres. Un instrumento que el hombre puede emplear en su relación con Dios para hacerle reaccionar de manera más amistosa ante su pecado. Incluso existe el riesgo si no de legitimar el sufrimiento injusto, sí, al menos, de perder sensibilidad ante las víctimas y su dolor, pues su sufrimiento puede tener valor redentor ante Dios.

Por último, si Dios ha exigido una satisfacción tan terrible como el sacrificio de su propio Hijo, lo mejor que uno puede hacer ante un ser tan exigente y peligroso es actuar con cautela, y utilizar toda clase de ritos y sacrificios para tenerlo satisfecho. Pero entonces la vida cristiana queda totalmente falseada y, lejos de ser una respuesta agradecida al amor de Dios, se convierte en una *religion del miedo*, orientada a *defenderse* de él.

Todo esto requiere una clarificación. Dios no aparece en el Nuevo Testamento como alguien que exige previamente sufrimiento y destrucción para que su honor quede satisfecho y pueda así perdonar a los hombres. Jesús, por su parte, no aparece nunca tratando de influir en Dios con su sufrimiento, para obtener de él un veredicto favorable para la humanidad.

¹⁵ F. VARONE, *o. c.* 21

¿Por qué se ha producido, entonces, la muerte del Mesías, el Enviado de Dios? No ha sido el Padre que ama infinitamente a su Hijo quien ha buscado la crucifixión de Jesús, sino los hombres que lo han rechazado. La cruz no es algo provocado directamente por el Padre para dejar satisfecho su honor, sino un crimen que cometen los hombres actuando injustamente contra Jesús. Lo que el Padre busca directamente no es la crucifixión de su Hijo. Lo que el Padre quiere es manifestar en su Hijo y a través de su Hijo su amor infinito a los hombres, incluso cuando es rechazado por éstos. Si Jesús muere en la cruz no es porque así lo exige el Padre en compensación de su honor ofendido, sino por encarnar su amor a los hombres hasta el final. La crucifixión de Jesús no es una exigencia que impone el Padre desde fuera para reparar el pecado. Es consecuencia del rechazo que Jesús encuentra al actuar movido por el amor incondicional de Dios a los hombres.

Por eso, lo que en realidad salva a los hombres no es el sufrimiento que se produce en la cruz, sino el amor infinito de Dios al hombre, encarnado y manifestado hasta sus últimas consecuencias en la crucifixión de su Hijo. No es la sangre la que salva sino el amor de Dios que no se detiene ni siquiera ante ella.

1.4. *No todos los sufrimientos son iguales*

Cuando se habla del sufrimiento de manera general, se olvida que los sufrimientos que encontramos en la vida son de naturaleza diferente y están provocados por causas distintas. Sin embargo, para perfilar cuál ha de ser nuestra actitud ante el sufrimiento, hemos de saber de qué clase de sufrimiento se trata.

En primer lugar, hay un sufrimiento que es mío, personal, una experiencia que vivo yo en mi propia carne, y hay sufrimientos de otros, de personas que encuentro en mi camino o de personas que sufren lejos de mí. No es lo mismo preguntarse qué actitud he de adoptar ante mi propio sufrimiento o qué postura he de tomar ante el sufrimiento ajeno.

Los sufrimientos pueden provenir de causas que no dependen de la actuación responsable de las personas. Cuántas desgracias y accidentes se deben a factores que no pueden ser previstos ni controlados por el ser humano. Pero hay otros muchos sufrimientos que son resultado de la actuación injusta o equivocada de las personas o instituciones humanas. A veces es la misma persona la que genera su propio sufrimiento; otras, no hace sino padecer las injusticias o actuaciones equivocadas de los demás.

Hay, asimismo, sufrimientos inevitables que nunca podremos eliminar, al menos de manera total y absoluta. Y hay sufrimientos que se pueden erradicar o, al menos, aliviar y mitigar. Hay sufrimientos inútiles que se deben a un modo insensato de vivir, y hay sufrimientos que *tienen sentido*, pues la persona los asume como exigencia de su proyecto de vida.

Por eso, ante el sufrimiento es necesaria una reflexión básica general. Pero es necesario también reflexionar en cada caso sobre la postura a adoptar ante cada sufrimiento concreto. No es lo mismo reaccionar ante un sufrimiento injusto cuyas causas se pueden combatir y eliminar, que actuar ante un sufrimiento inevitable, debido a la condición frágil y limitada del ser humano.

2. El seguimiento al Crucificado

El cristiano ha de tener claro en qué consiste la cruz para un creyente, pues puede suceder que, a veces, la ponga donde Cristo no la ha puesto. Más todavía. Puede darse que un cristiano, tratando de asumir la cruz de Cristo, viva mortificándose en diversos aspectos de su vida y, paradójicamente, todo ello se convierta en tranquilizante que, de hecho, le impide seguir el camino trazado por el Crucificado¹⁶.

¹⁶ Para todo lo que sigue, ver mi artículo *Seguir al Crucificado*, SaIT 907 (1989) 105-117.

Empecemos por recordar que la cruz cristiana sólo se entiende en su contenido más genuino a partir del seguimiento fiel a Jesucristo y del servicio a la causa del reino. Jesús llama a sus discípulos a seguirle poniéndose incondicionalmente al servicio del reino de Dios. La cruz no es sino el sufrimiento que se producirá en la vida del discípulo como *consecuencia* de ese seguimiento, el destino doloroso que habrá de compartir con Cristo si sigue realmente sus pasos. «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mc 8,34). La cruz brota en la vida del cristiano como consecuencia de ese seguimiento fiel a Cristo.

Esta sencilla y elemental observación es de suma importancia. Hoy se llama fácilmente *cruz* a cualquier cosa que hace sufrir, incluso a sufrimientos que aparecen en nuestra vida generados por nuestro propio pecado o nuestra manera equivocada de vivir. En realidad, no hemos de confundir la cruz con cualquier desgracia, contrariedad o malestar que encontramos en la vida. D. Bonhoeffer lo recuerda de manera clara y precisa: «La cruz no es el mal y el destino penoso, sino el sufrimiento que resulta para nosotros únicamente del hecho de estar vinculados a Jesús. La cruz es un sufrimiento vinculado no a la existencia natural, sino al hecho de ser cristianos»¹⁷.

Lo que sucede es que, cuando el cristianismo se convierte en *seguridad religiosa* ante Dios, y los cristianos olvidan el seguimiento a Jesús y el servicio a la causa del Reino, la *cruz* se desplaza y viene a ser confundida con el mal cotidiano, las contrariedades y los sufrimientos normales de la vida. Una recuperación genuina de la cruz cristiana sólo es posible desde una espiritualidad de seguimiento del Crucificado.

Por otra parte, tampoco hemos de identificar la cruz con el sufrimiento vivido de cualquier forma. El sufrimiento es *cruz cristiana* cuando es vivido con el espíritu y la actitud con que Cristo lo vivió. *Llevar la cruz* de Cristo es sufrir en

¹⁷ D. BONHOFFER *o.c.* 51

comuni3n con 3l, asumiendo con su mismo esp3ritu los sufrimientos que se siguen de una adhesi3n concreta y responsable a su persona y a su causa. Es este seguimiento fiel el que introduce en la cruz genuina de Cristo.

Desde esta actitud de seguimiento hemos de entender ese *renegarse a s3 mismo* que Jes3s pide al disc3pulo. *Negarse a s3 mismo* no significa sin m3s *mortificarse*, castigarse a s3 mismo y, menos a3n, anularse o autodestruirse. Nunca se ha de confundir la cruz con actuaciones masoquistas que Jes3s nunca alent3. *Negarse a s3 mismo* es olvidarse de uno mismo y de sus propios intereses para fijar la existencia en ese Jes3s al que se desea seguir. Liberarse de uno mismo para adherirnos radicalmente a 3l. «El seguimiento exige la m3s total y absoluta libertad del creyente con relaci3n a s3 mismo»¹⁸. La mortificaci3n ha de tener, sin duda, un lugar importante en la vida de quien sigue a Jes3s. Pero no cualquier mortificaci3n sino aquella que va liberando a la persona de su egocentrismo, su comodidad o su cobard3a para seguir m3s fielmente a Cristo.

Si la cruz s3lo se entiende y se vive cristianamente desde el seguimiento fiel a Jesucristo, hemos de analizar en qu3 ha consistido la cruz de Jes3s y c3mo la ha vivido.

2.2 *Jes3s lucha contra el sufrimiento*

Jes3s no ama el sufrimiento ni lo busca. Es lo primero que hemos de decir. El sufrimiento en s3 mismo es malo y Jes3s lo rechaza como tal. No lo quiere ni para s3 mismo, ni para los dem3s.

Ciertamente, no quiere el sufrimiento de los dem3s. Toda su vida ha sido luchar contra el mal que da3a al ser humano. Los evangelios lo presentan combatiendo el sufrimiento que se esconde en la enfermedad, el pecado, la soledad, la desesperanza o la muerte. Jes3s que vive encarnando el amor infinito del Padre a todos los hombres no permanece insensible al sufrimiento de las gentes. Sufre porque los fariseos

¹⁸ J. M. CASTILLO, *El seguimiento de Jes3s*. Sigüeme, Salamanca 1986. 60.

tratan con dureza a los enfermos (Mc 3,1-5), porque los escribas echan «cargas pesadas» sobre el pueblo sin preocuparse por aliviar su situación (Mt 23,4), porque los discípulos rechazan a los niños (Mc 10,14). Lloro la muerte de su amigo Lázaro y comparte la pena de sus hermanas (Jn 11,33). Se compadece de la viuda que llora la muerte de su hijo único (Lc 7,13). Sufre al ver al pueblo «como ovejas que no tienen pastor» (Mc 6,34).

Pero Jesús no se limita a compadecerse y sufrir con el sufrimiento de los demás. Entiende su vida y su actuación entre la gente como una «buena noticia», una fuente de vida, salud y felicidad. Lucha contra la posesión diabólica, símbolo de las esclavitudes y opresiones que destruyen al hombre, sana la enfermedad, expresión de la debilidad y el sufrimiento de la criatura humana, libera del pecado, la injusticia y la opresión que son raíz de tantos desgarros.

Jesús ofrece salvación ya en esta vida liberando de angustias y miedos, transmitiendo sentido y esperanza, dando «vida y vida plena» (Jn 10,10). A. Torres Queiruga resume así su actuación: «Jesús aparece en toda su vida y su conducta compadeciéndose de los que sufren, defendiéndolos de quienes los oprimen, luchando contra el mal, hasta el punto de dar por ello su vida»¹⁹. D. Sölle se expresa en estos términos: «En el cuadro que bosquejan para nosotros los evangelios, Jesús aparece como el hombre que contagia felicidad a su entorno, como el hombre que comunica su fuerza, da gratuitamente lo que posee. En la imagen convencional de Jesús, se pone siempre en primer lugar la obediencia y el sentido de sacrificio. Pero la imaginación que brotaba de la felicidad, me parece que describe mucho mejor lo que fue su vida»²⁰.

Jesús no busca pues el sufrimiento para nadie. Lo que hace es esforzarse en suprimirlo. Pero tampoco lo ama ni lo busca para sí. Al contrario, cuando después de luchar toda su vida contra el sufrimiento que destruye a los demás, él mismo se encuentra con la cruz, reacciona con angustia y

¹⁹ A. TORRES QUEIRUGA, *o c*, 135.

²⁰ D. SOLLE, *Imaginación y obediencia*, Sígueme, Salamanca 1971, 75

espanto: «Me muero de tristeza» (Mc 14,34; Mt 26,38). Los términos empleados por Marcos y Mateo indican terror, sorpresa, ansiedad. Lucas expresa lo mismo recurriendo al «sudor de sangre» (Lc 22,44). Lo que atrae a Jesús no es la muerte sino la vida. Lo que quiere es vivir, no sufrir: «Padre, si es posible, que se aleje de mí este trago» (Mt 26,39).

Queda pues claro que lo que Jesús busca siempre es el bien y la dicha del ser humano. Por eso lucha contra toda clase de sufrimientos, los generados por el mismo hombre y los que sobrevienen de manera inevitable. Esto es lo primero. La actitud primera de Cristo y del cristiano. ¿Por qué, entonces, acepta Jesús la cruz? ¿Por qué termina asumiendo el sufrimiento y aceptando su crucifixión? ¿Por qué todo aquel que le siga ha de cargar con la cruz?

2.3. *Jesús asume la cruz*

Jesús no busca el sufrimiento, pero asume su propia crucifixión. La cruz que Jesús acepta no es cualquier sufrimiento. Es la aflicción y el rechazo que aparecen en su vida como consecuencia del servicio a los que sufren injustamente. Movidado por el amor infinito del Padre a todo ser humano, Jesús lucha contra el sufrimiento con tal radicalidad que es capaz incluso de asumirlo cuando éste se produce en su propia carne como consecuencia de su combate contra el mal. Si Jesús acepta la cruz no es por gusto, sino porque no quiere negarse a sí mismo ni negar al Padre que ama sin fin a los hombres y busca la felicidad de todos. «No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mt 26,39). Veamos todo esto más detenidamente.

Empecemos por recordar que Jesús no ha muerto de muerte natural. Su muerte no ha sido la extinción esperada y normal de su vida biológica. A Jesús lo han matado. El Mesías ha sido ajusticiado después de un proceso llevado a cabo por las fuerzas religiosas y civiles más poderosas de aquella sociedad.

Así pues, la cruz no es un sufrimiento que Jesús se inflige a sí mismo como camino de perfección o autorrealización.

Es más bien el sufrimiento que *padece* como consecuencia de la reacción que se genera en aquella sociedad contra su actuación y su mensaje. Por eso mismo, «seguir al crucificado» no consiste en «buscar cruces», sino en *aceptar la crucifixión* que nos puede llegar de diversas formas por ser fieles a Cristo y a su causa.

Al asumir la cruz, Jesús no acepta sólo la destrucción dolorosa de su vida. La cruz significa para Jesús, inseguridad, perturbación de una vida tranquila y serena. Entraña, además, conflictividad, enfrentamiento con los poderes que se oponen al reino de Dios que él propugna. Trae consigo descalificación moral, desprecio, rechazo y soledad. D. Bonhoeffer ha llamado la atención sobre el hecho de que Jesús, según los «anuncios de la pasión», tiene que padecer y *ser rechazado* (Mc 8,31, 9,31, 10,33-34). Rechazo que añade algo nuevo al sufrimiento pues «el hecho de ser rechazado quita al sufrimiento toda dignidad y todo honor»²¹. Se ha dicho que a Jesús «le robaron su muerte». Es tal la ambigüedad que rodea todo el proceso, queda tan desfigurado el verdadero motivo de la condena que «Jesús no tuvo la satisfacción de morir dando testimonio, a la faz de todo el pueblo, de la verdadera significación que había dado a su existencia»²².

Todo esto nos obliga a recordar que «llevar la cruz» en pos de Jesús no significa, en su sentido más genuino, introducir en nuestra vida determinados sacrificios o renunciaciones, lo cual puede ser absolutamente necesario dentro de una ascesis cristiana. No se trata tampoco de aceptar con paciencia los sufrimientos, males y desgracias de la vida, algo que el cristiano ha de vivir desde una confianza total en el Padre. «Llevar la cruz» es, antes que nada, asumir ese sufrimiento propio del discípulo que sigue a Jesús sabiendo que no puede «estar por encima de su Maestro» (Mt 10,24) y que ha de compartir su destino doloroso. Aceptar la cruz de Cristo es seguirle «con una disponibilidad sin límite para

²¹ D. BONHOEFFER *o.c.* 50

²² H. COUSIN *Los textos evangelicos de la pasion*. Verbo Divino. Estella 1981, 262

tomar parte en la inseguridad, riesgo y difamación de su maestro»²³ Algo, por lo tanto, muy diferente de una mortificación elegida por nosotros mismos, que puede alimentar sutilmente nuestra propia satisfacción y seguridad

Desde esta perspectiva, es necesario recuperar el sentido genuino de la cruz cristiana por caminos propios del seguimiento preferir sufrir injustamente antes que colaborar en alguna injusticia, solidarizarnos de manera concreta con los últimos de la sociedad aun a costa de sufrir la crítica y los ataques de aquellos a quienes no interesa escuchar la verdad del reino de Dios, aceptar las consecuencias de una actuación libre en defensa de los derechos de las personas, sufrir la inseguridad y los riesgos de un comportamiento honesto y consecuente con el evangelio

2 4 *Jesús sufre por querer suprimir el mal*

Podemos adentrarnos más en la cruz de Cristo La crucifixión de Jesús revela que es peligroso buscar el bien y la felicidad de todos No se puede vivir impunemente lo que vivió Jesús No se puede vivir al servicio del reino de Dios, que es reino de fraternidad, de justicia y de libertad, sin provocar el rechazo y la persecución de aquellos a los que no interesa cambio alguno Imposible solidarizarse con los que sufren y buscar su dicha y liberación, sin sufrir la reacción de los poderosos

La trayectoria de Jesús ha sido clara desvivirse por liberar a los pobres del poder opresor de los ricos, ofrecer el perdón de Dios a los pecadores frente a las críticas de los piadosos, solidarizarse con los enfermos, los débiles e impuros frente al desprecio y la marginación por parte de los fuertes, defender a los pequeños de la opresión de los grandes Es la actuación del «enviado a anunciar a los pobres la buena noticia» (Lc 4,18) En él se encarna el amor infinito del Padre a todo ser humano

²³ M HENGEL *Seguimiento y carisma La radicalidad de la llamada de Jesús* Sal Terrae, Santander 1981, 115

Pero llega un momento en que su actuación comienza a resultar demasiado peligrosa. Los escribas no pueden permitir que se ponga el amor a los que sufren y la fraternidad con los más pobres por encima de la seguridad y el orden legal de la Torá. Los sectores fariseos no pueden aceptar que se acoja a pecadores y despreciados publicanos, ofreciéndoles el perdón gratuito de Dios al margen de la observancia religiosa. Los saduceos y las clases sacerdotales consideran blasfemo proclamar que Dios sea Padre de todos, incluso de paganos y enemigos de Israel, y que el verdadero culto consista en promover una justicia fraterna entre los hombres. Roma, por su parte, no puede consentir que alguien escape a su poder absoluto poniendo en discusión la *autoridad divina* del César. En un momento determinado, Jesús se encuentra con la oposición en todos los frentes. Su compromiso «fue tan concreto y serio, que su vida quedó realmente comprometida»²⁴.

La cruz es el resultado de ese rechazo de los hombres. Ni Dios le puso en ella ni él mismo la buscó. Jesús quiso convocar a todos los hombres en torno a un proyecto digno de su creador y Padre, llamó a la fraternidad, invitó a la búsqueda de la dicha humana por caminos de solidaridad, justicia y misericordia, anunció a Dios como salvador definitivo de la felicidad del hombre, pero fue rechazado.

No hemos de desfigurarse la crucifixión de Jesús con falsas visiones sobre el sufrimiento. Si Jesús asume la cruz no es para exaltar el dolor y la humillación. Jesús ha muerto en la cruz, no porque despreciaba la vida sino porque la amaba tanto que no podía consentir que fuera disfrutada sólo por unos pocos privilegiados. Murió crucificado, no porque desdenaba la felicidad, sino porque la defendía y la buscaba para todos, incluso para los más olvidados, despreciados e indefensos. Jesús terminó en la cruz, no porque amaba el sufrimiento, sino «para que cada vez sea más imposible que unos hombres crucifiquen a otros»²⁵.

²⁴ J. R. SCHEIFLER, *La muerte de Jesús a la luz de la historia Reacción violenta de un «mundo amenazado»*, SalT 754 (1976) 170

²⁵ L. BOFF, *Jesucristo y la liberación del hombre*, Cristiandad, Madrid 1987², 440.

Por eso, no hemos de olvidar que seguir al crucificado y cargar con su cruz, «significa, por tanto, solidarizarse con los que son crucificados en este mundo: los que sufren violencia y pobreza y se sienten deshumanizados y privados de sus derechos. Defenderlos, atacar las prácticas en cuyo nombre se les convierte en no hombres, asumir la causa de su liberación, sufrir por ella es cargar con la cruz» (ib). Esta cruz es *la señal* de Cristo y del cristiano.

2.5. *La actitud de Jesús en el sufrimiento*

Estudios recientes vienen ahondando en la actitud concreta de Jesús ante su crucifixión²⁶. Aquí recordaré solamente las dos actitudes básicas que dan un contenido nuevo al sufrimiento de Jesús y que nos permiten entrever el misterio de amor salvador que se encierra en la cruz.

La actitud de Jesús ante el Padre puede resumirse en esa oración que repite una y otra vez en Getsemaní, desgarrado por la proximidad de la crucifixión, pero alentado por una voluntad de comunión total con su Padre: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú» (Mt 26,39). Esta actitud queda bien expresada en esos dos gritos que, según los relatos evangélicos, lanza Jesús en la cruz. Ante la proximidad de su muerte, Jesús se siente solo e impotente. Todo parece acabado. Hasta Dios mismo parece abandonarlo como a un falso profeta condenado justamente en nombre de la Ley. Entonces brota de su interior un grito desgarrador de protesta, de queja profunda y súplica ardiente de liberación: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34). Pero Lucas añade otro grito final que expresa la fe inquebrantable, la confianza radical y la comunión total de

²⁶ Ver, por ejemplo, H. SCHURMANN, *Comment Jésus a-t-il veçu sa mort?*, Cerf, París 1977; X. LEON-DUFOUR, *Jesús y Pablo ante la muerte*, Cristianidad, Madrid 1982; E. SCHILLEBEECKX, *Jesús. La historia de un viviente*, Cristianidad, Madrid 1983², 273-285; X. CHALENDAR, *Mort sous Ponce Pilate, mais toujours vivant*, Fayard, París 1971

Jesús con su Padre «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23,46)

El sufrimiento sigue siendo algo malo. Pero *precisamente* por eso, se convierte para Jesús en el cauce más realista y el lugar más auténtico para vivir en plenitud su comunión con el Padre. Hemos de entender bien esta *obediencia* de Jesús al Padre. En la cruz Dios *no* está *contra* Jesús, descargando su ira sobre él o enviándole toda clase de sufrimientos. Dios está *de su lado*, sosteniéndolo, sufriendo con él y en él, identificándose totalmente con él, como se manifestará más tarde en la resurrección frente a cualquier posible equívoco. Lo que el Padre quiere directamente no es el sufrimiento y la crucifixión de Jesús sino su actuación y su lucha por la felicidad y la salvación de los hombres hasta las últimas consecuencias.

Todo esto es de importancia suma para aproximarnos correctamente al misterio último que se encierra en la crucifixión de Jesús. En la cruz, el Padre y el Hijo están unidos, no buscando sufrimiento y sangre, sino enfrentándose al mal hasta sus últimas consecuencias. Ni el Padre quiere ver sufrir a su Hijo, ni el Hijo le ofrece al Padre sus sufrimientos como algo agradable. El sufrimiento proviene de aquellos que rechazan a Jesús y se cierran al reinado del Padre que sólo y siempre busca el bien del hombre. «Jesús no muere por gusto, sino que afronta —angustiado— (cf Mc 14,33, Mt 26,37) el que lo maten, porque no tiene otra alternativa si no quiere negarse a sí mismo y su misión. Por su parte, el Padre no quería que le matasen a su Hijo, pero no podía evitarlo sin anular la libertad de la historia y, en definitiva, la consistencia misma de la creación»²⁷

Entendida así la comunión de Jesús con el Padre, podemos aproximarnos mejor a su comunión y solidaridad con los crucificados. Es la segunda actitud que deseo subrayar. Los textos evangélicos nos presentan a Jesús atento a la felicidad de los que le rodean, incluso durante su misma crucifixión. Mientras va camino del Calvario, se compadece de las mujeres que le lloran y de sus hijos (Lc 23,28), en la

cruz, se preocupa del malhechor crucificado junto a él (Lc 23,43) y de su madre que va a quedar sola (Jn 19,26-27), clavado en la cruz, ora para que no se pierdan aquellos que lo están crucificando (Lc 23,34)

Pero, además, no hemos de olvidar que el contenido concreto de su fidelidad al Padre es el servicio y la defensa de ese reino de Dios, que exige un orden nuevo de justicia, de amor y de solidaridad con los débiles, los que sufren, los indefensos. Ahora, él mismo sufre la muerte de un pobre, de un abandonado que nada puede ante los poderosos de este mundo. Jesús vive su muerte como un servicio. El último y supremo servicio que puede hacer a todos los crucificados de la Tierra. Más aún. El servicio supremo a la humanidad entera.

Jesús no quiere sangre ni sufrimiento, pero no se detiene ante ellos en su empeño por buscar el bien del hombre. Jesús no está solo en este empeño. Le acompaña el Padre que lleva su amor al hombre y su voluntad de salvación para todos hasta el final, incluso hasta aceptar el sacrificio de su Hijo querido. En la crucifixión de Jesús está el Padre entregando a su Hijo sólo por amor. «Dios amó tanto al mundo que le entregó a su Hijo» (Jn 3,16)

Lo que da valor redentor a la cruz no es el sufrimiento sino el amor de Dios que no se detiene ni siquiera ante él. Lo que salva a la humanidad no es, no sé qué misterioso poder o virtud redentora encerrada en la sangre y el dolor. Lo que salva es el amor infinito de Dios que se encarna en ese sufrimiento. La cruz de Jesucristo es la expresión más realista y profunda de cómo ama Dios al hombre y hasta qué punto quiere su salvación y su felicidad. El signo supremo de su comunión con el hombre doliente, necesitado de vida eterna. El P. Tillard lo ha expresado de manera acertada. «La cruz ha empapado de la *compasión* de Dios la trágica realidad del dolor del hombre, la ha asumido para sembrar en ella una *dynamis* de salvación»²⁸

El Dios, pues, que se revela en la cruz no es un Dios que quiere del hombre sufrimiento, sino un Dios que es capaz de

aceptarlo en sí mismo para verlo erradicado para siempre de la existencia humana. Un Dios que no está frente al Crucificado enviándole pruebas, purificaciones o castigos, sino un Dios que está de su lado, sufriendo con él y preparando ya su resurrección y felicidad definitiva.

Esta visión de la cruz cristiana podría transformar la actitud de no pocos cristianos ante el sufrimiento. «El día en que, ante el sufrimiento de la enfermedad o la dureza de la vida, nuestra sensibilidad espontánea no reaccione diciendo: “Señor, ¿por qué me mandas esto?, ¿qué pecado cometí?, ¿por qué no lo remedias?...”, sino más bien: “Señor, sé que esto te duele como a mí y más que a mí; sé que tú me acompañas y me apoyas, aunque no te sienta...”, ese día el Dios de Jesús recuperará para nosotros su verdadero rostro: el Anti-mal que nos sostiene y acompaña con su amor»²⁹.

2.6. *Nuestra actitud ante el sufrimiento*

La reflexión que venimos haciendo sobre Jesús nos permite ya extraer algunas consecuencias básicas para saber qué actitud adoptar ante el sufrimiento.

—En Jesús no encontramos ese sufrimiento que hay tantas veces en nosotros, generado por nuestro propio pecado o nuestra manera poco sana de vivir (apego egoísta a las cosas y a las personas, envidia, resentimiento, vacío interior...). Jesús es un hombre lleno de vida, «el hombre más feliz que haya existido nunca»³⁰. No encontramos en él «la tristeza del pecado».

Esto significa que el seguimiento a Jesús no nos ha de retraer sino, al contrario, nos ha de urgir a buscar en nuestra existencia esa felicidad que se da en él, fruto de una vida sana y sin pecado. Hay en nosotros un sufrimiento inútil y dañoso que hemos de eliminar si queremos seguir los pasos de Jesús.

—Jesús no ama ni busca innecesariamente el sufrimien-

²⁹ A TORRES QUEIRUGA, *o c*, 148-149

³⁰ D SOLLE, *Imaginación y obediencia*, 75.

to, como si este encerrara un valor especialmente grato a Dios. Al contrario, es fácil comprobar que la actitud radical que inspira toda su trayectoria es luchar por suprimirlo.

El esfuerzo ascético y la disciplina personal tienen un valor humano indiscutible. Pero es una equivocación creer que uno sigue más de cerca al crucificado porque busca arbitrariamente el sufrimiento, sin necesidad alguna, sólo porque lo considera más grato a Dios. Ante el dolor y el sufrimiento propio o ajeno, lo primero y más agradable a Dios es esforzarse por suprimirlo o aliviarlo en la medida de lo posible.

—Jesús no vive ni cultiva su propia felicidad ignorando el sufrimiento de quienes no son felices. Al contrario, como venimos repitiendo, compromete su vida entera por hacerlo desaparecer. Por una parte, combate el egoísmo, la injusticia, la marginación y todo cuanto genera sufrimiento injusto y evitable, su vida entera es una lucha contra el pecado encarnado en las personas, las costumbres, leyes e instituciones, incluida la misma religión. Por otra parte, se entrega a mitigar y aliviar en lo posible el dolor y la aflicción inevitables en el ser humano (enfermedad, desvalimiento, pérdida de seres queridos, muerte, soledad...)

Esto significa que el seguidor de Jesús no puede ignorar el sufrimiento de los demás en su camino hacia la felicidad. La felicidad cristiana incluye el amor a quien sufre. El que sigue los pasos de Jesús ha de recordar que «no hay derecho a ser feliz *sin* los demás, ni *contra* los demás»³¹. La manera cristiana de buscar felicidad es buscarla para todos.

—En esta búsqueda de felicidad para todos, Jesús no se detiene ni ante su propio sufrimiento. Acepta sufrir si este sufrimiento viene exigido por su servicio a los desdichados o es provocado por quienes rechazan su combate contra la opresión y la injusticia.

El cristiano sabe que hay un sufrimiento que ha de asumir si quiere seguir los pasos de Jesús. Es el sufrimiento que se produce como precio y consecuencia de su lucha contra el mal. El cristiano, como cualquier otro, podría evi-

³¹ R. LARRANETA, *o.c.* 338

tarse muchos sufrimientos, amarguras y sinsabores; bastaría con que cerrara los ojos al sufrimiento ajeno y se encerrara en la búsqueda egoísta de su propia dicha. Pero siempre sería a un precio costoso: el de dejar de amar y de seguir a Jesucristo.

—En el sufrimiento de Jesús se nos revela que lo redentor no es propiamente el sufrimiento como tal, sino el amor que puede vivir la persona que padece ese sufrimiento. Este continúa siendo malo, pero precisamente por eso se convierte para Jesús en la experiencia existencialmente más realista de vivir en plenitud su comunión con el Padre y su solidaridad con los hombres.

Lo mismo para el cristiano. Lo decisivo no es el sufrimiento sino el amor que inspira su vida. Seguir al crucificado significa entonces asumir el dolor y la aflicción como la experiencia más realista y sólida de vivir la comunión con el Padre y con los hermanos. Al vivir así, el cristiano sabe que no está solo. El dolor no es signo de la ausencia de Dios. En los momentos de máximo absurdo e impotencia, Dios está ahí, de su lado, como un Padre que se hace presente silenciosamente en el mal del hombre para conducir su historia dolorosa hacia la vida y la felicidad definitivas. «Dios que resucitó al Señor, y nos resucitará también a nosotros con su poder» (1Cor 6,14).

2.7. *La cruz en el camino de la felicidad*

En su búsqueda de felicidad, el cristiano, como todo ser humano, encuentra en su camino el sufrimiento, pero se encuentra, además, con la llamada de Cristo a «llevar la cruz». Después de todo lo dicho hasta ahora, ¿cómo conjugar felicidad y cruz? ¿Cómo entender de manera cristiana la búsqueda de felicidad y la fidelidad al Crucificado?³².

Antes que nada, hemos de afirmar que el evangelio de Cristo y su anuncio de felicidad pasa por la cruz. Ignorar la

³² L. M. ARMENDARIZ, *La cruz en el camino de la felicidad El trance «crucial» de la bienaventuranza*, SaIT 908 (1989) 211-228

cruz de Cristo para orientarlo todo a una búsqueda hábil de felicidad, utilizando incluso la religión como un medio más para el disfrute o la satisfacción de los deseos inmediatos, es «desvirtuar la cruz de Cristo» (1Cor 1,17) y falsear el cristianismo.

Pero poner la cruz de Cristo en el centro de la vida cristiana no significa centrar el cristianismo en el sufrimiento, renunciando a toda búsqueda de felicidad. La cruz, como hemos visto, no es negación de la aspiración del hombre a la felicidad, ni tampoco resignación o aceptación masoquista del dolor como único camino para merecer una felicidad que se situaría exclusivamente en la otra vida³³.

El mensaje «cruz aquí y felicidad en el más allá» falsea el núcleo de la buena noticia de Jesucristo. El anuncio cristiano no se reduce a ofrecer una salvación para la otra vida, y a exigir aquí, para merecerla, el sacrificio y la represión de las tendencias a la felicidad inmediata. Es en esta vida donde el ser humano anhela ya la felicidad y la echa de menos, y es en esta vida donde Jesucristo «convoca a la bienaventuranza» (Mt 5,3-12) por el camino acertado, e invita ya a acoger el reino de Dios, que es reino de verdad, de justicia, de amor fraterno y de paz, dentro de las limitaciones y fragilidad de este mundo.

La cruz de Cristo lo que hace es situar la búsqueda de felicidad en su verdadero horizonte. Ya las bienaventuranzas invitan, como hemos visto, a buscar la felicidad en una determinada dirección: con «alma de pobre, en actitud no-violenta, con hambre y sed de justicia, con el corazón lleno de ternura misericordiosa, con rectitud interior, buscando el bien de todos, poniendo la salvación última del hombre en Dios. Desde ahora estamos convocados a buscar la felicidad trabajando por el bien y la dignidad de todo ser humano, y tratando de suprimir o aliviar el mal que deshumaniza y hace desdichados a los hombres. La cruz de Cristo nos revela que esta búsqueda de felicidad —en la línea de las

³³ Ver las reflexiones de J. MARTIN VELASCO, *El cristianismo como mensaje de salvación. Desfiguraciones y nueva posibilidad*, SaIT 908 (1989) 229-239.

bienaventuranzas— exige renuncia a una *felicidad egoísta* consistente en satisfacer los propios intereses al margen del bien y la felicidad de los demás, es decir, ignorando el amor. Por otra parte, la cruz nos recuerda que el compromiso por el bien y la felicidad de todos trae consigo persecución y sufrimiento. En la condición actual de la humanidad, quien busca la felicidad de todo ser humano con el espíritu de las bienaventuranzas, y lo hace como Jesús, hasta las últimas consecuencias, ha de aceptar de alguna manera su propia crucifixión.

Esta cruz así asumida no se opone a la búsqueda de felicidad sino a la esclavitud del pecado. ¿Por qué? Pecar es buscar egoístamente la propia felicidad rompiendo con Dios y con los demás hombres. Asumir la cruz como Jesús es, precisamente, todo lo contrario: buscar la fidelidad a Dios y el servicio a los hermanos, incluso en la ausencia de felicidad inmediata. Por eso, la cruz rescata nuestra búsqueda de felicidad de la distorsión que introduce el pecado. Si el cristiano la acepta no es como renuncia a la dicha, sino como expresión de su búsqueda radical de felicidad en un Dios que quiere vida plena para la humanidad entera. La cruz no tiene la última palabra. A una búsqueda de felicidad *crucificada* como la de Jesús, sólo le espera resurrección.

3. Ante el sufrimiento inútil

En la vida de todo individuo hay una cantidad notable de sufrimiento producido por él mismo. Según los expertos, este sufrimiento engendrado por el propio pecado de la persona o por su manera equivocada de vivir, puede llegar a constituir la mayor parte de sus padecimientos.

Este sufrimiento no es una *cruz* que hay que cargar, sino una *carga* que hay que «soltar» si se quiere vivir con el espíritu de Jesús. Es importante cuidar este bienestar personal sano desprendiéndose de sufrimientos estériles e innecesarios. En general, la reflexión cristiana ha estado poco atenta a la liberación de este sufrimiento personal inútil, a pesar de su importancia para vivir el amor al hermano. Deberíamos

recordar más la observación de D. Sölle al hablar de la felicidad de Cristo: «También vale para Jesús el principio: mientras mayor sea la felicidad, habrá mayor aptitud para el don real de sí mismo. Se debe aprender de Cristo la lección: cuanto más feliz sea alguien, más fácilmente se puede desprender de sí mismo»³⁴.

Las personas que sufren inútilmente, hacen sufrir. Los resentidos crean en su entorno resentimiento. Los que viven en conflicto, siembran conflictividad. Los que no se aceptan con paz a sí mismos, difícilmente aceptan a los demás. Los que están descontentos de sí mismos crean descontento y malestar.

La persona puede adoptar, de hecho, actitudes muy diferentes ante este sufrimiento provocado por uno mismo. Algunos viven sintiéndose víctimas incomprendidas; otros echan la culpa de todos sus males a los demás, pensando que la fuente de sus problemas y sufrimientos son siempre los otros; algunos ven en todo ello una cruz que han de llevar con paciencia y resignación.

La actitud más sana sigue otros caminos. Lo primero es tomar conciencia de que el origen de tanto sufrimiento inútil está en uno mismo, en ese corazón lleno de egoísmo, apegos, envidias, falsas ilusiones, sed de poder, resentimiento, vacío interior... De la misma manera que el dolor físico es una *señal de alarma* que avisa de que algo funciona mal en el organismo, hay todo un conjunto de sufrimientos que revelan modos equivocados de vivir: apegos, servidumbres, contradicciones e incoherencias que impiden un desarrollo sano de la persona.

Pero no basta tomar conciencia. Es necesario además un esfuerzo decidido por eliminar de nuestra vida aquello que nos bloquea e impide que emerja en nosotros una felicidad más honda y real. En esto consiste, en buena parte, la verdadera ascesis y la sana *mortificación*, orientada a *dar muerte* al pecado y a cuanto él genera de sufrimiento e infelicidad innecesaria. Señalaremos algunas pistas fundamentales.

³⁴ D SOLLE, *Imaginación y obediencia*, 75.

3.1. *El egocentrismo*

Hay una forma de vivir adherido al propio yo, que es fuente permanente de sufrimiento. Muchas veces, lo que más sufrimiento genera en nosotros es precisamente ese vivir apegados al propio yo, buscando ciegamente y por encima de todo, el propio éxito, la buena imagen, la aprobación y estima de los demás. Ese cultivo equivocado del yo se convierte en fuente de preocupación y sufrimiento.

Inconscientemente, la persona puede alimentar falsamente su yo e incluso agigantarlo de forma desproporcionada, organizando todo su entorno desde su falso yo: *mi patria, mi partido, mi Iglesia, mi ideología*; el yo va quedando entonces cada vez más atrapado y más expuesto a toda clase de problemas. Cualquier acontecimiento que afecte a esas realidades afectará también dolorosamente a la persona. Por otra parte, el futuro se convierte también en fuente de inquietud permanente. El individuo recuerda experiencias negativas vividas en el pasado, las proyecta sobre el futuro, intuye que le pueden hacer sufrir y, de hecho, comienza ya a sufrir desde ahora, olvidando la sabia regla evangélica: «No os preocupéis del mañana. El mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su inquietud» (Mt 6,34).

La liberación va llegando en la medida en que la persona aprende a desasirse, sin agarrarse tanto a sí misma y sin vivirlo todo de manera tan posesiva. La llamada de Jesús, «Si uno quiere venir en pos de mí, *niéguese* a sí mismo...», es una invitación al vaciamiento de ese falso yo, a no absolutizarlo, a no vivir girando obsesivamente sobre el propio yo. Los místicos hablan con frecuencia de la muerte al propio yo, y de la felicidad que brota en el alma cuando deja poseerse por el amor de Dios³⁵.

³⁵ Ver el interesante estudio de I. BENGOCHEA, *La felicidad en san Juan de la Cruz*, Miriam, Sevilla 1988.

3 2 *La apropiación*

Otra fuente de sufrimiento es el apego excesivo a las cosas y a las personas. El Maestro Eckart lo llamaba «poseer con propiedad», es decir, poseer las cosas para sí y terminar siendo poseído por las cosas. Es la actitud de la persona que está convencida de que no puede vivir feliz sin esa cosa, sin esa persona, sin ese logro o esa experiencia.

Esta forma de vivir concentra todas las energías del individuo en la *apropiación* de todo, quedando así expuesto al sufrimiento y al desgarramiento siempre que llega la pérdida, la decepción o el fracaso. Las cosas son perecederas y no llenan plenamente el corazón, las personas no siempre responden a las expectativas, no siempre se logra lo que uno tanto anhela.

También aquí la liberación llega por el camino del desasimiento. Es de sabios vivir con *alma de pobre*. Aprender a disfrutar lo que se me regala, sin hacer de ello el centro de mi vida. No rechazar lo que se me ofrece y no apegarme a lo que se me quita. Acoger gozosamente tantas cosas, experiencias y personas que hacen posible mi vida, pero saber despedir con ánimo sereno lo que se me arrebató.

Esta liberación interior es camino acertado de felicidad sana. Muchos de los sufrimientos que se producen en la vida del individuo revelan que algún apego ha sido tocado, alguna falsa ilusión se ha visto amenazada. La liberación de los apegos no es fácil y hace sufrir. Pero siempre es «sufrir para acabar de sufrir», como diría Tony de Mello³⁶.

3 3 *La envidia*

Otra fuente importante de sufrimiento inútil es la envidia. Esa insatisfacción o pesar que corroe interiormente a la persona ante el bien de los demás. La envidia es un proceso a veces bastante complejo, que puede hacer al individuo pro-

³⁶ C. GARCÍA VALLES, *Ligero de equipaje Tony de Mello un profesor para nuestro tiempo*. Sal Terrae, Santander 1987, sobre todo 75-82.

fundamente desdichado. El envidioso puede hacer daño a su alrededor, pero, sobre todo, se hace daño a sí mismo y se incapacita para disfrutar de lo que tiene y es.

La envidia es una realidad muy generalizada. Aparece con mucha claridad en los niños porque todavía no saben disimularla, pero sigue persistiendo luego a lo largo de la vida, en un grado u otro, en muchas personas. El psiquiatra E. Rojas se atreve a decir que «todos la padecemos a lo largo de la vida en mayor o menor medida, en unos momentos u otros según las circunstancias»³⁷. Lo que sucede es que la envidia es un sentimiento inconfesable que resulta vergonzoso mostrar y se oculta de muchas formas. Muchas veces, aparece disfrazada de hipercrítica o descalificación de los demás, desprecio, celos, resentimiento, escepticismo.

El envidioso no está contento de sí mismo. Necesita mirar a los demás, compararse, añorar el bien de los otros, descalificar. Se siente injustamente maltratado por la vida. En su interior no hay alegría. Vive resentido, mirando de reojo a los demás. Difícilmente conocerá el envidioso la entrega generosa, el amor gratuito o la solidaridad.

La liberación consiste en la aceptación serena de uno mismo. Disfrutar del regalo de la vida sin mirar continuamente a lo que tienen los demás. Crecer como persona sin estar comparándose constantemente con otros. Saber agradecer lo que uno es y tiene. Nunca será feliz aquel que vive mirando a quienes, aparentemente, son más dichosos que él.

3.4. *Vacío interior*

Una de las enfermedades más graves de nuestro tiempo es, sin duda, la falta de sentido. Ese «vacío existencial» del que habla V. Frankl y que padecen no pocas personas, incapaces de dar un sentido global a su existencia³⁸.

Pues bien, una persona que no encuentra sentido a su vida, no puede ser feliz. La falta de sentido es fuente de

³⁷ E. ROJAS, *o. c.*, 328.

³⁸ V. FRANKL, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1995¹⁷.

descontento y malestar pues lo que más anhela el ser humano no es placer, poder o éxito, sino sentido. Como ha puntualizado el mismo V. Frankl, «lo que el ser humano quiere realmente no es la felicidad en sí, sino un fundamento para ser feliz. Una vez sentado este fundamento, la felicidad o el placer surgen espontáneamente»³⁹. Al que vive sin sentido le falta precisamente «el fundamento de la felicidad».

El vacío interior conduce tarde o temprano al tedio y al cansancio de la vida. No se trata de ese malestar pasajero que se produce cuando nos aburre un espectáculo, una conversación o una persona. Es un aburrimiento más hondo, que proviene de dentro y envuelve toda la existencia de escepticismo, indiferencia y tedio. Todo parece insípido. Nada merece la pena. El individuo vive en un desierto interior.

Las personas se defienden como pueden de este vacío interior. Algunos se refugian en la diversión; tratan de proteger su vida entreteniéndose con algo; el riesgo está en caer en una vida superficial y poco auténtica. Otros huyen del tedio buscando siempre algo nuevo y diferente; tratan de romper la monotonía de su existencia visitando nuevos lugares, entablando nuevas relaciones, cambiando de costumbres, cultivando nuevos *hobbies*... Todo puede ayudar a la persona, pero «la novedad debe venir de dentro hacia fuera, no de afuera hacia dentro»⁴⁰.

La verdadera liberación está en recuperar el sentido. Aprender a distinguir lo que es esencial de lo que no lo es, lo que reclama nuestra responsabilidad y lo que no merece la pena. Es importante, sobre todo, cuidar y enriquecer la vida interior, y reavivar «el amor creador» que, según santo Tomás de Aquino, es lo más contrario a la acedia o tedio vital.

Para el cristiano, la fe en Jesucristo, «camino, verdad y vida» (Jn 14,6) es el mejor estímulo para recuperar el verdadero sentido a su existencia. Desde esa fe va renovándose

³⁹ V. FRANKL, *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia*, Herder, Barcelona 1994³, 11.

⁴⁰ I. LARRAÑAGA, *Del sufrimiento a la paz. Hacia una liberación interior*, San Pablo, Madrid 1994¹¹, 69.

interiormente (Rom 12,2) Los rasgos de esta existencia «salvada» en Cristo y vivificada por su Espíritu los recoge bien san Pablo en la Carta a los gálatas (5,22) En su centro está siempre el amor, a partir del amor se genera una vida que se caracteriza por la alegría y la paz, y da origen a actitudes de bondad, paciencia, magnanimidad, lealtad, dominio de sí

4. Ante el mal inevitable

La civilización actual sólo parece tener ojos para exaltar al *homo faber*, creativo y dinámico, lleno de vida y actividad, o para magnificar al *homo sapiens*, racional y científico, dispuesto a conquistar técnicamente el universo Sin embargo, V Frankl nos ha vuelto a recordar en su estudio *El hombre doliente* que, siempre que nos asomamos a la existencia humana, descubrimos —también hoy— que «el ser humano es, en el fondo y en definitiva, pasión, que *la esencia del hombre es ser doliente homo patiens*»⁴¹

Tarde o temprano, todos nos encontramos en la vida con ese mal inevitable, propio de nuestra condición humana —enfermedad, vejez, pérdida de seres queridos, desgracias de todo tipo, accidentes, muerte—, que nos hace experimentar en nuestra propia carne la verdad de las palabras de Job «El hombre, nacido de mujer, es corto de días y harto de inquietudes» (Job 14,1) Es el mal inevitable, fruto de nuestra radical finitud y fragilidad, ante el que nos sentimos víctimas impotentes Podemos retrasarlo o mitigarlo, pero no suprimirlo De lo más hondo del ser humano brota entonces un grito sin respuesta ¿por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora? S Weil es tajante «No existe ninguna respuesta Si encontrara alguien una respuesta consoladora, se la habría inventado él mismo»⁴²

Tal vez, conviene introducir, antes que nada, una mayor distinción entre el dolor y el sufrimiento, aunque casi siempre se usen ambos términos de manera indiferenciada

⁴¹ V FRANKL *El hombre doliente*, 25

⁴² Citado por D SOLLE, *El sufrimiento*, 158

El dolor, en su sentido más estricto, es una experiencia del cuerpo. Cuando todo marcha bien, el cuerpo está en silencio. No lo sentimos. Pero, cuando el organismo se siente agredido o algo no funciona de manera correcta, suena la señal de alarma. El cuerpo se duele y grita. Sentimos el dolor como un displacer, una experiencia molesta y aflictiva. Ese dolor puede ser agudo o suave, puntual o crónico, localizado en una parte del cuerpo o generalizado, puede provocar toda una gama variada de experiencias dolorosas de diversa intensidad y percepción. Lo queramos o no, el cuerpo humano está siempre expuesto al dolor.

El sufrimiento es una experiencia que se extiende más allá del dolor físico. Lo experimenta la persona y no sólo el cuerpo. Puede abarcar todo un conjunto de vivencias negativas: tristeza, ansiedad, inquietud, miedo, soledad, pena, desesperanza, depresión. De manera general, se puede decir que el sufrimiento aparece cuando la persona percibe que su seguridad, su armonía o bienestar comienzan a ser destruidos.

4.1 *Diferentes formas de sufrir*

Según V. Frankl, el ser humano cumple el sentido de su existencia «realizando los valores». Y esta realización de valores puede producirse por tres caminos. El primero consiste en *crear* algo, configurar un mundo. Para ello basta tener alguna capacidad y utilizarla. Y puede decirse que, de alguna manera y en algún grado, todo el mundo tiene capacidad para crear, construir, trabajar o hacer algo. El segundo camino consiste en *vivir* algo, asumir el mundo, experimentar la belleza, la verdad, el amor. Para vivir estas experiencias todos tenemos mayor o menor capacidad. Existe una tercera vía de realización, que consiste en *padecer*, en sufrir el propio ser y el propio destino. Este tercer camino es difícil y arduo pues el hombre no posee la «capacidad de sufrimiento». Tiene que adquirirla por sí mismo, aprenderla en el mismo sufrimiento⁴³.

En uno de sus ensayos, E. Junger puntualiza que «la relación del ser humano con el dolor no está ya fijada en modo alguno». Los individuos adoptan, de hecho, modos y posturas muy diferentes ante él, revelando en gran parte su mundo interior más secreto. Según el pensador alemán, siempre se puede decir «Dime cuál es tu relación con el dolor y te diré quién eres»⁴⁴

Algunos se limitan a *rebelarse*. Es una actitud justificada. La persona rechaza el mal con todas sus fuerzas, se subleva ante lo absurdo. Sin embargo, esta reacción, vivida de manera ciega y sin captar lo que hay en ella de noble, puede intensificar todavía más el sufrimiento. Es fácil terminar en el agotamiento y la desesperanza.

Hay quienes caen en la *ansiedad*. Son personas que viven el mal como amenaza. Lo que, sobre todo, les hace sufrir es el futuro. Sufren esperando ya lo peor. Por este camino el sufrimiento se intensifica. Se puede incluso sufrir inútilmente anticipando un mal que luego no resulta tan grave. La pérdida de confianza deja a la persona todavía más desamparada ante el mal.

Otros se encierran en el *aislamiento*. Viven replegados sobre su dolor, relacionándose sólo con sus penas. No se dejan aliviar por nadie. No aceptan consuelo alguno. Por ese camino la persona puede autodestruirse. Si no sabe abrir una brecha y confiarse a alguien, siempre queda más expuesta al poder del mal.

Hay personas que viven su mal *culpabilizándose*. Necesitan hurgar en su vida para detectar la culpa que ha podido desencadenar el mal. A la experiencia del sufrimiento se añade ahora el sentimiento de culpabilidad. Si éste no es integrado en una experiencia de perdón, puede hundir todavía más a la persona en la impotencia y la desesperación.

Algunos adoptan la postura de víctimas y viven *compadeciéndose* de sí mismos. A veces, esta autocompasión va unida a una actitud algo exhibicionista. El individuo necesita mostrar sus penas a todo el mundo. «Mirad qué desgraciado

⁴⁴ E. JUNGER *Sobre el dolor* en ABC Cultural 206 (13 de octubre de 1995) 16

soy, ved cómo me maltrata la vida» Es una forma de eludir el sufrimiento e, incluso, de manipularlo, que difícilmente ayudará a la persona a crecer.

4 2 *Actitud cristiana*

El sufrimiento se le ofrece al ser humano como una posibilidad. En esa situación dolorosa la persona puede adoptar una postura u otra. Ha de decidir qué quiere ser y qué quiere vivir en ese sufrimiento. El mal está ahí, inevitable, ciego, absurdo. La persona puede darle un sentido u otro según sea su actitud. El mal que no es vivido interiormente queda en puro acontecimiento, un hecho bruto, algo que está ahí, pero que no quedará integrado en la construcción de la persona. Más aún, el sufrimiento vacío de sentido y de animación interior puede destruir y anular al ser humano.

El cristiano, concretamente, acepta el sufrimiento como una experiencia en la que puede vivir la actitud de Cristo en la cruz. Como veíamos más arriba, el cristiano, lo mismo que Jesús, *lucha* contra el sufrimiento, no lo quiere ni para los demás ni para sí mismo, pero lo *acepta* cuando es inevitable o cuando, para eludirlo, ha de abandonar el seguimiento a Cristo. Pero, hemos de entender bien esta «aceptación cristiana» del mal.

Aceptar cristianamente el sufrimiento no significa doblegarse ante el mal sólo porque es más fuerte que nosotros. Esto podría ser una postura estoica o fatalista, pero no es la actitud ni el espíritu que animó a Jesús a aceptar la cruz. Lo que hace cristiana a la persona no es su fortaleza ante el mal, sino la comunión con el crucificado. El cristiano lucha contra el mal del que se siente víctima. Y luchar es, a menudo, protestar, gritar, llorar. Pero esta protesta se transforma y cambia de signo cuando el cristiano, lo mismo que Jesús, expone su queja al mismo Dios. El creyente se siente con derecho para protestar contra Dios precisamente porque este mal que padece, contradice su fe en un Dios totalmente inocente que sólo quiere el bien de sus hijos. P. Ricoeur juzga

que, cuando nace de la fe, «la acusación contra Dios es la impaciencia de la esperanza»⁴⁵

Aceptar cristianamente el sufrimiento no es tampoco buscar rápidamente resignación viendo en aquel mal un castigo o una prueba. El seguidor de Cristo no entra por el camino de la autoacusación, ni por el de la búsqueda de méritos ante Dios. No cae tampoco en la trampa de soñar con verse libre de todo sufrimiento, incluso, verse libre de la muerte. Acepta su finitud y caducidad. Acepta su ignorancia ante el mal inexplicable, y se confía a Dios. Este abandono confiado consiste en «*confiarle mi protesta* ante este exceso de mal que supera mi inteligencia, y *confiarle también mi lucha* personal y colectiva contra el mal»⁴⁶

Aceptar cristianamente el sufrimiento no es tampoco amar el sufrimiento. S. Weil habla del sufrimiento como tinieblas «donde no hay nada que se pueda amar»⁴⁷. El creyente, lo mismo que Jesús, no ama el sufrimiento. Lo acepta como parte inevitable de su gran sí a la vida. Lo que el creyente afirma es la vida, y por eso la acepta también con su vertiente oscura y dolorosa. Y lo que busca es que el mal no sea destrucción definitiva, sino *camino* de vida.

Aceptar cristianamente el sufrimiento es comulgar con Cristo crucificado, seguirle en su doble actitud de comunión y fidelidad radical al Padre, y de comunión y solidaridad con los hombres. No encerrarse en la fatalidad del propio destino, abrir una brecha, no renunciar al amor, «dejar un espacio a mis hermanos y a Dios»⁴⁸.

En primer lugar, *comunión con Dios*. Abandono confiado en el Padre, que significa aceptar que yo no soy Dios, no puedo darme la vida a mí mismo, sólo la puedo recibir de él. En el sufrimiento, quien camina tras los pasos de Jesús sigue amando a Dios, no a un Dios que le envía sufrimiento y dolor, sino a un Dios que está junto a él ayudándole frente

⁴⁵ P. RICOEUR *Le mal*. Labor et fides, Ginebra 1986, 73

⁴⁶ I. CHABERT R. PHILIBERT *Croire quand on souffre*. Editions Ouvrieres, Paris 1991, 185

⁴⁷ Citado por D. SOLLE *El sufrimiento*, 158

⁴⁸ I. CHABERT R. PHILIBERT *o.c.*, 184

al mal, buscando también entonces el mayor bien posible «Lo peor es cuando el alma, en estas tinieblas donde no hay nada que amar, deja de amar, porque entonces la ausencia de Dios se hace definitiva»⁴⁹ Cuando, en el sufrimiento, el ser humano deja de amar comienza a autodestruirse

En segundo lugar, *comunion con los hermanos* En el sufrimiento el cristiano puede comulgar con «el hombre doliente», con todos los hombres y mujeres que sufren Y puede comulgar, no con palabras y hermosas teorías sino de manera viva y encarnada, padeciendo, compartiendo el sufrimiento, amando desde el dolor

Vivida así, la experiencia de la cruz puede convertirse —como en el caso de Cristo— en el lugar existencial más auténtico para vivir el amor a Dios y al hombre, pues, en el sufrimiento, ese amor no está sostenido por una experiencia gozosa Es «amar en el vacío» (S Weil) Ese amor no es reacción a una dicha que se experimenta previamente El que ama desde el interior del sufrimiento, ama más allá de toda experiencia gozosa, ama en la ausencia de felicidad inmediata «El alma debe continuar amando en el vacío, o, al menos, queriendo amar, aunque sea solamente con la parte más diminuta de ella misma Entonces, un día, se acerca Dios mismo y se muestra a ella»⁵⁰

Este amor se vive a veces en la oración, pero muchas veces en el silencio Ya no es tiempo de palabras, ni hay fuerzas o ánimo alguno Sólo silencio ante Dios No un silencio «ateo», vacío, sin fondo, sino otro silencio diferente, confiado, humilde, abierto a Dios Un silencio que es oración

El cristiano no sufre la cruz como vencido por el mal, derrotado por lo absurdo Una esperanza final ilumina su experiencia dolorosa En el horizonte está ese Dios que ha resucitado al crucificado El mal no es signo de la ausencia o indiferencia de Dios En los momentos de máximo absurdo e impotencia, Dios está Está ahí, de nuestro lado, junto a nosotros, como un Padre que se hace presente calladamente

⁴⁹ S WEIL citado por D SOLLE *El sufrimiento* 158

⁵⁰ *Ib*, 159

en nuestro sufrimiento para conducir nuestra historia dolorosa hacia la vida eterna. Un día, cuando «Dios sea todo en todos» (1Cor 15,26.28), la felicidad total no será utopía. Los hombres la conocerán. Dios «enjugará las lágrimas de sus ojos, ya no habrá más muerte ni luto ni llanto ni dolor, pues lo de antes ha pasado» (Ap 21,4).

ESPERAR CONTRA TODA ESPERANZA

LA ESPERANZA es algo constitutivo en el ser humano. El hombre vive caminando hacia un futuro; su vida es siempre búsqueda de algo mejor. No puede vivir sin esperanza; dejaría de ser hombre. Necesita un aliento de esperanza que anime su vida. «El hombre no sólo tiene esperanza, sino que vive en la medida en que está abierto a la esperanza y es movido por ella»¹. Por eso, si desaparece la esperanza, la vida de la persona se apaga. Vivir sin esperanza no es vivir.

La falta de esperanza cierra el camino hacia la felicidad. La persona se queda sin el estímulo necesario para crecer. El desaliento se apodera del individuo; todo queda envuelto por el escepticismo y la desconfianza. Hablar de felicidad puede resultar hasta irritante. Por otra parte, la ausencia de esperanza mina las fuerzas de quien se ha de enfrentar al sufrimiento. El mal se hace más duro y penoso. Sin esperanza, es difícil encontrar la actitud sana que dé sentido a los conflictos y sufrimientos del vivir diario.

Desde una perspectiva cristiana, se puede decir que creer en Jesucristo es descubrir la esperanza última que anima la existencia humana. Por eso, si un cristiano pierde la esperanza, lo ha perdido todo. Sin la esperanza, la fe cristiana se va vaciando de vida. El cristianismo decae y pierde su vigor. Sólo la esperanza moviliza la fe y anima desde dentro la vida cristiana.

¹ H. MOTTU, *Esperanza y lucidez*, en B LAURET-F REFOULÉ, *Iniciación a la práctica de la teología IV*, Cristiandad, Madrid 1985, 301.

Por eso, de todos los rasgos que, según sociólogos y analistas, parecen definir el perfil del hombre contemporáneo, tal vez, el más preocupante es la pérdida de esperanza y el vaciamiento de vida que trae consigo. Cuando en una sociedad la esperanza se debilita, la vitalidad decae, la vida corre el riesgo de degradarse. Lo mismo ha de decirse de la comunidad cristiana. La Iglesia de Jesucristo está llamada a ser «la comunidad de la esperanza». Ella tiene, en medio de la historia, «la responsabilidad de la esperanza»; su primera tarea es despertar la esperanza en el mundo; ahí encuentra su verdadera identidad, lo que la convierte en «testigo del resucitado». Si la Iglesia, minada ella misma por su pecado, mediocridad o cobardía, no tiene fuerza para generar esperanza, está defraudando su misión.

Por eso, las preguntas más graves hoy son las que tocan de raíz la esperanza: ¿Dónde puede el ser humano encontrar una esperanza para vivir con sentido y responsabilidad? ¿Desde qué horizonte se puede iluminar su caminar? ¿Cómo recuperar la esperanza en una sociedad sacudida por crisis tan graves como las de nuestros días? ¿Qué es lo que mueve hoy la vida y la actuación de la Iglesia? ¿El instinto de conservación, la búsqueda de seguridad o la esperanza viva que el Espíritu del resucitado infunde en el corazón de los creyentes?

No es mi objetivo estudiar de manera sistemática la esperanza. Sólo quiero ofrecer una especie de «meditación teológica» sobre la esperanza cristiana, teniendo como trasfondo la crisis generalizada de confianza que sacude hoy a la sociedad moderna y que, sin duda, se refleja también en la comunidad eclesial y en los que nos decimos cristianos. Mi reflexión quiere ser un eco de las palabras de Yavé: «Hay esperanza para tu futuro» (Jer 31,17) y una reafirmación de la fe cristiana: «Cristo Jesús es nuestra esperanza» (1Tim 1,1).

1. Una sociedad necesitada de esperanza

Son muchos los rasgos sombríos que caracterizan el momento actual, pero, probablemente, la constatación más grave es precisamente la crisis de esperanza. Alguien ha podido decir que «el siglo XX ha resultado ser un inmenso cementerio de esperanzas»².

1.1. Desmitificación del progreso

La historia de estos últimos años se ha encargado de desmitificar el mito del progreso, piedra angular en la construcción de la civilización moderna. Las grandes guerras de este siglo, Auschwitz, Hiroshima, el deterioro ecológico, el hambre en el mundo, la grave crisis económica, la propagación del sida y otras adversidades han provocado, primero el declive, y después «el desmoronamiento de las utopías de raíz ilustrada»³.

No se han cumplido las grandes promesas que se hicieron desde la Ilustración. El mundo moderno sigue plagado de crueldades, injusticias e inseguridad. «La nuestra es, definitivamente, la época del malestar y la incertidumbre, del desengaño y el desánimo ante las grandes palabras prometidas»⁴.

1.2. Fin de la historia

Si el progreso ha resultado ser «un espejismo», ¿no habrá que decir que la historia se ha evaporado? Este es el sentir de no pocos pensadores posmodernos. Para G. Vattimo, es-

² L. GONZALEZ-CARVAJAL, *Ideas y creencias del hombre posmoderno*, RyF 1121 (1992) 259. Ver también *Ideas y creencias del hombre actual*, Sal Terrae, Santander 1991.

³ R. ARGULLOL-E. TRIAS, *El cansancio de Occidente*, Destino, Barcelona 1993², 43.

⁴ J. L. COELHO PIRES, *Nuestro tiempo y su esperanza*, Atenas, Madrid 1993, 92.

tamos ya en «el eterno retorno de lo igual; el fin de la época de la superación»⁵. Según J. Baudrillard «la historia ha dejado de ser real»⁶. Es una ilusión pensar que estamos «haciendo historia». Los hechos y acontecimientos que estamos viviendo no llevan a ninguna parte.

La caída de los sistemas socialistas del Este ha venido, por otra parte, a reforzar la sensación de que todo está ya decidido. Cualquier modelo de sociedad parece derivar tarde o temprano hacia el sistema neocapitalista liberal. No hay más. Ahí termina la historia⁷.

1.3. *Pérdida de horizonte*

Llegados al fin de la historia, la sociedad moderna se ha quedado sin horizonte ni orientación, sin metas ni puntos de referencia. Según G. Vattimo «la filosofía no puede ni debe enseñar a dónde nos dirigimos, sino a vivir en la condición de quien no se dirige a ninguna parte»⁸. La humanidad parece estar llegando a su vejez. Los acontecimientos se atropellan unos a otros, pero no conducen a nada nuevo. «El progreso se convierte en rutina» (A. Gehlen). La cultura del consumismo produce novedad de productos, pero sólo para mantener el sistema en el más absoluto inmovilismo. Como dice J. M. Mardones, «no esperar nada de la historia conduce a esperar resignados que se sucedan ininterrumpidas las irracionalidades del sistema»⁹.

La consecuencia inevitable es el cansancio. «Occidente está profundamente cansado. Cansado de sí mismo. Y nosotros, los europeos, los occidentales, estamos cansados de ese

⁵ G VATTIMO, *El fin de la modernidad*, Gedisa, Barcelona 1987², 92

⁶ J BAUDRILLARD, *El fin de la modernidad*, Gedisa, Barcelona 1984, 12

⁷ F FUKUYAMA, *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona 1992. Recuérdese su artículo *The End of History?*, *The National Interest* 16 (1989) 3-18

⁸ G VATTIMO, *Más allá del sujeto*, Gedisa, Barcelona 1989, 11. Citado por L. GONZALEZ-CARVAJAL, *ac*, 260

⁹ J M MARDONES, *Posmodernidad y cristianismo*, Sal Terrae, Santander 1988, 66

Occidente que, por lo demás, constituye nuestro espacio vital, nuestro *humus* histórico y cultural»¹⁰ El nihilismo que se extiende hoy en las sociedades hastiadas del Primer Mundo no es el nihilismo activo y luchador proclamado por F Nietzsche, sino un «nihilismo fatigado», hecho de indiferencia, pasividad y frustración. El hombre moderno es fundamentalmente «espectador». Un ser pasivo que participa en un engranaje que no está promovido por él y cuyo horizonte no llega a alcanzar.

1.4 *Disfrute de lo inmediato*

Cuando no se espera nada del futuro, lo mejor es vivir al día y disfrutar al máximo del momento presente. Es la hora de buscar las «salidas de escape» que la cultura del hedonismo y el pragmatismo pueden ofrecer ahora mismo.

«Si el hombre moderno estaba obsesionado por la producción, el posmoderno lo está por el consumo»¹¹ No predomina la ambición, el afán de superación, el espíritu de empresa y aventura. Una vez que uno se ha instalado con cierta seguridad, lo importante es retirarse al «santuario de la vida privada» y disfrutar de todo placer ahora mismo (*just now*). La vida es placer y, si no, no es nada.

1.5 *Vacío de quehacer utópico*

La convivencia social se ve despojada así de «quehacer utópico». Son pocos los que se comprometen a fondo para que las cosas sean diferentes. Asistimos más bien a una gran indiferencia hacia las cuestiones colectivas. Cada uno se preocupa de sí mismo. Se extiende por todas partes una cultura narcisista: el cuidado del propio cuerpo, la búsqueda de paz interior, el equilibrio psíquico, las terapias grupales.

Mientras tanto, crece la «apatía democrática», el despresti-

¹⁰ R. ARGULLOL-E. TRIAS, *o.c.* 11

¹¹ L. GONZALEZ CARVAJAL *a.c.* 260

gio de las instituciones políticas y el empobrecimiento de la vida pública. La democracia no genera ilusión ni concita los esfuerzos de las gentes para crear un futuro mejor. «Los políticos se han convertido en administradores, más o menos eficaces, de maquinarias obsoletas y los ciudadanos-votantes en individuos que se acercan cada tanto a las urnas sin ninguna ilusión con respecto al significado de su voto¹².

1.6. *Las consecuencias de «la guerra económica»*

Esta crisis generalizada de esperanza es vivida de manera diferente en los diversos puntos del planeta, como consecuencia de «la guerra económica» que se produce en el interior de la comunidad internacional. Mientras los pueblos privilegiados (Estados Unidos, Japón, Europa) compiten entre sí para consolidar su poderío económico, los países subdesarrollados (continente latinoamericano, países orientales y del este) ven cada vez más amenazado su precario futuro, y el continente africano queda prácticamente excluido.

Al mismo tiempo en Europa se va configurando una sociedad cada vez más segmentada. El sector integrado, que tiene asegurado su trabajo y nivel de vida, disfruta del bienestar aislándose en su propio mundo de manera cada vez más individualista e insolidaria. El sector amenazado, que ve en peligro su estabilidad laboral y social, lucha por no quedar descolgado (contratos temporales, trabajos precarios), al tiempo que crece su desconfianza en la sociedad y su miedo a caer en una pendiente irreversible hacia la pobreza. Los sectores excluidos saben que Europa no es para ellos. Sin trabajo y sin posibilidades, han caído ya en la desesperanza. No creen en los políticos. No sienten en ninguna parte la «solidaridad de clase». El futuro se les cierra.

¹² R. ARGULLOL-E. TRÍAS, *o.c.*, 35.

2. Algunos rasgos del hombre desesperanzado

Cuando en una sociedad muere la esperanza, la vida de la persona se deteriora. Sociólogos y psiquiatras describen en sus análisis los rasgos que parecen definir de manera cada vez más clara el perfil del hombre de esta sociedad desesperanzada. Señalamos algunos:

2.1. *Sin metas ni referencias*

El hombre contemporáneo se está quedando sin metas ni puntos de referencia. Según diferentes estudios, la persona es hoy más indiferente a *lo importante* de la vida. Apenas le interesan las grandes verdades de la existencia; no tiene certezas firmes ni convicciones profundas. Es cierto que busca mucha información para saber lo que está pasando. Pero esto no le ayuda a ser más sabia y profunda. Recibe muchas noticias, pero es incapaz de hacer una síntesis personal de cuanto le va llegando.

2.2. *Hombre «light»*

Cuando falta la esperanza, la vida se va vaciando de verdadero contenido humano. Según prestigiosos psiquiatras, está creciendo entre nosotros un tipo de hombre «rebajado» de su contenido humano. Un hombre *light*¹³. Como esos productos modernos, ligeros de calorías y atenuados en su fuerza natural: café descafeinado, leche descremada, tabaco sin nicotina. Un hombre interesado por muchas cosas, pero sólo de manera epidérmica. Muy atento a todo lo pragmático, pero con poca hondura. Un ser trivial y ligero, cargado de tópicos, con poca consistencia interna, que camina por la vida sin criterios básicos de conducta. Al sexo se le llama amor, al placer, felicidad; a los programas televisivos, cultura.

¹³ E. ROJAS, *El hombre «light»*, Temas de Hoy, Madrid 1992.

2 3 *Hombre hedonista*

Cuando hay poco que esperar, lo más razonable es disfrutar del presente. El hombre contemporáneo se va haciendo cada vez más hedonista. Sólo le interesa de verdad organizarse la vida de la forma más placentera posible. Aprovecharse, disfrutar, sacarle jugo. La vida es placer y, si no, no es vida. A este hombre le cuesta cada vez más interesarse por algo que no sea su propio bienestar, su dinero o el pasarlo bien.

Se busca lo más fácil, lo más cómodo, lo que se puede conseguir al instante con sólo enseñar la tarjeta de crédito. Como señala el catedrático de sociología, Andrés Orizo, «ahora dinero equivale a éxito. Ya no hay otra forma de triunfar socialmente. Vivimos tiempos de hedonismo y consumismo». Por eso, crece también la permisividad. Cada vez es mayor la resistencia a aceptar códigos o normas de comportamiento. Es bueno lo que me apetece y malo lo que me disgusta. Eso es todo. No hay prohibiciones ni terrenos vedados. No hay tampoco objetivos ni ideales mayores. Lo importante es el pragmatismo: lo que a mí me va bien.

2 4 *Espectador pasivo*

Según R. Argullol, «la pasividad es una característica fundamental para definir al hombre de nuestra época»¹⁴. El hombre contemporáneo es «espectador», un hombre pasivo, que no vive su propia vida hacia una meta, sino un ser que es movido por una gran maquinaria en marcha. Aparentemente está en constante movimiento, pero no va a ninguna parte. Ama la velocidad. Consume de manera acelerada espacio, tiempo, vivencias, pero es una «velocidad inmóvil» que no conduce al crecimiento de la persona.

Por eso, se va convirtiendo en un ser cada vez más irresponsable, «perfectamente conformado a patrones técnicos, patrones que, a su vez, no son responsables ante nada más que a su propia operatividad, o a su mecánica de funciona-

¹⁴ R. ARGULLOL-E. TRIAS, *o.c.* 52

miento»¹⁵. Un individuo masificado, productor, consumidor, automovilista, receptor de la industria del ocio. Un hombre, configurado por la cultura televisiva, cada vez más incapaz para pensar libremente; un individuo que tiene respuestas preparadas, sabe qué emociones hay que sentir, qué comportamientos hay que adoptar; un «bárbaro-civilizado» que va alcanzando grados cada vez mayores de incompetencia, ignorancia y falta general de responsabilidad.

2.5. *Individualista e insolidario*

Cuando no se tiene esperanza en un futuro mejor para todos, cada uno busca resolver su problema. Se va extendiendo secretamente una consigna: «Sálvese quien pueda». Cada uno se preocupa de su vida, su familia, su porvenir. ¿La situación de los demás? «Es su problema. Yo me he ganado a pulso mi nivel de vida, con mi propio esfuerzo y mi trabajo».

Se defienden los valores democráticos de libertad, solidaridad e igualdad para todos, pero lo que importa es ganar dinero como sea. Poco a poco, el «todo vale» con tal de obtener beneficios, va corrompiendo las conductas, viciando las instituciones y vaciando de contenido nuestras solemnes proclamas. Los grandes valores éticos son sustituidos en la práctica por los intereses de cada cual. Como ha dicho recientemente el escritor italiano Claudio Magis «vivimos la vida como rapiña»¹⁶. Ya no hay límites. Todo se compra y se vende.

2.6. *Buscador de seguridad*

En una situación de crisis y ante un futuro nada optimista, el hombre contemporáneo busca seguridad. Lo que predomina en grandes sectores de la sociedad actual es «el instinto

¹⁵ Ib, 46-47.

¹⁶ Suplemento *Babelia* del diario El País (30 de enero de 1993) 2.

de seguridad». El hombre que ve amenazado su futuro laboral, familiar y social busca por todos los medios asegurar su posición. No hemos de olvidar, por otra parte, que, junto a la «sociedad del bienestar» hay otra «sociedad del malestar» que amenaza la supuesta felicidad de los satisfechos desde muchos frentes; desde los países subdesarrollados del tercer mundo y desde los sectores marginados de las sociedades desarrolladas. Como dice John K. Galbraith, la amenaza más seria para la «cultura de la satisfacción» proviene de aquellos a los que se está dejando fuera del bienestar. Según el profesor norteamericano, la situación de la subclase marginada es «el problema social más grave de la época y, también, la amenaza más grande a la paz y la convivencia civil a largo plazo»¹⁷. Es normal que los excluidos del bienestar no acepten alegremente su destino y sea previsible el crecimiento de conflictos inmigratorios, la rebelión de los marginados, el estallido de los desesperados.

Mientras tanto, lo único que buscan los instalados es *seguridad*. Se exigen leyes y fronteras más estrictas frente a los extranjeros; se pide una represión más dura con los delincuentes de las ciudades. Lo que interesa es la «seguridad ciudadana». Las clases privilegiadas contratan guardias de seguridad; en las residencias de alto nivel se instalan sistemas de protección. Nadie quiere pensar responsablemente en los que sufren miseria y malestar. Este ambiente puede ser caldo de cultivo de nuevos racismos, xenofobias y tendencias neoconservadoras¹⁸.

2.7. *Diferentes rostros de la desesperanza*

La falta de esperanza se refleja de diversas formas en la vida de las personas. No es difícil observar hoy signos de desesperanza.

¹⁷ J. K. GALBRAITH, *La cultura de la satisfacción*, Ariel, Barcelona 1994⁶, 213.

¹⁸ J. M. MARDONES, *Capitalismo y religión La religión política neoconservadora*, Sal Terrae, Santander 1991.

A veces, sin advertirlo ellas mismas, la vida de las personas se va haciendo cada día más insensible y apagada. Poco a poco les va faltando empuje y entusiasmo. Todo va perdiendo fuerza y color. La persona hace más o menos lo que tiene que hacer, pero la vida no le llena.

Otras veces, el individuo vive satisfecho, contento con su actividad, su trabajo y sus logros. Sin embargo, ya no espera gran cosa de la vida, ni de sí mismo ni de los demás. Encerrado en el vivir de cada día, «se va tirando», sin más.

La falta de esperanza se puede manifestar también bajo forma de cansancio. La vida se hace pesada y aburrida. La persona se siente agobiada por el peso de la vida. Poco a poco, se desliza hacia la indiferencia y la pereza total.

Otras veces, lo que se percibe es falta de alegría. La persona no encuentra gusto en nada. Cada día se siente más incapaz de saborear lo hermoso, lo bueno, lo grande que hay en la vida. No acierta a ver el lado positivo de la existencia. La tristeza y el malhumor se van apoderando de ella.

En ocasiones, lo que se constata es el vacío. La persona se vuelve cada vez más frívola y superficial. Con una resistencia cada vez mayor a todo lo que exija verdadero esfuerzo o sacrificio. La vida se va así empequeñeciendo. El individuo envejece interiormente. El pecado se convierte en costumbre, la vida en rutina.

Otras veces, la persona se percibe a sí misma sin proyectos ni metas. No se siente con fuerzas para correr nuevos riesgos, no quiere cambiar, no tiene arranque para enfrentarse a nuevas dificultades. Sencillamente, se deja llevar por la vida.

Todos estos síntomas pueden denotar una grave crisis de esperanza cristiana. Por razones de orden diverso, la esperanza ha dejado de animar esas vidas. No son pocos los que, aun diciéndose cristianos, viven, de alguna manera, «extraños a las alianzas de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2,12).

3. Cristo, nuestra esperanza

Es en medio de esta sociedad necesitada de esperanza donde los cristianos hemos de «dar razón de nuestra esperanza» (1Pe 3,15) a nosotros mismos y a los hombres y mujeres con los que compartimos el final azaroso de este siglo. Una esperanza que no es una utopía más, tal vez mejor construida y más resistente, ni una reacción desesperada frente a las crisis e incertidumbres del momento, sino que se enraiza en Jesucristo, crucificado por los hombres pero resucitado por Dios.

3.1. *La resurrección de Cristo, fundamento de esperanza*

Nuestra esperanza tiene un nombre: Jesucristo. Se funda en un hecho: su resurrección. Todo lo que se encierra en la esperanza del cristiano, capaz de «esperar contra toda esperanza», nace del crucificado que ha sido resucitado por Dios. El *principio-esperanza* del cristiano tiene su fundamento, su *principium* en ese acontecimiento y en la historia de esperanza abierta por él. Sólo desde Cristo resucitado se nos revela el *futuro* último que podemos esperar para la humanidad, *el camino* que puede llevar al hombre a su verdadera plenitud y *la garantía* última ante el fracaso, la injusticia y la muerte.

La resurrección de Cristo abre para toda la humanidad un futuro de *vida plena*. Cristo resucitado por el Padre, sólo es «el primero que ha resucitado de entre los muertos» (Col 1,18). Él se nos ha anticipado a todos para recibir del Padre una vida definitiva que nos está también reservada a nosotros. Su resurrección es fundamento y garantía de la nuestra. «Dios que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros por su fuerza» (1Cor 6,14). La muerte no tiene la última palabra. El hambre, las guerras, los genocidios, las *limpiezas étnicas* no constituyen el horizonte último de la historia. El sida, la metrallera, el cáncer no terminan con el hombre. El ser humano puede esperar algo más que lo que brota de las posibilidades mismas del hombre y del mundo.

La resurrección de Cristo genera, al mismo tiempo, esperanza en una *justicia última*. Dios no está dispuesto a que «el verdugo triunfe sobre sus víctimas» (M. Horkheimer). La resurrección de Cristo nos revela que Dios está de parte del crucificado y frente a sus crucificadores. Él pone su justicia última donde los hombres ponen injusticia y violación. La resurrección es la última palabra de Dios sobre el destino final de los maltratados. La miseria, el paro, la humillación, la explotación no es la realidad definitiva de sus vidas. Dios resucitó al crucificado: «Esta es la gran esperanza del mundo de la marginación»¹⁹. Quien, movido por el Espíritu de Jesús, trabaja por ser justo y humano, incluso en medio de abusos e injusticias, un día conocerá la justicia. Quien, siguiendo a Jesús, lucha por un mundo más justo y solidario, un día lo conocerá.

La resurrección de Cristo nos revela, sobre todo, que hay *perdón* para el hombre. «En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres» (2Cor 5,19). El saludo del resucitado es de paz y no de venganza. Por eso, podemos mirar de frente a nuestras propias injusticias y pecados, sin caer en ese «delirio de inocencia» (J. B. Metz) y esa irresponsabilidad del hombre contemporáneo que pretende siempre culpabilizar a otros sin confesarse él mismo pecador. Por parte de Dios, siempre hay oferta de perdón y liberación de la culpa. Donde abunda el pecado del hombre sobreabunda la gracia de Dios (Rom 5,20). Todo pecador que vuelva a Él y, movido por el Espíritu de Jesús, le invoque confiadamente como Padre, no quedará defraudado. Tomará parte en la fiesta final (Lc 15,32).

De la resurrección de Cristo nace pues, antes que nada, una esperanza. Sin duda, los cristianos hemos de preguntarnos *quién fue* Jesús de Nazaret, pues sólo siguiendo sus pasos caminamos hacia su destino último; hemos también de plantearnos *qué exigencias* concretas tiene para nosotros hoy su persona y su mensaje, pues sólo en el seguimiento y la

¹⁹ M. FRAIJO, *Jesús y los marginados Utopía y esperanza cristiana*, Cristiandad, Madrid 1985, 85.

fidelidad comulgamos con su Espíritu, pero la pregunta decisiva es *qué podemos esperar* de él, qué posibilidades concretas se encierran en Cristo resucitado para la historia humana. Cristo es «nuestra esperanza» (1Tim 1,1). Desde esa esperanza aprendemos los cristianos a creer en Dios y a desentrañar el sentido último del hombre²⁰

3.2 *El Dios de la esperanza*

Este es el verdadero nombre de Dios. Su realidad última tal como se nos revela en la resurrección de Jesús. En Cristo se nos ha descubierto que «Dios es amor» (1Jn 4,8), pero amor resucitador. Por eso, Dios es para nosotros «el Dios de la esperanza» (Rom 15,13). No sólo el creador que, en los orígenes, pone en marcha la vida, sino el resucitador que, al final, realiza «la nueva creación». Dios está al comienzo y al final. Por eso nosotros «no ponemos nuestra confianza en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos» (2Cor 1,9).

Desde esta perspectiva, podemos decir que lo propio de Dios es, sobre todo, *el futuro último*. Dios está presente en nuestra vida prometiendo, garantizando y abriendo futuro. Más que *dentro* de nosotros o *encima*, a Dios lo tenemos *delante* de nosotros.

Ya en la historia de Israel, Yavé es «el *Dios del Éxodo*», el que orienta a los hombres hacia lo que todavía no es, «el Dios de la promesa», que impulsa al pueblo hacia un futuro nuevo, una «tierra nueva». El Dios de Jesucristo es «el *Dios de la resurrección*», el que, desde Cristo resucitado, nos abre camino hacia nuestro «futuro último». En ese Dios creemos los cristianos. «El Dios que da vida a los muertos y llama a lo que no es para que sea» (Rom 4,17).

Dios no descansará hasta que la vida que nació de su amor insondable de Padre venza definitivamente a la muer-

²⁰ Para la fundamentación cristológica de la esperanza ver la obra fundamental de J. MOLTMANN *Teología de la esperanza*. Sigüeme Salamanca 1989⁵ especialmente 181-298.

te, y aparezca «la nueva creación» en todo su esplendor. No se revelará plenamente como Dios Salvador hasta que el hombre alcance su «humanización plena». Su justicia y su perdón no se manifestarán en plenitud hasta que «Dios sea todo en todos» (cf 1Cor 15,28). Mientras tanto, todo se encuentra en camino: la acción salvadora de Dios, la fuerza transformadora de la resurrección, la construcción de la nueva humanidad. Y Dios está ahí: «Eterna presencia del triunfo de Cristo crucificado»²¹

3.3 *El hombre tiene futuro*

Con la resurrección de Cristo, Dios introduce en la historia humana algo que debe ser captado como nuevo. Algo que no se puede deducir de las leyes generales de la historia o del progreso humano. Un futuro nuevo que «revoluciona y transforma las pobres expectativas humanas»²². No se trata de una posibilidad nueva dentro del mundo y de la historia, algo que el hombre pueda lograr con su esfuerzo, mediante la racionalidad científica y técnica, sino la nueva posibilidad que Dios ofrece al mundo y que el hombre puede acoger como gracia. «La resurrección de Cristo no significa un proceso posible en la historia del mundo sino el proceso escatológico de esa historia»²³

Las nuevas posibilidades abiertas por la resurrección obligan a mirar y comprender la historia de manera nueva. En la historia humana no todo son datos, medidas y fechas. El futuro del hombre no se reduce a proyectos, programas y extrapolaciones que, a veces, generan optimismo y, otras, pesimismo. El espacio para la esperanza cristiana desborda todo lo que puede ser proyectado y preparado por el hombre. Por eso, la esperanza que brota de Cristo resucitado puede mantenerse y crecer «contra toda esperanza» (Rom

²¹ J. MOLTSMANN, *Esperanza y planificación del futuro*. Sígueme, Salamanca 1971, 98

²² M. FRAJÓ *o.c.* 209

²³ J. MOLTSMANN *Teología de la esperanza*, 28

4,18), incluso, en momentos de crisis, incertidumbre y pesimismo.

Desde esta esperanza cristiana, cualquier momento de la historia es siempre un tiempo que no contiene todavía toda la justicia, la liberación y la vida que le esperan al hombre. Nunca estamos en «el mejor de los mundos». Todo se puede mejorar y transformar, orientándolo hacia ese futuro prometido en la resurrección. La historia no ha acabado. Siempre es posible el cambio, la transformación, la lucha por una humanización más plena.

4. Perfil de la esperanza cristiana hoy

Sin duda, la esperanza cristiana es la misma a lo largo de los siglos, pero adquiere una configuración propia en cada época en la medida en que es vivida en situaciones nuevas y frente a nuevas tentaciones. Apuntamos algunos rasgos más significativos hoy.

4.1. Enraizada en Cristo

La esperanza hoy como siempre no es virtud de un instante, reacción de un momento. Es una actitud permanente, un estilo de vida. La forma de enfrentarse a la vida, propia del cristiano. Naturalmente, el cristiano no es distinto a los demás. Como todo ser humano, conoce el mal, la frustración, los problemas, la crisis, la incertidumbre. Lo que le caracteriza es su manera de enfrentarse a esa vida desde la esperanza en Cristo. Si pierde esta esperanza, lo pierde todo. Ya no es cristiano.

Esta esperanza no se basa en cálculos provenientes de un análisis de la realidad. No es el optimismo que puede nacer de unas perspectivas halagüeñas sobre el porvenir. Tampoco se trata de un olvido ingenuo de los problemas. La esperanza cristiana es el estilo de vida de quienes se enfrentan a la realidad «enraizados y edificados» en Jesucristo (Col 2,6). Esa es la consigna de san Pablo a las primeras comunidades:

«Ya que habéis aceptado a Cristo Jesús como Señor, vivid como cristianos: enraizados en él, id construyéndoos sobre él; apoyados en la fe tal como os enseñaron, rebosando agradecimiento» (Col 2,6).

La esperanza cristiana se construye día a día «enraizando» la vida en el Señor. Ahí está su verdadero secreto. Y ahí puede estar también el verdadero pecado contra la esperanza. Dios ha dado una orientación nueva a la existencia, ha introducido una esperanza en el mundo, pero nosotros podemos seguir actuando como si nada nuevo hubiera sucedido. La vida, animada por el Espíritu del resucitado, se mueve hacia un futuro de plenitud, pero nosotros podemos vivir como si ese Espíritu no estuviera actuando hoy.

Nuestra primera tarea para recuperar la esperanza ha de ser «enraizar» nuestra vida en Cristo resucitado. Todo puede ir peor, en nuestra vida personal y en la sociedad; se pueden desmoronar nuestras expectativas y seguridades; puede llegar la oscuridad, el dolor o la vejez. Lo importante es que «el hombre interior» que vive de la fe, no se desmorone. «Aunque nuestro exterior se vaya desmoronando, nuestro interior se renueva de día en día» (2Cor 4,16).

La esperanza cristiana no tiene otros cimientos. El análisis de la realidad puede producir optimismo en un momento determinado; la solución de los problemas puede darnos cierta tranquilidad, aunque sea pasajera. La esperanza nace del Señor. Lo mismo hay que decir dentro de la comunidad eclesial. La búsqueda de cohesión en la ortodoxia, el atrincheramiento en el propio grupo cristiano, las medidas disciplinarias pueden generar cierta seguridad. La esperanza sólo brota del Señor. «Mire cada cual cómo está construyendo. Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto: Jesucristo» (1Cor 3,10-11).

4.2. *En tensión hacia el futuro*

El que vive animado por la esperanza cristiana pone su mirada en el futuro. No se detiene sólo en el presente; no vive encadenado al pasado; mira siempre hacia adelante. La esperanza introduce siempre perspectiva de futuro.

Desde la fe en Cristo resucitado, la mirada del cristiano busca el futuro de la historia, el futuro de las cosas. Lo que nos espera. Lo que todavía está oculto, pero se anuncia ya en la promesa de Cristo, y se vive, de alguna manera, a través de la esperanza que se ha despertado en nosotros. La esperanza no se detiene en lo que es constatable por la experiencia, busca lo venidero, lo prometido en Cristo. Esta es la advertencia de san Pablo: «Esperanza de lo que se ve, ya no es esperanza; ¿quién espera lo que ya ve? En cambio, si esperamos algo que no vemos, necesitamos constancia para aguardar» (Rom 8,24-25).

Esta esperanza genera una manera nueva de estar en la vida. El cristiano no toma las cosas tal como hoy son, tal como se encuentran ahí. Lo ve todo en marcha, moviéndose hacia la vida definitiva. Esta vida siempre es algo inacabado. Nada es aquí definitivo, ni los logros ni los fracasos. Todo es penúltimo. Todo es algo que vamos dejando atrás. Para el cristiano, la vida es «éxodo», peregrinación. Si tuviéramos ante los ojos sólo aquello que vemos en el presente, nos contentaríamos con las cosas tal como son, y a veces estaríamos tristes, a veces, alegres. Pero, por encima de esa alegría o esa tristeza, tratamos de mirar las cosas tal como un día deberán ser. Esto es lo propio de la esperanza.

Por eso, el pecado contra la esperanza no necesita manifestarse como desesperación. Basta vivir sin horizonte, sin futuro. El «desesperar», dice J. Moltmann, «puede ser también la simple y silenciosa ausencia de sentido, de perspectiva, de futuro y de objetivos»²⁴. Vivir absolutizando el presente; detener la marcha de la vida hacia el «Dios de la esperanza»; volver la espalda al futuro, y vivir volcados en el presente como si esto lo agotara todo, olvidando que «aquí no tenemos ciudad permanente, andamos en busca de la futura» (Heb 13,14).

²⁴ J. MOLTSMANN, *Teología de la esperanza*, 30.

La esperanza es siempre un riesgo puesto que se apoya en la promesa, en lo que *todavía* no se puede comprobar. El cristiano asume «el riesgo de un camino cuyo final no se da, sino que se promete»²⁵. Por eso, no se trata propiamente de esperar, sino de atreverse a esperar, incluso, contra aquello que se tiene ante los ojos (Rom 8,24), cuando la experiencia dice que «no hay nada que esperar» (Rom 4,18). Por eso, el modelo de la esperanza para las comunidades primeras fue Abrahán. Este hombre recibe de Dios una llamada y escucha una promesa: «Sal de tu tierra nativa y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré» (Gén 12,1). Y Abrahán creyó a Dios, pero «salió sin saber adónde iba» (Heb 11,8).

Este riesgo de la esperanza no es, sin embargo, un «salto en el vacío». La esperanza vive de la confianza en Dios, «que tiene poder de cumplir lo que promete» (Rom 4,21). También hoy el creyente se aferra al nombre de ese Dios, oscurecido, despreciado y negado por tantos, pero adorado, venerado y buscado desde la fe. Desde él nos llega también hoy la promesa: «Mirad, yo os traigo aliento de vida, para que viváis» (Ez 37,5).

Esta «esperanza arriesgada» que se apoya en la fidelidad de Dios está sometida a diversas tentaciones. La primera tentación es la *duda*. Dudar no sólo de nuestros propios proyectos o de nuestras fuerzas, sino dudar del proyecto de Dios para la humanidad. La falta de esperanza brota de «una duda profunda sobre lo que es posible para Dios»²⁶. Una duda interior sobre su amor a la humanidad, su perdón, sus designios de salvación. El que desespera, desespera de Dios.

Otra gran tentación es la *cobardía*. No atrevemos a esperar. En el Apocalipsis, cuando se da la lista de aquellos a los que les espera la «segunda muerte», se pone en primer lugar a los «cobardes», antes que a los incrédulos, los impíos o los asesinos (Ap 21,8). Esta cobardía puede tener hoy sus propios rasgos. La realidad se nos presenta «demasiado

²⁵ H. MOTTU a c. 310

²⁶ *Ib.*, 308

desproporcionada para ser transformada, incluso por Dios»²⁷ Nos parece que el hombre moderno es incapaz de escuchar la llamada de Dios y responder a esa fuerza transformadora, introducida por la resurrección de Cristo en la historia. La misma Iglesia puede sentir la tentación y cobardía de Moisés «No me creerán», «no escucharán mi voz», «no sé hablar» (Éx 4). Nos paraliza la cobardía. Nos sentimos incapaces de estar a la altura de nuestra tarea hoy. Se refuerzan las actitudes defensivas. El pasado se convierte en absoluto que da seguridad. No nos atrevemos a hacer nuevas síntesis de la fe y la cultura actual. Todo se reduce a «conservar el depósito de la fe». Pero, ¿cumple así la Iglesia su misión de generar esperanza en el hombre actual?

Otra tentación es la «*aparente seguridad e invulnerabilidad*». Una esperanza envuelta en una coraza de aparente «seguridad absoluta» frente a los interrogantes, dudas, miedos y desesperanzas de los demás. Una «seguridad» que irrita. Es comprensible ese deseo de seguridad, pero no hay que confundirlo con la certeza de la fe. Todo lo que hay de «seguridad» en la esperanza cristiana proviene de Dios, y a Dios no se le posee nunca con seguridad. A Dios se le busca, se le espera. En Dios, se confía.

4.4 *Esperanza crucificada*

La esperanza cristiana no es virtud propia de los momentos fáciles. Al contrario, crece, se purifica y consolida en el mal y frente al mal. Es una esperanza crucificada. Son precisamente los momentos de crisis y de prueba los que mejores posibilidades ofrecen para vivir la esperanza con realismo. «A vosotros se os ha concedido el privilegio de estar del lado de Cristo, no sólo creyendo en él, sino sufriendo por él» (Flp 1,30).

Siempre ronda al creyente la tentación de vaciar su vida de cruz e invocar a Dios para que lo libere del sufrimiento propio de esta condición humana y lo transporte a la «felicidad».

²⁷ Ib, 309

dad sin sombras» Hemos de recordar a Jesús que, en el momento decisivo, renuncia a llamar a Dios para que lo libre de la cruz. El Dios cristiano no es el Dios todopoderoso que nos arranca fuera de la historia y nos transporta, como por arte de magia, a la vida eterna. Es «el Dios de la esperanza» en el que confiamos desde la crucifixión. El camino real hacia la resurrección es la cru-

Esta esperanza cristiana es posible cuando el creyente aprende a *relativizar* el mal, es decir, a no absolutizarlo, a ponerlo en relación con el futuro último, a situarlo en su verdadero lugar, a vivirlo en sus verdaderas dimensiones. «Estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros» (Rom 8,18). Por otra parte, esta esperanza se vive prácticamente descubriendo que no hay ninguna situación, por muy difícil que sea, que no esté abierta al amor de Dios. No hay sufrimiento, problema, crisis, ni siquiera pecado, que no pueda convertirse en posibilidad de crecimiento y renovación. En la vida siempre hay salida. Así dice el resucitado: «He abierto ante ti una puerta que nadie puede cerrar» (Ap 3,8).

Esta esperanza crucificada crea todo un estilo de vida que san Pablo describe así: «Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan, estamos apurados, pero no desesperados, acosados, pero no abandonados, nos derriban, pero no nos rematan, llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo» (2Cor 4,8-10). Desde esta perspectiva, incluso los fracasos pueden ser un acicate para seguir esperando con lucidez. El fracaso lo sufre quien se compromete. Por eso, puede ser aguijón que mueve a reaccionar, corregir equivocaciones y pecados, y seguir caminando confiados en el Señor. También los fracasos y sufrimientos en la tarea evangelizadora. «Por este motivo (anuncio del evangelio) estoy soportando estos sufrimientos, pero no me avergüenzo, porque yo sé bien en quién tengo puesta mi fe» (1Tim 1,12).

La esperanza cristiana se traduce muchas veces en paciencia. Es la virtud propia del que camina por la vida animado por la esperanza. Está de camino. Vive orientado hacia una meta, pero no la ha alcanzado todavía. Esta paciencia cristiana no es seguridad, tampoco resignación. Nace de la esperanza. «Tenemos presente ante nuestro Dios y Padre, la paciencia en el sufrir que os da vuestra esperanza en Jesucristo nuestro Señor» (1Tes 1,3)

Esta paciencia, tan necesaria hoy, no es algo pasivo. La *hypomone* de la que se habla en el Nuevo Testamento es aguante activo, entereza, perseverancia, resistencia activa, saber «plantar cara» a la adversidad²⁸. Precisamente es en la adversidad y en la prueba donde se ejercita la paciencia. «La dificultad produce paciencia, la paciencia, calidad, la calidad, esperanza, y esa esperanza no defrauda, porque el amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado» (Rom 5,3-5). Se entiende bien la exhortación de Hebreos 10,35-36: «No perdáis ahora vuestra confianza, que lleva consigo una gran recompensa. Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido» (Heb 10,35-36).

Esta llamada a la paciencia se ha de orientar hoy en una doble dirección. En primer lugar, ha de ser escuchada por «los impacientes», los que quieren el cumplimiento *ya ahora*, sin esperar más, los que se angustian ante un mundo tan alejado de Dios, los que no entienden la paciencia del Padre que, respetando la libertad del hombre, deja que la historia se desarrolle incluso contra sus planes, los que juzgan en lugar de anunciar el evangelio, los que apremian en lugar de orar, los que condenan en lugar de ofrecer «el ministerio de la reconciliación» (2Cor 5,18), los que quieren separar ya el trigo de la cizaña en lugar de dejarlos crecer. Pero ha de ser escuchada también por «los resignados», los que están can-

²⁸ U. FALKENROTH, *Paciencia* en L. COENEN-E. BEYREUTHFR. H. BIETENHARD, *Diccionario teológico del Nuevo Testamento III*, Sigüeme Salamanca 1993³

sados por las decepciones, la inutilidad de los esfuerzos, la impermeabilidad del hombre moderno al evangelio.

4.6. *Esperanza lúcida*

La esperanza no es ciega, sino lúcida. Proyecta luz sobre la realidad. Ilumina la vida y permite entenderla mejor. La esperanza ayuda a discernir, es decir, a examinar la verdad última de todo, para saber cómo actuar. «No os amoldéis al mundo éste, sino idos transformando con la nueva mentalidad, para discernir lo que es voluntad de Dios, lo bueno, conveniente y perfecto» (Rom 12,2).

La esperanza cristiana busca una coherencia última. Se esfuerza por distinguir qué es lo esencial y qué hemos de considerar como añadidura. Analiza la situación, para detectar «los signos de los tiempos» que nos permiten caminar en la verdadera dirección hacia la vida eterna. Jesús insiste precisamente en la actitud de vigilancia mientras esperamos la venida del Señor: «Tened cuidado», «Sed lúcidos», «Tened los ojos abiertos», «No es todavía el fin» (v.gr. Mc 13,5.7.23).

Esta actitud vigilante lleva, como veremos más tarde, a una postura inconformista. «Estar en el mundo sin ser del mundo» (Jn 15,19; 17,14). No dejarnos modelar pasivamente por la historia. Conservar las distancias. No actuar como todo el mundo. Mantener despierta la resistencia y la rebeldía. Atrevernos a mantener la libertad y el derecho a ser diferentes. El que vive los acontecimientos desde la esperanza cristiana termina por ser diferente.

Dentro de esta lucidez de la esperanza, entra también el deshacer falsas ilusiones y el discernir en cada tiempo, con realismo, los límites de lo que es posible aquí y ahora, sin resignarnos fácilmente, pero sin fanatismos o impacencias que, en lugar de mantener la esperanza, crean falsas expectativas y llevan fácilmente a la decepción y al derrotismo.

El que espera «la nueva creación» no puede conformarse jamás con el mundo tal como está. Precisamente porque cree y espera en un mundo mejor, al cristiano se le hace intolerable este mundo configurado por el egoísmo, los abusos, la corrupción, la injusticia y la mentira. Nunca se podrá habituarse a la injusticia, a la fatalidad de la muerte, a la mediocridad inevitable del ser humano. La esperanza hace vivir en contradicción con este mundo. Estar en paz con el Dios de la esperanza es estar en discordia con este mundo. Por eso, como dice J. Moltmann, «para la esperanza, Cristo no es sólo consuelo en el sufrimiento, sino también la protesta de la promesa de Dios contra el sufrimiento»²⁹. La esperanza, cuando es verdadera, no aquietta, sino que inquieta, no deja descansar. No aplaca el «corazón inquieto» del hombre, sino que ella misma es el «corazón inquieto» dentro del ser humano. Mantiene al hombre disconforme mientras no se cumplan totalmente las promesas de Dios.

Por eso, una comunidad llena de esperanza, es siempre una comunidad que protesta, que perturba, que resulta incómoda, pues siempre busca una sociedad mejor. Así eran las primeras comunidades según dicen en Tesalónica: «Esos que han revolucionado el mundo ya se han presentado también aquí» (He 17,7). Y es que, en medio de las tinieblas, los cristianos viven ya como «hijos de la luz». Así dice san Pablo: «Por eso, no os hagais cómplices de ellos, porque antes, sí, erais tinieblas, pero ahora, como cristianos, sois luz. Vivid como hijos de la luz, donde florece toda bondad, justicia y verdad. Examinad que es lo que agrada al Señor y en vez de asociaros a las acciones improductivas de las tinieblas, denunciadlas» (Ef 5,7-11).

Traicionamos la esperanza siempre que nos servimos de ella para adoptar una especie de resignación pasiva ante el sufrimiento de las gentes y el mal del mundo. La esperanza permanece descontenta hasta ver cumplida la promesa que se encierra en Cristo resucitado.

²⁹ J. MOLTSMANN, *Teología de la esperanza* 27

4.8. *Esperanza solidaria*

El que vive la esperanza cristiana, no espera algo sólo para él, sino también para los demás. Esperar la plenitud de Cristo sólo para uno mismo sería «una falsificación irrisoria de la esperanza cristiana»³⁰, una ilusión narcisista. El cristiano espera una «creación nueva», transfigurada, que recapitula todo lo creado y en la que toda la humanidad tomará parte, a no ser aquellos que excluyan radicalmente de su vida el amor. Hemos de superar, por tanto, una idea mezquina y estrecha de la esperanza que lo reduce todo a asegurarme yo mi propia salvación. La esperanza cristiana es «esperanza», incluso, para los que me pueden parecer excluidos de la salvación. «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad» (1Tim 2,4).

Por esto, la esperanza cristiana se vive desde la comunidad eclesial. Mejor aún, el cristiano comparte la esperanza de la que es depositaria la Iglesia de Cristo. Todos formamos «un solo cuerpo y un solo Espíritu como una es la esperanza a la que hemos sido llamados» (Ef 4,4). Hemos de purificar, pues, la esperanza cristiana de cualquier individualismo o egoísmo que la degrade.

Más aún, la esperanza cristiana se vive, precisamente, en solidaridad con los humillados y crucificados, aquellos a los que la sociedad les arrebató toda esperanza. La historia sólo tiene en cuenta a los triunfadores; la esperanza cristiana piensa también en los derrotados, los olvidados, los aplastados por el progreso, las víctimas. La esperanza nos hace solidarios con ellos. Más aún. La esperanza es una resistencia contra el olvido en el que la historia va dejando, poco a poco, a todos. Jesús es «el Señor de vivos y muertos». Todos pueden esperar en él.

³⁰ H. MOTTU, *a.c.*, 316.

La esperanza no es sólo protesta. Es impulso a la acción. El que lleva en su corazón la esperanza, se siente impulsado a *hacer* lo que espera. El futuro que espera se convierte para él en proyecto de acción y compromiso. La esperanza no lleva a la pasividad, sino a la lucha contra todo lo que se opone al objetivo de esa esperanza.

Es una contradicción creer en la promesa de Dios y no hacer nada por que comience a realizarse. El que no hace nada por cambiar y mejorar esta vida, no espera algo nuevo, diferente y bueno. Profesar una esperanza en la «nueva creación» y no hacer nada por cambiar la propia vida y mejorar la sociedad es, en realidad, aceptar este mundo tal como es. El que no cambia la tierra, no cree en el cielo. En la Edad media se habla de la «acedía» o pereza como un pecado contra la esperanza. Es una actitud de tristeza y pasividad que Kierkegaard denominaba «desesperación de la debilidad». Es la postura del que no hace nada porque ya no espera nada.

La actitud de quien espera «la venida del Señor» es muy diferente. Como advierte Jesús, no es el momento de «guardar los talentos», sino de hacerlos fructificar. Es la hora de trabajar activamente, luchar, humanizar la vida, orientarla hacia su verdadero futuro. «Si nos fatigamos y luchamos, es porque tenemos puesta la esperanza en el Dios vivo» (1Tim 4,10). La pasividad, la pereza, la vida inerte, el pecado de omisión proceden siempre de una falta de esperanza viva.

5. Algunas tareas de la esperanza en la sociedad actual

Los cristianos han sido acusados de haber puesto sus ojos en la otra vida y haber olvidado ésta. Sin duda, es cierto que una esperanza mal entendida puede conducir a abandonar la construcción de la tierra. Sin embargo, la esperanza en la «nueva creación» consiste precisamente en buscar y esperar la plenitud y realización total de esta tierra. Ser fiel al «fu-

turo último» querido por Dios es ser fiel a este mundo hasta el final, sin desesperar de ningún anhelo y sin defraudar ninguna aspiración verdaderamente humana. Desde esta perspectiva, indicamos algunas tareas de la esperanza hoy.

5.1 *Abrir horizonte*

La esperanza cristiana está llamada a «abrir horizonte» al hombre contemporáneo. La Vida es mucho más que esta vida, la realidad es más compleja y profunda de lo que nos quiere hacer creer el realismo, las fronteras de lo posible no están determinadas por los límites del presente. En medio de esta historia nuestra, a veces tan mediocre y absurda, se está gestando el verdadero futuro del ser humano.

Frente a una *visión plana* de la historia, sin meta ni sentido alguno, la esperanza cristiana toma en serio todas las posibilidades latentes en la realidad presente. Precisamente, porque quiere ser realista y lúcido, el cristiano se acerca a la realidad como algo inacabado y *en marcha*, no acepta las cosas tal como son, sino tal como deberán ser. Es el hombre escéptico de la posmodernidad el que cae en el irrealismo cuando se aferra a la realidad actual excluyendo sus posibilidades y su futuro.

Por otra parte, si todo lo reducimos a las «pequeñas esperanzas» internas de la historia, «¿qué clase de esperanza en el más acá puede haber aquí y ahora, para quienes sufren, para los débiles, los vencidos, los viejos, para todos cuantos no forman parte de la elite?»³¹ ¿Qué esperanza puede haber para los que han muerto ya, para todos aquellos que, a lo largo de los siglos, han sido vencidos, humillados, oprimidos, y hoy están ya olvidados? ¿Qué esperanza podemos tener nosotros mismos, que no tardaremos en formar parte del número de quienes no han visto cumplidos sus anhelos, esperanzas y aspiraciones? ¿Qué sentido puede tener una

³¹ G. GRESHAKE, *Más fuertes que la muerte. Lectura esperanzada de los Novisimos*, Sal Terrae, Santander 1981, 47-48.

vida eternamente inacabada y sin posibilidad alguna de realización definitiva?

5.2. *Criticar la absolutización del presente*

Quien ama y espera el futuro de Cristo no puede «conformarse» con la realidad tal como es hoy. El mundo se le hace inaguantable a quien espera «los nuevos cielos y la nueva tierra en los que habitará la justicia» (2Pe 3,13). La esperanza introduce *contradicción* con la realidad presente; genera protesta; nos despierta de la apatía y de la indiferencia propias del hombre contemporáneo; nos desinstala. Cuando se espera y se ama la liberación «empiezan a doler las cadenas» (J. Moltmann). No estamos en el mejor de los mundos. La esperanza cristiana destruye «los gérmenes de resignación» de la sociedad moderna y combate «la atrofia espiritual» de los satisfechos. «Esta esperanza transforma a la comunidad cristiana en una constante inquietud dentro de aquellas sociedades humanas que quisieran estabilizarse, convirtiéndose en la “ciudad permanente”. Transforma a la comunidad cristiana en fuente de impulsos nuevos que incitan a realizar aquí el derecho, la libertad y la humanidad, a la luz del futuro anunciado que debe venir»³².

Esta crítica de la esperanza a «una absolutización de la vida vivida aquí y ahora»³³ ha de orientarse hoy, de manera particular, en una doble dirección. En primer lugar, frente a ese grito consumista que se escucha en nuestra sociedad: «Lo queremos todo, y lo queremos ahora»; frente a ese afán de estrujar la vida y reducirla al disfrute del presente, la esperanza cristiana denuncia que el hedonismo no es principio de «un proceso viviente»; como se ha dicho con acierto, «el hombre hedonista no es espiritualmente una fuerza motriz»³⁴. En segundo lugar, frente al sufrimiento de los ex-

³² J. MOLTSMANN, *Teología de la esperanza*, 27-28

³³ H. KUNG, *¿Vida eterna?*, Cristiandad, Madrid 1983, 309

³⁴ T. VEBLEN, *Why is Economics not an Evolutionary Science?* citado por E. FROMM en *La revolución de la esperanza*, FCE, México 1968, 49.

cluidos, la esperanza cristiana es una negativa a pactar con la realidad que trata de imponer el sistema. La pobreza, el paro, la humillación, el hambre, la muerte en medio del abandono, no son hechos irremediables cuya existencia viene impuesta inexorablemente por la necesidad del destino. Siempre es posible transformar la realidad en algo más parecido a lo que será la «nueva humanidad».

5.3 *Introducir sentido humano en el progreso*

La crítica de la esperanza a este mundo injusto no es un *no* de mera resistencia en medio de la cobardía general de los «esclavos satisfechos». Es un *no* constructivo que niega el presente para construir una realidad distinta y mejor. El cristiano se siente urgido por su esperanza a trabajar incansablemente por crear ya ahora, en lo posible, eso que sabemos se encuentra encerrado ya en la historia humana como posibilidad prometida por Dios: una sociedad realizada en el amor, la justicia y el perdón.

Por eso, la esperanza cristiana no es sólo «interpretación» del mundo y de la condición humana. Es esfuerzo de transformación. Introduce en la sociedad sed de justicia para todos, y compromiso de humanización. ¿Qué significan las grandes palabras de la modernidad, *libertad, emancipación, democracia, solidaridad*, si todo queda reducido a planificación económica que sacrifica a los débiles, y hedonismo ilimitado que atrofia a los privilegiados?

La esperanza cristiana ha de contradecir hoy, de manera particular, esa utilización pragmática de la técnica que sólo atiende a la eficacia y al rendimiento, descartando cualquier otro planteamiento sobre la dignidad humana como irrelevante y carente de interés. Se puede programar el futuro de otra manera, se le puede dar un «rostro más humano» al progreso. El cristiano ha de comprometerse en destruir dos presupuestos erróneos que funcionan hoy en el sistema: que *los hechos* vienen dados objetivamente sin remedio, y que la programación ha de hacerse exclusivamente sobre los datos, sin atender a su contenido humano y sin incorporar valores.

6. Creatividad de la esperanza

El que vive con esperanza, se siente impulsado a hacer lo que espera. Y este compromiso es precisamente el que genera esperanza en el mundo. ¿Como desencadenar esperanza en la sociedad actual?

6.1 Frente a un «nihilismo fatigado», fe en Dios

El «cansancio de Occidente» tiene su raíz mas profunda en la falta de fe en nosotros mismos y en nuestro progreso, falta de confianza en la vida. Eliminado Dios, el hombre se ha ido convirtiendo en una pregunta sin respuesta, un proyecto imposible, un caminar hacia ninguna parte. Este hombre esta necesitado del «Dios de la esperanza». Al final de todos los caminos, en el fondo de todos nuestros anhelos, en el interior de nuestros interrogantes, ¿no estara Dios como único posible salvador? Ese Dios del que muchos dudan, al que bastantes han abandonado y por el que tantos siguen preguntando, es para los creyentes «el fundamento ultimo en el que poder apoyar nuestra confianza radical en la vida»³⁵. Desde ese «Dios de la esperanza», los cristianos hemos de contagiar hoy confianza en el hombre, a pesar de todos los fracasos y decepciones. Desde ese Dios, el hombre puede explicarse a si mismo como «un ser capaz de proyecto y de futuro»³⁶.

6.2 Frente al pragmatismo, defensa de la persona

El desarrollo científico y tecnico solo es humano si está al servicio de la persona. Los planes económicos son humanos si están al servicio de una sociedad mas justa y solidaria. Pero, cuando un determinado *progreso* se convierte en dogma indiscutible y criterio absoluto de medidas que marginan

³⁵ J. L. COELHO PIRES *o.c.* 142

³⁶ *Ib.* 142

y hundidos en la miseria a los pueblos y sectores más débiles, ese llamado progreso se convierte en factor de opresión que mata las esperanzas de los pobres. El cristiano reacciona defendiendo siempre a la persona como valor primero que no debe ser sacrificado a nada ni a nadie, y no teme ir contra ese «progreso» en la medida en que aniquila la esperanza de los débiles y los despoja de futuro. Esta defensa de las personas *despojadas de futuro* se traduce en compromiso por transformar modelos de vida, introducir objetivos más humanos en la producción, dar una orientación nueva a los proyectos colectivos en favor de los más desfavorecidos, promover formas sociales de autolimitación (ascesis colectiva).

6.3 *Frente al individualismo, solidaridad*

La crisis económica está provocando individualismo e insolidaridad. «No importa que todo siga igual con tal de que a mí me vaya bien». Cada sector reivindica los derechos del propio grupo, a nadie preocupa la situación de los demás. Crece el corporativismo insolidario y el egoísmo organizado. Los grandes valores del amor, la justicia o la igualdad son sustituidos por los intereses de cada uno. Poco a poco, la esperanza de los derrotados se apaga. Sólo la solidaridad puede despertarla. «Una comunidad eclesial que viva en el seguimiento de Jesús puede permitirse el lujo de hacerse despreciar por los poderosos y sabios, pero si quiere mantenerse en ese seguimiento, no puede permitirse el hacerse despreciar por los pobres y los pequeños que “no tienen a nadie” (cf Jn 5,7)» (J. B. Metz). Estos son los privilegiados de la «comunidad de la esperanza».

6.4 *Frente a la insensibilidad, misericordia*

La misericordia ha quedado proscrita. La *sociedad progresista* ha decretado que está prohibido pensar en el sufrimiento de las víctimas. El bienestar exige un precio: el sacrificio de los más débiles. Eso es todo. Por otra parte, la

organización eficaz de la sociedad y el funcionamiento eficiente de las cosas va reprimiendo la *cultura del corazón*. La ternura, la acogida cálida a cada persona, el cariño van siendo barridos de la sociedad. No hay lugar para el corazón. Sin embargo, donde no hay corazón, no crece la esperanza. El cristiano se esfuerza por despertarla desde una actitud de misericordia y compasión comprometida. Sólo así puede nacer de nuevo la esperanza en esas personas privadas de afecto y amor: ancianos solos, niños sin verdadero hogar, drogadictos sin apoyo, mujeres maltratadas, esposas abandonadas, gentes *sin salida*, que caminan solas por la vida o se encierran en su propia destrucción.

6.5. *Frente a la violencia, diálogo y reconciliación*

La violencia destruye de muchas maneras la esperanza. Matar por unos objetivos políticos o económicos es utilizar la vida humana como instrumento; reducir a la persona a puro medio; ignorar, en su misma raíz, la dignidad humana. Pero, además, la violencia genera odio y resentimiento, ahonda las divisiones y acrecienta los deseos de venganza; no es posible así construir juntos el futuro. La violencia genera una *espiral diabólica* que impide mirar al futuro con esperanza. Esta sólo puede nacer de nuevo, si la violencia cesa y el diálogo sustituye a la confrontación destructora. Pero construir la paz exige, además, promover la reconciliación y el perdón. El perdón rompe una dinámica de enfrentamiento deshumanizador, libera de las injusticias del pasado, ennoblece a quien perdona y a quien es perdonado, reúne fuerzas, genera nuevas energías para construir juntos el futuro. La capacidad de pedir perdón y perdonar pone en marcha una dinámica más liberadora y regeneradora que el «ojo por ojo y el diente por diente», aplicado de forma implacable. El perdón es un gesto de confianza en el ser humano. Engendra esperanza³⁷.

³⁷ J. A. PAGOLA, *De la violencia al diálogo*, Idatz, San Sebastián 1995.

7. Pedagogía de la esperanza

La esperanza cristiana no se desarrolla al margen de las diversas experiencias humanas, sino a través de ellas. Por eso, es importante favorecer aquello que puede permitir el crecimiento de una verdadera esperanza y luchar contra lo que puede ahogarla. ¿Cómo hacer crecer la esperanza en las personas? ¿Cómo ayudarnos mutuamente a crecer en esperanza humana y cristiana?

7.1. *Despertar la confianza*

Para vivir, la persona necesita un clima básico de confianza en la vida, en el futuro, en el mundo que la rodea. Cultivar la angustia, el recelo o la inseguridad, es siempre dificultar la esperanza. Al contrario, promover la confianza y desarrollar una mirada positiva hacia la vida siempre es favorecer la esperanza.

En este sentido, no es malo cultivar un sano optimismo que no es ingenuidad ni olvido de los problemas y dificultades, sino una actitud positiva que permite ver la situación del modo más favorable, sin dejarse agobiar por los aspectos negativos y sombríos exclusivamente.

Es también positivo para crear confianza, saber motivar a las personas ayudándolas a encontrar estímulos que las impulsen a actuar, crecer, emprender nuevas tareas y proponerse nuevas metas. Potenciar lo que a la persona la puede estimular positivamente. De alguna manera, todos podemos ser estímulo y fuente de esperanza para los demás. Así dice la primera Carta de Pedro: «Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido» (1Pe 4,10). Toda gracia que recibimos se puede convertir en gracia para los demás. Si dentro de nosotros hay esperanza, podemos ser fuente de esperanza para otros. Quizás no haremos grandes cosas, pero estamos llamados a que nuestra vida sea gracia para los demás. Podemos ser evangelio, buena noticia, algo bueno para los demás. Se trata de vivir, actuar y ser de tal manera que sea una suerte encontrarse con nosotros.

Tal vez, hemos de comenzar por no hacerle a nadie la vida más difícil y dura de lo que ya es. Que la vida sea mejor, más humana, más llevadera allí donde yo esté, donde yo actúe, hable o me mueva. No contaminar todavía más el ambiente con mi pesimismo, amargura o mediocridad. No envenenar el entorno con mis actuaciones rencorosas, mi resentimiento o mi egoísmo mezquino. Al contrario, saber crear allí por donde yo pase un clima donde sea más posible la esperanza.

No hemos de olvidar que la bondad de Dios se manifiesta, sobre todo, a través de la bondad de los hombres. Con nuestra acogida, amistad y amor estamos llamados a mostrar que la vida, a pesar de todo, es buena, porque en el interior mismo de la existencia, dando sentido último a todo, hay un Dios que nos acoge. Cada uno podemos ser un *pequeño signo*, una pequeña *prueba* de ese *Dios de la esperanza*.

7.2 *El desarrollo de una actitud positiva*

La persona sin esperanza tiende a adoptar una actitud negativa. Por lo general, esta postura negativa viene generada por un problema o una situación difícil que la persona está viviendo. Pero, a partir de ese punto inicial, esa actitud negativa se puede ir extendiendo, como una mancha de aceite, hasta abarcar todas las dimensiones de la vida. Ya no sólo el problema es negativo. Es la persona entera la que se ha hecho negativa. Su mirada, su inteligencia, sus sentimientos, su actitud.

Esa persona necesita introducir en su vida una mirada diferente, una valoración y un aprecio positivo de las personas, las cosas y los acontecimientos. Pero no va a cambiar sólo porque reciba órdenes de mirar las cosas de forma más positiva. Necesita encontrarse con personas que vivan positivamente y sepan apreciar y mirar la vida con ojos más confiados. La persona que vive hundida por un problema grave, tiende a vivirlo todo desde ese problema. Eso es lo que colorea de negro su vida entera. En esa persona se podrá despertar de nuevo la esperanza, si se encuentra con

alguien que le ayude a descubrir que la vida no se reduce a ese problema. La vida siempre es más. No se trata de quitarle al problema su verdadera importancia, sino de situarlo en el horizonte de la vida entera y de su misterio último. En lugar de ver toda la vida desde aquel problema concreto, poder ver el problema desde la hondura de toda la vida.

Es aquí donde el creyente puede ayudar a sanar la desesperanza. «Nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que lo aman» (Rom 8,28). Nuestra vida no es ajena a Dios. No hay ningún sufrimiento o fracaso, ninguna soledad, traición o pecado, cerrado al amor o a la gracia de Dios. En la vida siempre hay salida. Es la convicción del que vive animado por la esperanza cristiana. «Él ha dicho: “Nunca te dejaré, nunca te abandonaré” (Dt 31,6). Por esto, podemos decir confiados: “El Señor está conmigo, no temo; ¿qué podrá hacerme el hombre?” (Sal 118,6)» (Heb 13,5-6). El que vive desde la fe en Dios, siempre está escuchando en lo más íntimo de su ser: «Hay esperanza para tu futuro» (Jer 31,17).

Desde esta fe se puede ayudar a las personas a ensanchar su mirada; junto a pensamientos negativos y dañosos, pueden brotar pensamientos más amables y nobles; junto a sentimientos tristes y derrotistas pueden nacer otros más luminosos y pacificadores; junto a valoraciones duras e implacables, puede haber actitudes más comprensivas y flexibles; junto a decisiones retorcidas, pueden suscitarse determinaciones más nobles y dignas. San Pablo da esta consigna a los cristianos de Tesalónica: «Animad a los apocados, sostened a los débiles, sed pacientes con todos. Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal, esmeraos siempre en hacerlos el bien unos a otros y a todos» (1Tes 5,14-15).

Tenemos que ejercitarnos más en descubrir lo positivo de la vida, de las personas y de los acontecimientos. Lo negativo es más cómodo y fácil de resaltar; lo positivo exige más esfuerzo, más atención y más fe. Se trata de adquirir el hábito de «positivizar» más nuestra mirada y nuestra actitud. Contagiar mirada positiva, pensamientos, sentimientos, actitudes positivas, es engendrar esperanza.

Las personas que saben acoger, siembran esperanza a su alrededor. El desesperanzado se siente mejor, con más fuerza, con más paz, junto a esas personas que no están ahí de manera interesada o investigadora, sino que sencillamente escuchan y acogen.

Cuando acogemos a una persona, la estamos liberando del peso de la soledad, la estamos acompañando, y, en esa misma medida, le estamos infundiendo fuerzas para vivir. Por muy difícil que sea su situación y por muy hundida que se encuentre, si esa persona descubre que no está sola, que hay alguien a quien puede acudir, podrá nacer de nuevo la esperanza en su corazón. La mutua acogida, el compartir de manera positiva las dificultades de la existencia, genera esperanza. Esta es la consigna cristiana: «Acogeos mutuamente como Cristo os acogió para gloria de Dios» (Rom 15,7). Donde está ausente la acogida, se puede destruir la vida. Lo decía el mismo san Pablo: «Cuidado, que si os seguís moriendo y devorando unos a otros, os vais a destrozarse mutuamente» (Gál 5,15).

Es una gran tarea hoy ofrecer acogida y refugio a tantas personas desconcertadas, indefensas o desvalidas. La esperanza es más fácil donde se promueve una cultura de la mutua acogida. Si sabemos *estar* junto a la persona que sufre y compartir sus preocupaciones, si esa persona sabe que, al menos, junto a nosotros puede estar segura y manifestarse como es, si sabe que la aceptamos, en ella puede despertarse lentamente la esperanza, puede crecer la confianza en la vida, puede abrirse un camino hacia el *Dios de la esperanza*. La acogida facilita la esperanza, ayuda a abrir el horizonte, elimina obstáculos, abre salidas a situaciones desesperanzadas.

Esta acogida no es cuestión de técnicas o destrezas aprendidas. Es una manera de ser, de vivir, de no pasar de largo ante quien nos necesita. Saber acercarnos a quien puede necesitar nuestra compañía, nuestra escucha o amistad, nuestra fe o nuestra esperanza. Los creyentes que saben acoger, pueden darle hoy un rostro histórico a ese Dios invis-

ble y misterioso, que es acogida infinita e insondable, el Dios «cariñoso con todas sus criaturas».

7.4. *La comprensión y el ofrecimiento de futuro*

La verdadera acogida implica una actitud de comprensión, esa capacidad de acercarse al otro no desde una postura condenadora o judicial, sino desde la empatía. Que esa persona desesperanzada pueda captar que, haga lo que haga, por muy graves que sean sus errores, por muy grandes que sean sus limitaciones o pecados, en mí encontrará siempre a alguien que la comprenderá. Esta actitud genera esperanza.

Tal vez, hemos de empezar por no despreciar a nadie, ni siquiera interiormente. No condenar precipitadamente y con ligereza. Saber comprender. La mayoría de nuestros juicios sobre personas concretas muestran casi siempre nuestra falta de comprensión, nuestra ligereza y superficialidad. Con esa mirada condenatoria podemos obstaculizar y destruir el nacimiento de la esperanza. San Pablo reacciona así contra este clima de mutua condena: «Basta ya de juzgarnos unos a otros; mejor será que adoptéis por criterio no poner obstáculo ni escandalizar a ningún hermano» (Rom 14,13). El que vive de la esperanza cristiana, no anticipa nunca el juicio definitivo: «No juzguéis nada antes de tiempo, esperad a que llegue el Señor: él sacará a la luz lo que esconden las tinieblas y pondrá al descubierto los motivos del corazón» (1Cor 4,5).

Podemos crear entre todos un clima irrespirable. Nuestra incompreensión, nuestras interpretaciones torcidas y nuestra mirada maliciosa, pueden hacer más difícil la esperanza. Hemos de recordar siempre la advertencia de san Pablo: «Todo es limpio para los limpios; en cambio, para los sucios y faltos de fe nada hay limpio: hasta la mente y la conciencia la tienen sucia. Hacen profesión de conocer a Dios, pero con sus acciones lo desmienten, por esa detestable obstinación que los incapacita para cualquier acción buena» (Tit 1,15). La lucidez ante el mal y la crítica son absolutamente necesarias en esta sociedad y siempre. Pero no hemos de

olvidar que las personas concretas, lo que necesitan, muchas veces, no es nuestra crítica, sino fuerza para cambiar. No basta criticar despiadadamente desde la distancia insolidaria; es necesario preguntarme qué puedo hacer yo para humanizar la vida, para introducir una calidad nueva en esa persona, en esa sociedad. «Palabras dañosas no salgan de vuestra boca; lo que digáis sea bueno, constructivo y oportuno, así hará bien a los que lo oyen» (Ef 4,29). Las personas, más que nuestra condena, necesitan nuestra ayuda. Recordemos la consigna de san Pablo a las comunidades cristianas: «Animaos mutuamente y ayudaos unos a otros a crecer, como ya lo hacéis» (Tes 5,11).

Ese ha sido siempre el estilo de actuar de Jesús. Cuando se mueve en medio de la sociedad judía, su mensaje es tremendamente crítico y exigente. Por ejemplo: «Os han enseñado que se mandó: “No cometerás adulterio”. Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer casada excitando su deseo por ella, ya ha cometido adulterio con ella en su interior» (Mt 5,27). Pero cuando luego se encuentra con una mujer adúltera, cuya vida se quiere eliminar, Jesús, el único que podía echar piedras y comenzar la lapidación, lejos de destruirla, la perdona y le ofrece nuevo futuro: «No te condeno. Vete y en adelante no peques más» (Jn 8,11). Esa es la actitud más humana y humanizadora: crítica exigente en medio de la sociedad; perdón y ofrecimiento de rehabilitación a cada persona. Una sociedad no se renueva ni crece en esperanza, sólo «echando piedras» sobre los culpables.

FE Y VIDA SANA

LA SALUD ES HOY la primera preocupacion de las personas. La gente lo expresa de distintas formas: «La salud no se paga con nada», «Que Dios nos dé salud», «Lo primero es la salud». Los sondeos y encuestas que se llevan a cabo en las sociedades occidentales muestran que la salud ocupa el primer lugar en la escala de valores, antes que la familia, los amigos, el bienestar, la religión o la política. Para ser feliz, lo primero es tener salud.

Sin embargo, la reflexión cristiana que se ha ocupado tanto de la enfermedad y del sufrimiento, se ha sentido casi siempre incomoda ante la salud. Lo que ha preocupado a la teología ha sido la salvación eterna, no la salud actual. Apenas se ha recordado que la fe es fuente de vida ya ahora, antes de la muerte. Hemos olvidado que Jesús pasó su vida sembrando salud. Los evangelistas resumen su actuación diciendo que «recorría ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas, predicando el evangelio del Reino y sanando todas las enfermedades y dolencias» (Mt 9,35). Esta acción sanadora no es algo secundario, sino el rasgo que mejor caracteriza al Mesías, enviado de Dios. Cuando el Bautista pregunta por el Cristo, solo recibe esta respuesta: «Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la buena noticia» (Mt 11,2).

Esta «terapia mesiánica» es presentada por Jesús como revelación y encarnación de la salvación que Dios ofrece al ser humano. «Si yo expulso los demonios por el Espíritu (Lucas dice "el dedo") de Dios, es que el reinado de Dios ha

llegado a vosotros» (Mt 12,28 = Lc 11,20) La salud que promueve Jesús no es pues una simple curación de carácter médico, sino, como veremos, una acción sanadora integral que revela y encarna al Dios «amigo de la vida», que ya en Israel se manifestaba como el «Sanador» «Yo soy Yavé, el que te sana» (Éx 15,26) El signo claro de que ese Dios estaba con Jesús es precisamente que toda su actuación estuvo orientada a promover vida y salud Este fue el recuerdo de Jesús, que quedó grabado en la memoria de la primera comunidad «Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (He 10,38)

Al no ser valorado teológicamente este dato fundamental de que Jesús anuncia y ofrece la salvación de Dios, no de cualquier forma, sino precisamente promoviendo vida saludable, la Iglesia olvidó, en gran parte, su misión sanadora Los evangelios insisten, sin embargo, en que Jesús, al confiar a sus discípulos la misión de anunciar el reino de Dios, les encomienda la acción sanadora como contenido esencial de la evangelización Así lo formula Lucas «Cuando entreis en una ciudad, sanad a los enfermos que haya en ella y decid «Ya os llega el reinado de Dios» (Lc 10,8-9) En esto consiste la tarea evangelizadora entrar en la sociedad, sanar lo que hay en ella de enfermo, y, desde esa acción sanadora, proclamar que está llegando a sus vidas un Dios sanador

Promover el reinado de Dios entre los hombres, tal como lo hizo Jesús, exige y lleva consigo la tarea de liberar al ser humano de las fuerzas del mal potenciando siempre una vida saludable Esta lucha por un hombre más sano no es algo accidental y secundario Es contenido esencial del acto evangelizador Predicación misionera y tarea sanadora son parte de una misma dinámica que ha de abrir camino al reinado de Dios entre los hombres «Los envió a proclamar el reino de Dios y a sanar» (Lc 9,2, cf Mt 10,7-8, Lc 10,9, Mc 6,7 12-13, etc) La comunidad de Jesús no puede proclamar la salvación de Dios descuidando su tarea curadora

Es explicable la queja de B. Haring «La teología ha dejado bastante de lado el tema de la sanación Lo ha descuidado en la cristología, soteriología, en la eclesiología y, so-

bre todo, en la proclamación de la salvación»¹. La Iglesia ha cuidado y desarrollado el mandato de enseñar («Id y enseñad»). Pensemos en el despliegue de la predicación, el ejercicio del magisterio doctrinal o el cultivo de la teología. La Iglesia ha cuidado el mandato de bautizar («Id y bautizad»). Basta observar la praxis sacramental, el desarrollo de la celebración litúrgica o la regulación de los diferentes rituales. Pero no siempre ha sabido dar un contenido al mandato de Jesús: «Id y sanad». Y, sin embargo, la acción evangelizadora de la Iglesia se empobrece gravemente cuando se olvida el valor fundamental que se encierra en la curación del ser humano como experiencia liberadora desde la cual anunciar la salvación total de Dios.

No es mi propósito esbozar siquiera una «teología de la salud»². Trataré sencillamente de iluminar y enriquecer desde la fe cristiana la experiencia de la salud empobrecida y distorsionada hoy de formas diversas. El hombre moderno está necesitado de una salud más atenta a todas las dimensiones del ser humano y más abierta a su salvación total y definitiva. La fe cristiana puede ser instancia crítica que ayude a corregir aspectos poco humanos de un modelo de salud excesivamente medicalizada y tecnificada o ingenuamente idealizada y absolutizada.

Por otra parte, hemos de redescubrir y recuperar la fe como fuente de salud integral. Son bastantes los hombres y mujeres que se dicen cristianos, pero no han descubierto que la fe es fuente de vida saludable y que el evangelio vivido de manera coherente se traduce en un estilo sano de vida. ¿Tiene la fe algo que ver con la salud de las personas? ¿puede ser fuente de salud? ¿Dónde está la fuerza curadora de la

¹ B HARING, *La fe, fuente de salud*, San Pablo, Madrid 1990², 55

² Estoy convencido de que, de la misma forma que en los pueblos más oprimidos de la tierra ha nacido una *teología de la liberación*, que ha vuelto a recordar las exigencias sociopolíticas de la fe y su fuerza liberadora, en las sociedades «enfermas» del mundo desarrollado de Occidente se hace cada vez más necesario el impulso de una *teología terapéutica* que recuerde la energía sanante del evangelio de Jesucristo y enseñe a la Iglesia a estar en medio del mundo de manera sanadora. ¿No estarán llamadas ambas teologías a desarrollar en el futuro el verdadero contenido de una «nueva evangelización»?

fe cristiana? ¿Qué es lo que puede aportar hoy para cuidar y desarrollar de forma más humana la salud?³. Estas son algunas de las preguntas que están en el trasfondo de mi reflexión. Escribo desde una convicción. En una sociedad como la nuestra, no basta con proclamar verbalmente el mensaje cristiano y exponer sus exigencias y promesas. Tampoco es suficiente anunciar el evangelio desde categorías morales de bien y mal. Siempre que el evangelio llega de verdad a una persona o a una sociedad, ha de ser experimentado, de alguna forma, como fuente de vida liberada, capaz de ayudar al ser humano a crecer y desarrollarse de manera sana.

Desde el comienzo hemos de clarificar un posible equívoco. Hay que evitar cualquier interferencia o confusión de planos entre fe y medicina. La acción médica (medicina orgánica, psiquiatría, psicoterapia) no puede ni debe sustituir a la religión. La religión, por su parte, no puede ni debe pretender sustituir a la ciencia médica. No se trata, por tanto, de «degradar la religión» utilizándola como un medio más para obtener algunos efectos psicohigiénicos⁴, ni de reducir la salvación a salud, sino de verificar en la experiencia y praxis cristianas que la fe promueve salud integral, abierta a esa salvación plena y trascendente a la que el hombre está llamado desde lo hondo de su ser. La salvación se va cumpliendo o se va frustrando en nosotros en la medida en que acogemos o rechazamos a Jesucristo. Pero si hay acogida, ésta contribuye desde ahora a sanar, liberar, unificar y potenciar la existencia del creyente.

³ No voy a considerar el fenómeno de las curaciones extraordinarias o *faith-healing*, que con tanta fuerza está siendo propagado por algunas iglesias y movimientos carismáticos. Mi reflexión se centra en el proceso continuado de sanación integral que la vivencia de la fe va produciendo en la vida del creyente cf B HARING, *o c*, 98-101.

⁴ Cf las pertinentes observaciones de V FRANKL, *La presencia ignorada de Dios. Psicoterapia y religión*, Herder, Barcelona 1994^o, 83-85.

1. Una cuestión difícil: ¿qué es la salud?

No es fácil decir en qué consiste la salud y en qué consiste la enfermedad. Todos sabemos qué es sentirse sano y qué sentirse enfermo. Cada uno tenemos nuestra experiencia personal, pero ¿quién está realmente sano y quién enfermo? ¿Dónde están las fronteras entre salud y enfermedad?

En realidad, el concepto de salud depende de nuestra concepción del hombre. La ciencia puede precisar algunos elementos objetivos que han de entrar en la definición de salud, pero no puede imponer autoritariamente un concepto de salud válido para todas las culturas y todos los tiempos. De hecho, este concepto se va gestando en la misma sociedad. Es ella la que va decidiendo qué clase de salud quiere, qué es lo que considera vida sana y a quién llama hombre sano. El concepto de salud es, en gran parte, cultural y, detrás de cada modelo de salud, hay un modelo de hombre.

1.1. La definición de la OMS

La Organización Mundial de la Salud redactaba el año 1946 su carta fundacional. En ella establecía esta definición de salud: «*La salud es un estado de perfecto bienestar físico, mental y social, y no sólo la ausencia de enfermedad*». A lo largo de los cincuenta años transcurridos desde entonces, esta definición ha sido criticada y enriquecida desde diversas perspectivas, pero nos puede servir de punto de partida.

Según la OMS, la salud consiste en algo más que en la mera «ausencia de enfermedad». La afirmación es importante pues significa que no basta eliminar enfermedades para producir salud en el ser humano. Sin embargo, el actual sistema sanitario gravita, en general, alrededor de la enfermedad y no de la salud. El médico es más un experto en eliminar enfermedades que un promotor de salud⁵. Su activi-

⁵ No se ha de despreciar el resurgir actual de las diferentes formas de medicina alternativa donde es fácil observar una mayor preocupación por desarrollar positivamente la salud en todos sus niveles. A título orientativo puede verse R. CARLSON-B. SHIELD (eds.), *La nueva salud*, Kairós, Barcelona 1990

dad se centra en diagnosticar la enfermedad, aplicar el tratamiento adecuado y eliminar los efectos nocivos del mal. Pero, ¿cómo ayudar a las personas a crecer de manera sana? ¿Cómo desarrollar un hombre más sano? Se está avanzando de manera notable en la medicina preventiva y en la educación sanitaria, pero casi siempre teniendo todavía como horizonte la enfermedad.

En general, la medicina se preocupa de «luchar contra la enfermedad», pero ¿cómo impulsar una acción positivamente sanadora del hombre actual? Si la salud no consiste sólo en «la ausencia de enfermedad», para que se dé, no basta erradicar de la persona las enfermedades o curar sus lesiones. Será necesario, además, cuidar su crecimiento saludable, consolidar y acrecentar las fuerzas y energías de la persona para que pueda enfrentarse de forma sana a los problemas y dificultades de la vida. Habrá que aprender constantemente el arte de vivir de manera saludable. Entendidas así las cosas, a nadie se le oculta la importancia que puede tener, para el crecimiento sano de la persona, la fe en un Dios creador y Padre de la vida, y una existencia inspirada por el evangelio.

Por otra parte, la definición de la OMS amplía el concepto de salud introduciendo tres dimensiones. Se habla, en primer lugar, de un nivel físico que nunca se ha de olvidar, la salud es una experiencia que se sitúa básicamente en la corporalidad del ser humano, por eso se habla de un «bienestar físico». Pero se tiene en cuenta también un nivel que trasciende lo meramente corporal. La OMS habla de un «bienestar mental». La salud no se juega sólo en la corporalidad, sino a niveles más profundos de la persona. La OMS añade además otra dimensión cuando habla de «bienestar social». La salud no es un fenómeno puramente individual sino también social. Es toda la sociedad la que puede estar enferma y ser patógena. Para vivir de manera saludable la persona necesita vivir en una sociedad sana. No se ha de pensar sólo en una sociedad donde han desaparecido las epidemias y enfermedades contagiosas o donde se ha alcanzado un nivel de higiene saludable, sino en un grupo humano donde las costumbres y comportamientos, las estructuras so-

ciales y la convivencia sociopolítica ayuden a las personas a desplegar su vida de forma sana⁶. No es difícil adivinar la importancia que puede tener en todo este planteamiento un comportamiento ético inspirado en el seguimiento a Jesús.

1.2. *Los límites de la definición de la OMS*

Las críticas a la definición de salud elaborada por la OMS han destacado, sobre todo, sus limitaciones. Señalaré algunas haciendo ver, al mismo tiempo, la dirección en que puede orientarse la aportación de la fe cristiana a una salud más humana.

a) *Definición utópica*

La salud, tal como es entendida por la OMS, no se dará jamás. Siempre habrá enfermedad y nunca logrará el ser humano ese «estado de perfecto bienestar» del que se habla. Todas las personas se irán muriendo, y muchas de ellas lo harán después de un proceso doloroso de enfermedad o del deterioro propio de la vejez. La salud que propone la OMS, puede estimular a la humanidad en su búsqueda de salud, pero es una meta inalcanzable.

Surgen, pues, de manera inevitable otro tipo de preguntas: ¿qué hacer ante la enfermedad inevitable, el accidente absurdo, la enfermedad crónica, las minusvalías o el envejecimiento? Desde una perspectiva realista, se hace necesario también reflexionar y desarrollar la «forma sana» de vivir la enfermedad, los límites biológicos de la existencia, la vejez o la proximidad de la muerte. La fe cristiana, sin interferirse

⁶ Como signo de esta preocupación puede verse H. SAN MARTÍN-V. PASTOR, *Salud comunitaria Teoría y práctica*, Díaz de Santos, Madrid 1988², M. COSTA-E. LOPEZ, *Salud comunitaria*, Martínez Roca, Barcelona 1987, A. JEGGER-R. SLOTNIK, *Community mental health and behavioral-ecology A handbook of theory, research and practice*, Plenum, Nueva York 1982, el monográfico sobre *Salud y sociedad* en *DocSoc* 43 (1981), con amplia bibliografía sobre el tema

en absoluto en el ámbito de la ciencia médica, puede aportar al creyente todo su universo de sentido y de esperanza para que pueda enfrentarse y asumir de manera humana y digna la dimensión negativa y doliente de esta vida, necesariamente frágil y caduca.

b) *Definición estática*

La OMS presenta la salud como un *estado*, pero es evidente que la vida no es un estado, sino un proceso. No basta disfrutar de salud en un momento determinado. Es necesario que la trayectoria que sigue la persona sea sana, que la dinámica que dirige todo su crecimiento sea saludable.

Se vislumbra aquí otro campo importante para la fe cristiana en la medida en que puede ser impulso y estímulo para tomar una dirección sana en la vida y dar a la existencia una orientación acertada. Como veremos más adelante, la conversión cristiana puede ser factor sanante y principio de vida integralmente sana. S. Spinsanti ha podido afirmar que «la curación fundamental consiste en la misma conversión»⁷.

c) *La ausencia de enfermedad*

Según la definición de la OMS, la salud exige «ausencia de enfermedad», y es evidente que, cuando no hay enfermedad, hay allí un tipo de salud. Pero, cuando la enfermedad se produce, ¿no hay lugar ya para ninguna salud? Los expertos comienzan a valorar cada vez más los aspectos saludables de ese hecho que llamamos *enfermedad*. No todo es negativo en la enfermedad. Se puede decir que «la enfermedad tiene una parte sana y otra insana»⁸. Hoy se atribuye un valor cada vez más positivo a la enfermedad como intento de recuperar la salud perdida.

⁷ S. SPINSANTI, *L'alleanza terapeutica Le dimensioni della salute*, Città Nuova, Roma 1988, 37

⁸ J. GOL GURINA, *La salud en «Humanización en salud»*, Colección Selare (24) 35

A veces, la enfermedad pone en marcha un sistema de alerta, y significa la reacción extrema del organismo que busca salud. Así, la fiebre, el vómito, la diarrea o la tos pueden experimentarse como algo negativo y perjudicial pero son, en realidad, reacciones saludables de un organismo que busca sanarse. Otras veces, como veremos más adelante, la enfermedad puede ser un factor que desencadena una reacción beneficiosa en la persona. La enfermedad se convierte en una experiencia generadora de salud, pues hace reaccionar a la persona, le obliga a reorientar su vida de forma más sana, la cura de heridas pasadas, le ayuda a reconciliarse consigo misma y a desarrollar dimensiones y posibilidades olvidadas.

El objetivo de la ciencia médica es eliminar lo que hay de nocivo en la enfermedad para ayudar al organismo a curarse. La posible contribución de la fe se sitúa en otro plano, y consiste en colaborar, junto con otras instancias, en ayudar al individuo a vivir la curación de su enfermedad como un proceso orientado hacia una sanación más integral de toda su persona. O bien, cuando la enfermedad es irreversible, en ayudar al enfermo a «decir sí a lo incurable» de manera humana y esperanzada. Así lo entiende B. Haring: «El servicio de la Iglesia tiene que capacitar a los hombres a entender mejor lo que es la salud de todo el hombre, a aprender a encontrar y difundir la salud, a descubrir un sentido profundo en la enfermedad, y a decir sí a lo incurable. También esto último forma parte de la «salud» de todo el hombre»⁹

d) *El ambiguo concepto de bienestar*

La crítica más severa a la definición de la OMS es que identifica la salud con el *bienestar*. Dicha definición se redacta después de la última guerra mundial, cuando en Europa se está buscando el *Estado del bienestar*. No es extraño que la OMS relacione la salud con la cultura del bienestar.

⁹ B. HARING, *o.c.*, 18

(*welfare, wellbeing*). Pero se trata de una opción cultural que hoy es fuertemente cuestionada¹⁰.

De hecho, el concepto de bienestar es ambiguo y no coincide con la perfección del ser humano. Una persona puede tomar alcohol o droga para sentir *bienestar*, pero, evidentemente, tal comportamiento no es sano; otra puede sentirse bien en medio de una sociedad injusta y opresora, pero esa insensibilidad no es sana. La idea del *bienestar* es pues subjetiva y ha de ser siempre sometida a revisión. Por otra parte, cuando un individuo asume la responsabilidad de vivir de forma humana e integralmente sana, no siempre se siente necesariamente bien. Una vida sana implica, con frecuencia, lucha, conflicto, renuncia, es decir, experiencias que no siempre pueden ser englobadas bajo el concepto ordinario de *bienestar*. La fe cristiana puede ser luz y estímulo precisamente en esa búsqueda de un bienestar de contenido cada vez más humano.

e) *Otros aspectos de la salud*

La definición de la OMS quedaría muy limitada y empobrecida si se olvidara que la salud es una realidad pluridimensional, que puede ser considerada desde otras perspectivas a las que la OMS no alude explícitamente.

Así, la salud es una *experiencia personal* que cada uno la conoce y la vive en sí mismo de forma diversa. Es, además, una experiencia que necesita ser *orientada*, pues nadie goza de salud cumplida si no sabe responder satisfactoriamente a la pregunta: «Salud, ¿para qué?». La salud es, al mismo tiempo, una realidad *frágil y limitada*, que siempre se vive luchando contra obstáculos y resistencias que la pueden deteriorar.

La salud es *don y responsabilidad*. Por una parte, es regalo que se nos hace, pero es también responsabilidad y tarea del ser humano. La salud exige esfuerzo, conversión y ascesis

¹⁰ Así, D. GRACIA, *Salud, ecología, calidad de vida* en el número extra Jano 35 (1988) 133-147

para vivir de manera correcta. No es algo impuesto. Hemos de vivirla desde la libertad. En definitiva, la salud es *liberación* de toda esclavitud y servidumbre que impide al ser humano el desarrollo integral y armonioso de su persona.

Cuando se consideran todos estos aspectos, la salud se nos ofrece como una experiencia humana de la que no puede estar ajena ni la fe cristiana ni la acción evangelizadora.

1.3 *La salud según Diego Gracia*

No son pocos los estudiosos que han intentado precisar de forma metódica en qué consiste la salud humana. Sólo me detendré a considerar algunos estudios que abren el horizonte a una acción sanadora que va más allá de la intervención médico-sanitaria¹¹. Comenzaré por exponer brevemente el planteamiento del profesor de la Universidad Complutense de Madrid, Diego Gracia¹².

a) *Salud y bienestar*

Según el profesor, dentro de «la sociedad del bienestar», el valor ético máximo es el bienestar. Es bueno lo que produce bienestar y malo lo que produce malestar. Al identificar salud y bienestar, la OMS se sitúa en la dirección del hombre moderno que busca el bienestar como valor absoluto. Pero, de hecho, en «la sociedad del bienestar» se tiende a buscar un crecimiento del bienestar material o un desarrollo cuantitativo, y, sólo más tarde, un desarrollo cualitativo o una calidad de vida humana. Según el profesor, este concepto de salud como bienestar ha de ser superado.

¹¹ No estudio el trabajo de P. LAIN ENTRALGO que aporta diferentes criterios objetivos y subjetivos para definir en qué consiste la salud. Ver su estudio «*Que es la salud?*» en el número extra de *Jano* 35 (1988) 123-126.

¹² Ver D. GRACIA, *a.c.* 133-147.

b) *Salud y ecología*

El hombre va comprobando que un desarrollo incontrolado acaba produciendo malestar en lugar de bienestar, enfermedad en vez de salud. Por eso, a finales del siglo veinte, parece necesario situar la salud en un horizonte de base ecológica y no sólo en el marco del bienestar. Una búsqueda descontrolada de salud, que lo cifre todo en el bienestar, acaba conduciendo a la destrucción del cosmos, a la enfermedad total, a la muerte de la humanidad.

c) *La salud como cultura del cuerpo*

Diego Gracia busca, pues, una definición de corte ecológico. Según él, la salud es «capacidad de posesión y apropiación del cuerpo». Sano está no quien mayor bienestar siente, sino quien más capaz es de apropiarse y cultivar su cuerpo. Cuanto mayor sea esta capacidad de apropiación, de más salud se gozará, y cuanto más desposeído y expropiado de su cuerpo viva el individuo, mayor será su enfermedad; el culmen de la desposesión es, naturalmente, la muerte.

Sanidad es, por tanto, la cultura del cuerpo humano. Buena sanidad es buena cultura del cuerpo y mala sanidad es mala cultura del cuerpo. La salud no es, pues, ni bienestar ni ausencia de dolor, sino posesión y apropiación del cuerpo. Hemos de señalar que, cuando Diego Gracia habla del cuerpo, lo hace como «objetivación y plasmación» de todo el ser humano. La salud no es, por tanto, un puro proceso fisiológico sino un hecho cultural que abarca el despliegue sano de todo el ser humano.

d) *La salud como tarea moral*

Por eso, el profesor recuerda que apropiarse del cuerpo es ponerlo al servicio de la vida y de la libertad de la persona. No se ha de olvidar que el cuerpo puede ser principio de libertad, pero también principio de esclavitud. Puede ayudar

a vivir en libertad, pero puede también hacer del individuo un esclavo.

La apropiación sana del cuerpo exige, por ello, información sanitaria correcta y educación adecuada. Pero Diego Gracia insiste también en la educación en valores. No hay cultura sin un sistema de valores. Hay realidades y comportamientos que ayudan al ser humano a vivir su vida de manera libre, gozosa y plena, y por eso son buenas; hay, por el contrario, cosas que impiden vivir de modo libre, gozoso y acertado, y por eso son malas.

Cuidar la salud del cuerpo, alimentarlo correctamente y vivirlo de forma sana en todas sus dimensiones no es sólo un arte, es también una tarea moral. La cultura de la salud es tanto o más que una tarea física, un quehacer moral pues se trata de apropiarse del cuerpo al servicio de la vida y de la libertad. A nadie se le escapa la importancia de este planteamiento para intuir el alcance que puede tener un comportamiento moral inspirado en el evangelio.

1.4. *La salud según el X Congreso de médicos y biólogos catalanes*

Ha adquirido una importancia notoria la concepción de salud establecida por este grupo de expertos de habla catalana reunidos hace unos años en Perpignan. Después de criticar diversos aspectos de la definición de la OMS, avanzan hacia un concepto de salud entendida como «una cualidad de la vida o una manera de vivir»¹³.

La salud es una cualidad de vida que puede estar más o menos presente, tanto en un enfermo como en un no-enfermo. Por lo tanto, se puede estar enfermo de forma sana, por ejemplo, cuando el organismo y la persona están actuando bien contra la causa de la enfermedad, y se puede estar enfermo de manera insana, por ejemplo, cuando el enfermo no está luchando bien contra el agente morboso.

De la misma forma, se ha de decir que una persona no-

¹³ J. GOL GURINA, *a.c.*, 36.

enferma puede ser sana o insana según esté desarrollando o no su vida de manera humana. Si una persona vive sin objetivos, sin proyecto vital alguno o sin dar sentido a su existencia, «si no está enfermo, tampoco está sano»; tiene una forma insana de no estar enfermo. Por el contrario, una persona atrapada por una enfermedad incurable, pero que, desde su situación precaria y penosa, se realiza humanamente asumiendo su enfermedad con dignidad, dando testimonio de solidaridad, amando fraternal y amistosamente, este hombre está enfermo pero de forma sana.

Los expertos catalanes se esfuerzan por definir esta salud entendida como «una cualidad de vida» atendiendo a tres parámetros.

a) *La autonomía*

Una forma de vivir es sana en la medida en que es autónoma, es decir, en la medida en que la persona es dueña de sí misma y no vive sometida a servidumbres que le impidan orientar y desarrollar libremente sus capacidades y posibilidades. Esta autonomía se puede ir logrando mediante la curación de enfermedades que la impiden, o por la autorrealización personal en campos no vedados o impedidos por una enfermedad previa.

b) *La solidaridad*

Una autonomía sana no ha de ser entendida nunca como independencia, aislamiento o ruptura con los demás. El ser humano es social y sólo se realiza auténticamente en comunidad. Por eso, una forma de vivir es sana en la medida en que conduce a la persona a autorrealizarse en la solidaridad.

c) *El «estar gozoso»*

El concepto de bienestar, cargado de ambigüedad, ha de ser sustituido por el de «bien-ser», que, según este Congreso, es una satisfacción más profunda, y se produce cuando la persona está en buena relación con la realidad. Por una parte, con la realidad interior, es decir, con la imagen de sí mismo, el sentido de la vida, la reconciliación con el pasado, su actitud ante el futuro, la frustración o realización propia. Por otra parte, con la realidad exterior, es decir, con la sociedad, el cosmos, los otros, los acontecimientos. Esta relación positiva es calificada por los expertos catalanes como un «estar gozoso», y puede darse en una situación de bienestar, si la realidad es amiga, o en una situación de malestar, cuando la realidad es adversa.

Salud, por tanto, es «aquella manera de vivir que es autónoma, que es solidaria y que es gozosa»¹⁴. Esta definición de salud no deja de ser utópica, como casi todas, pero permite buscarla y cultivarla, tanto en la enfermedad como en su ausencia.

Hemos hecho un recorrido un poco largo pero, probablemente, era necesario para tomar conciencia de la complejidad que encierra el campo de la salud y para entrever las posibilidades de la fe para vivir con sentido, orientación ética y esperanza esta experiencia básica del ser humano.

2. ¿Qué es la enfermedad?

Tampoco es fácil precisar en qué consiste la enfermedad y cuándo se puede decir que una persona está enferma. Naturalmente, existe una literatura inmensa sobre esta realidad considerada desde una perspectiva médica, psicológica, sociológica o económica. A nosotros nos interesa reflexionar sobre el hecho mismo del *enfermar* para ahondar en esta experiencia humana donde la fe puede representar un papel importante.

¹⁴ Ib, 39

2.1. *Primera aproximación*

De manera sencilla, podemos comenzar diciendo que las enfermedades son esas alteraciones del organismo humano que aparecen calificadas como tales en los libros de medicina. Constantemente, la ciencia médica va descubriendo y delimitando nuevas enfermedades humanas.

A veces se trata de malformaciones o deformaciones de la estructura anatómica, o bien de taras genéticas. Otras veces, se producen agresiones al organismo por parte de microbios, bacterias, parásitos, sustancias químicas, cuerpos extraños y toda clase de agentes patógenos. Con frecuencia, se originan alteraciones en el funcionamiento orgánico (circulación, respiración, sistema nervioso...), o se producen disfunciones en el psiquismo de la persona.

Son diversos los factores que pueden provocar la enfermedad. A veces, son de origen externo (virus, microbios, intoxicación), otras veces, provienen del mal funcionamiento del mismo organismo. Más de una vez, tienen su origen en zonas más profundas de la persona (tensiones, conflictos, desorden interior...). Pueden ser factores de naturaleza personal, ambiental o social. Pueden ser causas de orden físico, emocional, mental o espiritual.

Las personas viven, de ordinario, la aparición de la enfermedad con sorpresa. Les resulta algo inesperado, irracional e injusto. Pero, como es obvio, las enfermedades tienen siempre su causa que, por lo general, no se debe a un solo factor. La enfermedad se va gestando casi siempre en un contexto en el que convergen factores de orden físico y psíquico, de naturaleza individual y social. Incluso cuando se detecta una enfermedad producida por un agente externo, hay que tener en cuenta la capacidad de defensa de aquella persona, su tono vital, su estado anímico y otros factores ambientales.

Me parece importante destacar la doble tendencia que se observa hoy entre los expertos a considerar la enfermedad de forma más integral y holística, y también de modo más positivo

La enfermedad no es simplemente algo desagradable que me sucede desde fuera, un ataque que recibo desde el exterior. La enfermedad soy yo mismo que, por la razón que sea, no puedo actuar y realizarme en armonía y plenitud. La vida de la persona es un proceso dinámico que queda alterado, interrumpido o bloqueado por la enfermedad. «La perspectiva holística reconoce que la vida del individuo es un proceso de despliegue continuo, y la enfermedad la interrupción de este flujo»¹⁵. Una desarmonía en la vida se reflejará sintomáticamente en el cuerpo produciendo alguna forma de enfermedad o *in firmitas*.

De hecho, se va constatando cada vez con más datos que gran parte de las llamadas «enfermedades modernas» son psicósomáticas en su origen, o tienen una dimensión psicósomática. Enfermedades cardiovasculares, angiopatías cerebrales, cierto tipo de cáncer, algunas disfunciones del sistema nervioso, circulatorio o digestivo están estrechamente relacionadas con la angustia, el estrés, la tensión o los conflictos y contradicciones de la vida moderna. Según B. Haring: «si echamos una mirada a las diez causas de muerte más frecuentes, veremos que todas ellas apuntan a un estado en el que los factores psíquicos juegan un papel importante junto con el estilo de vida insano»¹⁶.

Este dato es de gran importancia, pues unas enfermedades tan vinculadas a la realidad psicósomática de la persona están pidiendo una sanación de tipo psicósomático, que tenga en cuenta no sólo la vertiente corporal del enfermo, sino

¹⁵ S. SPINSANTI, *o.c.* 31-32. El autor cita como un indicador de esta visión holística de la enfermedad el estudio AA.VV., *The holistic Health Handbook. A tool for attaining wholeness of body, mind and spirit*. Berkeley 1979.

¹⁶ B. HARING, *o.c.* 14.

también otras dimensiones del ser humano. Es ahí donde se ha de situar la aportación sanadora de la fe, en alianza y colaboración con las diversas ciencias médicas.

Por otra parte, es cada vez más clara la tendencia a considerar los aspectos positivos de la enfermedad y no sólo su lado negativo y dañoso. La enfermedad no es sólo «un enemigo» de la persona¹⁷. Puede ser también expresión de la sabiduría del cuerpo que reacciona y pone en marcha un complejo sistema de alarma para que la persona reoriente su vida de forma más sana. «La enfermedad es entonces un mensaje, una especie de *feed-back* del proceso de la vida que nos informa de que algo turba la armonía y nos urge a actuar de forma más consciente, a tomar parte más activa en el desarrollo de nuestro bienestar y a asumir la responsabilidad de la propia vida»¹⁸.

Muchas enfermedades somáticas son, de hecho, un intento de autocuración psíquica. Así lo expresa D. Beck: «Las enfermedades somáticas representan con frecuencia la tentativa de compensar una herida psíquica, de reparar una pérdida íntima o de resolver un conflicto inconsciente. La enfermedad del cuerpo es muchas veces un intento de autocuración psíquica»¹⁹.

2.3. *La enfermedad como experiencia humana*

El ser humano vive la enfermedad desde su propia condición humana. La enfermedad no es sólo una alteración o disfunción del organismo, como en los animales, sino que tiene una resonancia en toda su personalidad. El enfermo se relaciona estrechamente con su enfermedad, convive con ella, la siente, la analiza, percibe sus consecuencias.

La actitud del enfermo frente a su mal es original y propia de cada uno, y depende de múltiples factores. «La vi-

¹⁷ Véase el significativo estudio S SPINSANTI (dir), *La malattia, follia e saggezza del corpo*, Cittadella, Asís 1988

¹⁸ S SPINSANTI, *L'alleanza terapeutica Le dimensioni della salute*, 32

¹⁹ Citado por S SPINSANTI, *L'alleanza terapeutica Le dimensioni della salute*, 18

vencia de la enfermedad es ciertamente diversa en cada individuo, pues depende de una serie de factores: gravedad, tipología y modalidad de la aparición de la enfermedad misma; el momento en que se verifica; la personalidad del paciente; su edad y sus experiencias precedentes en este campo; la capacidad de la familia y del ambiente sanitario de responder a sus exigencias»²⁰. Hay todavía otro factor a tener en cuenta, y que puede ser de gran importancia: el significado que la enfermedad puede tener para la persona. De hecho, cada enfermo percibe su mal a su manera y le atribuye un significado propio. A pesar de todo, siempre es posible considerar algunas vivencias bastante comunes en las personas cuando se enfrentan a una enfermedad grave²¹.

a) *La ruptura de la seguridad*

La enfermedad significa siempre ruptura de las seguridades. Estamos tan habituados a vivir que la salud nos parece lo más normal. Pensamos que disponemos de energías para siempre. Cuando llega la enfermedad, casi siempre produce sorpresa. De pronto, el individuo se ve obligado a detenerse, abandonar su trabajo, permanecer en cama, sufrir, acogerse a los servicios sanitarios del centro hospitalario.

La enfermedad se presenta así como algo absurdo que, de pronto, ataca al individuo de forma irracional e injusta, echando por tierra todos sus proyectos. La enfermedad es «el triunfo de la precariedad»²², que nos revela nuestra condición humana, siempre frágil y contingente, de seres llamados a desaparecer un día de esta tierra.

²⁰ L. SANCRIN-A. BRUSCO-G. POLICANTE, *Comprender y ayudar al enfermo. Elementos de psicología, sociología y relación de ayuda*, San Pablo, Madrid 1992, 30

²¹ En este apartado seguimos de cerca el estudio de G. COLOMBERO, *Dopo la malattia la vita o la morte?*, en S. SPINSANTI (dir.), *La malattia, follia e sagesza del corpo*, 57-74

²² G. COLOMBERO, *o.c.*, 60

b) *Fuente de interrogantes*

La enfermedad es fuente de graves interrogantes. En el interior del enfermo brotan todo tipo de cuestiones: ¿Por qué me sucede esto? ¿A qué se puede deber? ¿Me curaré? ¿En qué terminará todo? ¿Acertarán a devolverme la salud? ¿Podré de nuevo hacer mi vida de siempre? ¿Qué será de mí, de mi familia, de mi trabajo?

Son preguntas radicales que sacuden a la persona misma porque se refieren, no a sus cosas, sino a su ser, su identidad, su proyecto de vida. Preguntas que se hacen todavía más graves y existenciales, cuando el enfermo se pregunta: ¿Esto ha sido todo? ¿Y ahora tengo que morir? ¿Para qué he vivido? ¿Qué sentido tiene todo? ¿Qué va a suceder en mi muerte?

c) *Estado de atención y alerta*

El enfermo grave se va haciendo, por lo general, un ser atento, observador penetrante de todo y de todos. El enfermo mira, escucha, recuerda, capta los gestos y detalles, las palabras y los silencios, las miradas, todo lo que sucede en su entorno. Trata de desvelar la verdad de lo que le sucede.

De ordinario, la enfermedad tiende a agudizar la capacidad de intuición y de reflexión de la persona. El enfermo interioriza las cosas. La inactividad, la soledad, las largas horas de silencio y dolor lo inducen a entrar en su interior. «El que sufre es siempre una persona que piensa»²³. Con frecuencia, lo que el enfermo grave dice es algo pensado y que hace pensar. Son los que lo rodean quienes introducen un clima más superficial y ligero.

²³ Ib, 63.

d) *Experiencia de recogimiento*

La enfermedad conduce a la persona al recogimiento y a la interioridad. El enfermo grave, por lo general, habla poco. Vive en silencio, consigo mismo «El enfermo es un hombre recogido, nadie le está tan cercano y próximo como él mismo»²⁴. La enfermedad lo lleva a recoger en su interior recuerdos, afectos, éxitos y fracasos, gozos y sufrimientos, errores y pecados. El enfermo es una persona que recuerda y revive. En el silencio se encuentra consigo mismo y con su pequeña historia. La enfermedad lo lleva a realizar una especie de síntesis de su vida. Comienza a apropiarse de su existencia de una forma nueva y más profunda. Ahora vive de un modo diferente su relación consigo mismo, con los otros y con el entorno.

Este silencio recogido del enfermo puede ser el silencio de una persona derrotada, impotente ante el mal, aniquilada por la enfermedad. Pero puede ser también un silencio creativo donde, con la ayuda tal vez de otros, se puede ir gestando la renovación de la persona.

e) *Revelación de lo esencial*

La enfermedad es para muchos una experiencia que permite descubrir mejor lo esencial de la vida. Caen muchas ilusiones erróneas, se desvela la falsedad de no pocas actitudes y comportamientos, para dar paso a lo esencial, lo que parece indispensable para que la vida sea acertada. El enfermo capta con claridad especial lo que no quisiera perder nunca: el amor de las personas, la libertad, la salud, la amistad, la paz, la esperanza.

La enfermedad ayuda a abrir los ojos para ver mejor lo esencial. El enfermo grave capta como nadie lo que merece la pena y lo que es secundario. Crece así en él una sabiduría muy particular para intuir lo esencial de la existencia.

²⁴ Ib, 64

f) *Interpelación a la persona*

La enfermedad grave despoja a la persona de máscaras e ilusiones, y la interpela profundamente. Desde lo más profundo de su ser, el enfermo se siente llamado a adoptar una postura ante su enfermedad y ante el futuro.

Esta interpelación es absolutamente personal. Al enfermo se le pide algo que sólo él puede hacer. Es en estas situaciones límite cuando más solo está el ser humano. Nadie puede sustituir al enfermo. Podrá tener junto a sí a personas muy queridas que le ayudan, pero que no pueden actuar en su lugar. Es el enfermo el que sufre en su propia carne, el que tiene miedo, el que, tal vez, vislumbra ya la posibilidad de una muerte próxima. Ha llegado para él la hora de la verdad. La enfermedad le obliga a redefinir de modo nuevo su existencia.

Todas estas consideraciones nos permiten vislumbrar la importancia de esta experiencia del «enfermar». La enfermedad puede destruir a la persona, pero puede también ser una experiencia de crecimiento personal. La fe cristiana está llamada a ser estímulo, consuelo, esperanza que ayude al enfermo a vivir su enfermedad como lugar de renovación y crecimiento humano y cristiano.

3. El carácter patógeno de la sociedad

Una de las contradicciones de la cultura contemporánea es que, al mismo tiempo que se exalta la salud física y psicológica, y se realizan toda clase de esfuerzos para prevenir y combatir enfermedades, se promueve un estilo de vida y de sociedad donde no es fácil vivir de forma sana.

Ya S. Freud, en su obra *Malestar en la cultura*, consideró la posibilidad de que una sociedad puede estar enferma en su conjunto, y puede padecer formas de neurosis colectivas de las que, tal vez, muchos individuos no son conscientes. Puede incluso suceder que en tal sociedad se considere «enfermos» precisamente a las personas más sanas. Como hemos visto más arriba, el concepto de salud es relativo y

complejo, pero, en cualquier caso, se puede decir que una sociedad es sana en la medida en que responde a las verdaderas necesidades de las personas y favorece su desarrollo como seres humanos. Cuando, por el contrario, las conduce a la alienación, la fragmentación, la cosificación, la disolución de su identidad o su destrucción física y psíquica, se puede afirmar que esta sociedad es, en esa misma medida, fuente de enfermedad.

Voy a apuntar algunos aspectos patógenos de la sociedad actual, sabiendo que esta descripción en modo alguno es exhaustiva, y sin olvidar, por otra parte, que hay muchas realidades de carácter netamente positivo y sanante²⁵.

3.1. *Estilo de vida insano*

De manera general, se puede decir que el estilo de vida que se promueve en la sociedad contemporánea no favorece la salud. Los expertos no dudan en afirmar que «el estilo de vida que hemos elegido y cultivado libremente causa el mayor número de enfermedades»²⁶. Algunos llegan a hablar de neurosis y enfermedades del hombre moderno. Lo cierto es que, entre las principales enfermedades que causan hoy la muerte, se han de enumerar no pocas que tienen su origen en el estilo de vida propio del hombre contemporáneo, tales como enfermedades del corazón, cáncer, angiopatías cerebrales, cirrosis hepáticas y suicidio.

No es difícil enumerar diversos factores que perturban y dañan la salud del hombre actual: la vida agitada, la falta de descanso suficiente, la alimentación excesiva, los desplazamientos constantes, el poco ejercicio físico, la contaminación urbana, etc. Pero, el estilo de vida poco saludable tiene, con frecuencia, raíces más hondas. La carencia de valores,

²⁵ Entre otros trabajos, me inspiré sobre todo en R. AFFEMANN, *Krank an der Gesellschaft*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart 1973 (trad. ital., *Malattia e società*, San Paolo, Ciniello Balsamo 1985), E. FROMM, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, FCE, Madrid 1990¹⁹

²⁶ Así lo afirman E. WINDER-H. C. SULLIVAN (citados por B. HARING, *o c.*, 14)

el vacío interior, la incomunicación, la masificación, el vaciamiento ético, la disolución del hogar, la banalización del sexo, el amplio abanico de drogas, la competitividad implacable, la falta de proyecto personal y otras frustraciones impiden a no pocas personas crecer y desarrollar su vida de manera sana.

3.2. *Patología de la abundancia*

La sociedad actual alimenta la tendencia a vivir en la abundancia. Se come y se bebe en exceso. No es por necesidad, ni por demasiado apetito. Los motivos son casi siempre más profundos. Es la tensión en que se vive, la ansiedad, el aburrimiento o el estrés lo que conduce a no pocos a comer y beber de manera poco sobria y equilibrada.

Las consecuencias se dejan notar. La comida excesiva, el alcohol abundante, la vida sedentaria, el tabaquismo tienen repercusiones físicas dañosas y producen obesidad, hipertensión, alteraciones cardiovasculares y otras disfunciones. Pero, además, una vida dominada por el exceso en la mesa o el confort exagerado atrofia el crecimiento humano de la persona, aletarga su vida interior, reduce la creatividad, favorece la regresión.

Esta tendencia a la abundancia excesiva y patológica puede verse favorecida por ciertos hábitos de la vida moderna, pero puede ser también, no pocas veces, una especie de compensación de un cierto vacío interior o de un fracaso en las relaciones interpersonales.

3.3. *La plaga de la depresión*

Son muchas las cuestiones que se debaten hoy en torno a los rasgos y las raíces de este fenómeno de la vida moderna. Pero lo cierto es que se va extendiendo cada vez más un conjunto de síntomas englobados, con más o menos acierto, dentro de este término. Hay personas que caen periódicamente en un estado depresivo, y personas que viven al bor-

de de la depresión, sin estabilidad emocional, mental ni espiritual

De hecho, la vida moderna no favorece el crecimiento de personas interiormente consistentes, sino más bien frágiles e inestables. No son pocos los que se enfrentan a la vida desde una actitud deprimida. Sin apenas interés alguno por nada, con desencanto, sin creatividad, de manera apática, sin un amor positivo a la vida.

Son personas que no pueden desplegar su existencia de forma saludable. No es difícil observar en ellas alteraciones psicosomáticas de diverso orden. Sin estímulos ni razones para vivir, se arrastran día tras día, prisioneras de su depresión, abatimiento y «cansancio total».

3.4 *Vacío existencial*

El vacío existencial es, a juicio de sociólogos y antropólogos, la neurosis más grave y la alienación más profunda del hombre contemporáneo, privado de sentido totalizante para su vida y frustrado en su necesidad más honda como ser humano²⁷. No son pocas las personas que «han perdido el centro» y no saben ya desde dónde vivir. Extrañas a sí mismas, subsisten como un objeto que todavía sigue *funcionando*. Así lo constata E. Fromm: «El hecho es que el hombre no se siente a sí mismo como portador activo de sus propias capacidades y riquezas, sino como una “cosa” empobrecida que depende de poderes exteriores a él»²⁸.

Pero, cuando la persona no encuentra sentido a su vida, se siente como vacía y perdida. La vida no es ya regalo ni estímulo. El individuo deja de vivir como un «yo personal» para reducirse a «un sistema de deseos y satisfacciones» que funciona mejor o peor. La persona vive entonces desde estímulos externos. Las preguntas existenciales se empobrecen: «¿Ya funcionas?», «¿cómo va tu cuerpo?», «¿funciona toda-

²⁷ Cf V. FRANKL *Ante el vacío existencial* Herder, Barcelona 1994⁷ sobre todo 9-38, R. AFFEMANN, *o.c.* 60-64.

²⁸ E. FROMM, *o.c.*, 108.

vía vuestro matrimonio?» Es difícil así, no caer en el aburrimiento y el tedio. La persona que quiere sentirse viva trata de moverse, entretenerse en algo, cambiar, buscar la variedad. Según E. Fromm, «en la sociedad capitalista, el cambiar se ha convertido en un fin en sí mismo»²⁹. Hay que cambiar de piso, de modelo de coche, cambiar de mujer y de imagen, conocer nuevos ambientes, entablar nuevas relaciones.

A pesar de todo, es difícil soportar el vacío interior. Ya C. G. Jung se atrevió a definir la neurosis como «el sufrimiento del alma que no ha encontrado su sentido»³⁰. Este vacío de sentido, vivido con frecuencia de forma latente, es uno de los factores patógenos más importantes hoy. Donde falta sentido, se produce desintegración y fragmentación de la persona, consumo despersonalizado del sexo, evasión hacia las drogas, tendencia hacia la destrucción psíquica y el deterioro corporal.

3.5 *Consumismo deshumanizador*

Se habla mucho del consumismo contemporáneo. Sin duda, es uno de los signos más patentes del carácter enfermizo de la sociedad actual. Hombres y mujeres corren el riesgo de convertir su existencia en una mera satisfacción de necesidades superficiales, ignorando o descuidando las necesidades más hondas y entrañables del ser humano.

El comprar se ha convertido para no pocos en uno de los actos más importantes de su vida. Comprar algo, lo que sea. El individuo empieza entonces a depender cada vez más de las cosas. Hay que estar al día, llevar lo último, poseer el modelo recién salido al mercado. La persona termina viviendo sólo para consumir cosas, vestidos, coches, bebidas, libros, conferencias, revistas, paisajes, televisión, cultura, religión. Todo está ahí para ser consumido. El individuo no sabe ya relacionarse de manera sana con las cosas.

²⁹ Ib, 125

³⁰ Citado por V. FRANKL, *o.c.* 45

La vida se convierte, entonces, en una carrera hacia el placer inmediato. Todo deseo o impulso debe ser satisfecho cuanto antes. En caso contrario, la vida se vacía de significado y la persona cae en la frustración. E. Fromm ha subrayado con fuerza el carácter infantil y regresivo del hombre consumista: «El mundo es un gran objeto para nuestro apetito: una gran manzana, una gran botella, un gran pecho; nosotros somos los lactantes, los eternamente expectantes, los esperanzados y los eternamente desilusionados»³¹. El consumo que podría ser principio de enriquecimiento personal y colectivo se convierte así en factor de vida enfermiza y poco saludable.

3.6. *La distorsión de las relaciones personales*

Se ha dicho que «la gran emancipación sexual, tal como ocurrió después de la I Guerra mundial, fue un intento desesperado por sustituir el sentimiento profundo del amor por un placer sexual recíproco»³². Lo cierto es que son bastantes las personas que no aciertan a desarrollar de manera sana y creativa su capacidad de amar y ser amadas³³. El amor queda reducido a un «negocio» interesado entre dos individuos que se utilizan mutuamente. Lo importante es que el «experimento» funcione bien para el interés de ambos y que éstos puedan defenderse en medio de una sociedad, con frecuencia, inhóspita.

El resultado es, no pocas veces, la soledad. La persona se siente profundamente sola aunque pueda ser acariciada y sentir junto a sí la piel de otras muchas. Cuando las relaciones interpersonales quedan cosificadas y no hay verdadero amor, el individuo queda privado de experiencias fundamentales para el crecimiento sano de la persona: la ternura, el

³¹ E FROMM, *o.c.*, 142 Ver también R. AFFEMANN, *o.c.*, 42-48

³² E FROMM, *o.c.*, 120

³³ Pueden verse los penetrantes análisis del psicoanalista y profesor de psicología clínica, T. ANATRELLA, *El sexo olvidado*, Sal Terrae, Santander 1995, sobre todo, en lo referente a los problemas que plantea el modo actual de vivir la relación sexual y la vivencia del amor en los tiempos del sida

amor gratuito, la entrega confiada, el perdón mutuo, la intimidad enriquecedora

No es un tópico afirmar que no pocas personas están hoy «enfermas» porque no saben lo que es amar y ser amadas. El profesor Leo F Buscaglia acostumbra a decir que bastaría que una persona se sintiera incondicionalmente amada para crecer y desarrollarse de forma sana³⁴. Lo que sí puede afirmarse es que el individuo que no conoce el amor, ignora la energía más decisiva para vivir una vida saludable.

3.7 Violencia y destructividad

No es mi intención analizar aquí el fenómeno de la violencia en la sociedad contemporánea. Sólo señalaré algunas formas de violencia y destructividad gravemente patológicas y malignas³⁵.

Hay un tipo de violencia cuya principal raíz es la *frustración*. Cuando el individuo se ve frustrado en sus necesidades más hondas y se hunde en el desencanto, el vacío interior o el desengaño, se le hace difícil creer en el amor y la justicia, en la sociedad o en el futuro. Mas bien crece en él la rabia, la hostilidad y el odio a la vida.

Lo que se desea demostrar es que la vida es mala, que los hombres son malos, que uno mismo es malo. «El desengaño de la vida conduce al odio a la vida»³⁶. Crece entonces la violencia y la destructividad. Se destruyen ideas y valores, se destrozan cosas, se maltrata a las personas, se agrede a la naturaleza, se destruye uno a sí mismo. Por este camino, el individuo puede llegar al suicidio psíquico e incluso físico. No es difícil observar este proceso de autodestrucción en ciertos casos de alcoholismo, drogadicción y abandono personal.

³⁴ L. F. BUSCAGLIA *Amor. Ser persona*. Plaza y Janes. Barcelona 1984, sobre todo 13-127.

³⁵ Tengo en cuenta los análisis de E. FROMM *El corazón del hombre*. FCE. Madrid 1980⁷, 20-67.

³⁶ E. FROMM *El corazón del hombre*, 27.

Hay también una violencia que es resultado de una vida mutilada, empobrecida, no vivida. Según E. Fromm, esta violencia es «el sustituto patológico de la vida; indica la invalidez y *vaciedad de la vida*»³⁷. El ser humano no puede tolerar el vacío ni la pasividad absoluta. Necesita dejar huella en el mundo y en las personas, hacerse sentir. Por eso, si no puede crear vida, la destruye. Crear vida requiere ciertas cualidades y exige dedicación, trabajo, esfuerzo. Destruir la vida sólo requiere una cosa: usar la fuerza. El individuo sin estímulo ni potencial creador sólo tiene una forma de autoafirmarse y sentirse alguien: destruir, maltratar, hacer daño.

Se puede hablar también de un estado patológico que se detecta en algunos sectores de la sociedad actual y se caracteriza por *el amor a lo muerto*, la necrofilia. Según E. Fromm, se trata de uno de los síntomas más graves del «síndrome de decadencia»³⁸.

Cuando no se vive la vida de manera sana y con sentido, es fácil que aparezca la atracción por lo no vivo. La vida se caracteriza por el crecimiento, pero el individuo comienza a amar lo que no crece, lo mecánico. Fascinan más las máquinas que las personas. Atrae lo que se puede controlar y manipular. Se ama la noche más que la luz del día, la iluminación artificial más que el sol. Se goza de la agitación más que de la experiencia vital. Poco a poco, se pierde el contacto con el mundo vivo, se ahoga el crecimiento interior, se diluye la alegría de vivir. El calor de la vida va siendo sustituido por la frialdad de lo mecánico y la tristeza del funcionamiento. Por desgracia, no es difícil observar en algunos ambientes signos más o menos graves de este clima patológico.

³⁷ Ib, 31. La cursiva es mía.

³⁸ Ib, 36-67.

4. Jesús, portador de salud

Jesús no desarrolla ningún discurso sobre la salud. Pero su actuación curadora arroja mucha luz para entender cómo se ha de colaborar, desde una inspiración evangélica, en la promoción de una nueva cultura de la salud, más atenta a todas las dimensiones del ser humano y más abierta a la salvación definitiva del hombre.

4.1. *La salvación ofrecida como salud*

Puede decirse que Jesucristo es el anuncio y el ofrecimiento de la salvación de Dios bajo forma de salud. Es el primer dato que deseo subrayar pues se observa, por lo general, en los exégetas una tendencia a polarizar su atención en la relación de Jesús con los enfermos, olvidando que la salud es el horizonte, la meta y la inspiración de su actividad mesiánica.

Jesús genera salud tanto en los individuos como en la sociedad. Su presencia e intervención siempre tienen un carácter saludable. Es significativo constatar que, en los relatos evangélicos, faltan por completo los milagros punitivos o de castigo tan frecuentes en el mundo antiguo³⁹. Todos los gestos que Jesús realiza, están orientados a promover vida y salud en el ser humano. Su misma actividad curadora no se reduce a quitar enfermedades, sino que está dirigida a hacer nacer un hombre sano.

Esta salud que Jesús aporta no aparece vinculada a los santuarios, como en el caso de los relatos helénicos⁴⁰. No es resultado de una actividad de carácter técnico-profesional. No se entiende tampoco como una acción mágica. Aunque

³⁹ La maldición de la higuera que queda estéril es un gesto simbólico que no daña a ninguna persona (Mt 21,18-22, Mc 11,20-24). Es significativo que Lucas haya preferido presentarla bajo forma de una parábola sobre la paciencia de Dios (Lc 13,6-9).

⁴⁰ Recuérdese el célebre Asklepeion de Cos o el santuario de Epidauro atendido por sacerdotes médicos. Cf D. MULLER, *Salud, curación*, en L. COENEN-E. BEYREUTHER-H. BIETENHARD, *Diccionario teológico del Nuevo Testamento IV*, Sígueme, Salamanca 1994³, 139.

los evangelistas indican en alguna ocasión la utilización de técnicas curativas (Mc 7,33; 8,23; Jn 9,6.14), lo importante no es el procedimiento utilizado, sino él mismo, la fuerza sanadora que irradia su persona. Jesús sana desde sí mismo, no desde unos remedios curativos. Irradia salud desde lo más profundo de su ser. Su palabra o su gesto de imposición de manos no hacen sino encarnar esa presencia sanante de su persona. Como dice H. Wolff, «la terapia que Jesús pone en marcha es su propia persona»⁴¹. La terapia es él mismo. Los enfermos no buscan aplicarse un remedio indicado por Jesús, sino ponerse en contacto con su persona (Mc 3,10).

Los evangelistas llegan a hablar de «la fuerza sanadora» (*dynamis*) que salía de Jesús y que curaba a todos (Lc 6,19; cf Mc 5,30). Este lenguaje se aproxima a ciertas concepciones helénicas, pero en ningún caso se ha de entender la energía sanadora de Jesús como una fuerza mágica. Su virtud sanadora brota del Espíritu de Dios que lo habita. Si pasa haciendo el bien y curando a todos es porque vive «ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo» (He 10,38; cf Lc 4,14). Por eso, sus manos son «bendición de Dios» (Mt 19,13-15; Mc 10,16) y sus palabras, «espíritu y vida» (Jn 6,63).

Pero no hemos de pensar sólo en las curaciones. Es toda su actividad la que promueve salud auténtica: su condena de los mecanismos inhumanos y destructivos de aquella sociedad; su lucha contra tantos comportamientos patológicos de raíz religiosa; sus esfuerzos por crear una convivencia más solidaria y fraterna; su ofrecimiento del perdón reconciliador de Dios liberando a las gentes de la culpabilidad y la ruptura interior; su ternura hacia los maltratados por la vida y la sociedad; su ayuda para recuperar un corazón más limpio y atento al Espíritu; su llamada a vivir desde una actitud positiva de confianza en el Padre... En realidad, toda su acción mesiánica no es sino poner en marcha un profundo proceso de sanación, tanto individual como social: «El Hijo del Hom-

⁴¹ H. WOLFF, *Gesù psicoterapeuta. L'atteggiamento di Gesù nei confronti degli uomini come modello della moderna psicoterapia*, Queriniana, Brescia 1982, 16.

bre ha venido a buscar y salvar (*sózein*) lo que estaba perdido» (Lc 19,10) Por eso, el cuarto evangelio entiende toda la actividad de Jesús como «*biofilia*», creación de vida «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10)

Es significativo observar que Jesús entiende su acción evangelizadora y su llamada a la conversión como una acción sanadora «No necesitan médico los sanos, sino los que están mal Yo no he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores» (Lc 5,31-32, Mc 2,17, Mt 9,12-13) Al llamar a la conversión, Jesús invita a ponerse en camino hacia una verdadera salud iniciando un proceso de curación que conduce al despliegue y la maduración sana de la persona

Precisamente por esto, las curaciones que Jesús opera, a nivel físico, psicológico o espiritual, no son hechos cerrados en sí mismos, sino que están siempre al servicio del anuncio de la salvación Son, por decirlo de alguna manera, el símbolo más expresivo, la parábola más gráfica de la salvación que Jesús aporta, la experiencia donde mejor se ilumina y condensa el sentido de toda su acción mesiánica La salud que Jesús promueve no es una acción médica más, sino «el reflejo sobre el plano de la persona total, de la *soteria*, es decir, de la vida en su máxima expresión»⁴²

La sanación como experiencia de recuperación de vida, afirmación de la dignidad humana, crecimiento de la confianza, la libertad y el señorío, es un proceso creativo donde se experimenta la victoria frente al mal, y el predominio de la vida sobre la amenaza de la muerte Precisamente por esto, la sanación viene a ser experiencia privilegiada de salvación, lugar de encuentro del hombre que busca, desde sus raíces, la salud plena de todo su ser, y ese Dios que viene hacia él como origen y fundamento de la vida Estudiando las curaciones realizadas por Jesús en sábadu, M Gesteira afirma que este hecho «parece indicar que él concede la primacía a la curación del hombre porque ésta es el objetivo supremo de la voluntad salvífica de Dios, ya que “el sábadu

⁴² S SPINSANTI *L Alleanza terapeutica Le dimensioni della salute* 73-74

se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado”» (Mc 2,27)⁴³.

Así pues, Jesús anuncia y a la vez aporta y realiza «la aproximación curativa de Dios»⁴⁴. El Dios de Jesús es, definitivamente, el Dios del bien y no del mal, el Dios de la creación, de la salud y de la vida, no el Dios de la destrucción, la enfermedad y la muerte. Las curaciones realizadas por Jesús no son «prodigios» ofrecidos en espectáculo para demostrar el poderío de Dios, sino «signos del reinado bondadoso, curativo, salvífico, de Dios en y a través de Jesús»⁴⁵. Por eso, Jesús cura de forma totalmente gratuita. No es un médico a sueldo. Sus curaciones son un don generoso, gratuito, de la presencia salvífica de Dios entre los hombres. Los discípulos deberán hacer lo mismo al prolongar la actuación sanadora de Jesús. Lo que han recibido gratis, lo han de dar gratis (Mt 10,7-8).

No toda salud anuncia y realiza la salvación de Dios. ¿Cómo es la salud que Jesús introduce en la experiencia humana como cauce para la acción salvadora de Dios?⁴⁶.

4.2. *Una salud integral*

La salud que Jesús promueve no consiste sólo en una mejora física. Su acción va más allá de hacer retroceder una enfermedad o eliminar un problema orgánico. Lo que Jesús busca es reconstruir enteramente a la persona, hacer emerger un hombre más sano⁴⁷. La salud que suscita no es fruto de un tratamiento médico dirigido a eliminar una enfermedad, sino que remite a una curación más profunda y total.

⁴³ M GESTEIRA, «*Christus Medicus*» *Jesus ante el problema del mal*, RevEspTeol 51 (1991) 276

⁴⁴ M GESTEIRA, *op. cit.*, 268

⁴⁵ *Ib.*, 277 Ver esta dimensión de los milagros en J A PAGOLA, *Jesús de Nazaret El hombre y su mensaje*, Idatz, San Sebastian 1994, 257-260

⁴⁶ En toda esta reflexión seguiré de cerca mi trabajo *Modelo cristológico de salud Acercamiento a la experiencia de salud en Jesús*, LabHosp 219 (1991) 23-29

⁴⁷ En Jn 7,23, se dice que Jesús cura a un «hombre entero» (*olon ánthropon*)

La salud física va incluida dentro de una acción sanadora más integral⁴⁸ Lo que Jesús promueve es «una vida nueva que acaece primero en la intimidad y la hondura del ser humano y que refluye hacia el exterior»⁴⁹

Jesús busca la salud de la persona, curándola desde sus mismas raíces, desde su centro No sólo la curación corporal, también la curación del mal interior Como iremos viendo, Jesús libera a los enfermos de su soledad y aislamiento interior, les contagia su fe en un Dios amigo de la vida, despierta en ellos la confianza en el Padre, perdona sus pecados

Para Jesús, el perdón del pecado no es simplemente una «no imputación» del pecado, sino una verdadera curación del mal que aflige al ser humano (Mt 9,4-6 y par) Por otra parte, no hemos de olvidar esta perspectiva sanante al considerar la actividad de Jesús urgiendo a todos a la «conversión del corazón» En la mentalidad semita, el corazón es la sede de las decisiones, el lugar donde se decide la orientación de la persona hacia la vida o hacia la muerte Es decisivo sanar el corazón, pues «de dentro del corazón del hombre sale lo malo» (Mc 7,21 y par)

Lo que Jesús pone en marcha en la persona es un proceso curativo que afecta al hombre hasta lo más profundo de su ser Lo que desencadena es la curación de un «mal humano» profundo y no sólo de unos «males» que le llegan al hombre desde fuera De aquí que, como afirma M Gesteira, esta curación «no sea una mera metáfora o una imagen, entre otras, de lo que es la salvación, sino la mejor expresión de ésta La salvación es liberación y superación del mal, pero no por mera negación, sino por la presencia y la donación gratuita de un bien superior que vence y sobrepuja al mal»⁵⁰ La salvación es donación de vida y vida abundante (Jn 10,10)

⁴⁸ Es significativo en este sentido el uso indistinto que Lucas hace del término *sozein* que significa al mismo tiempo «curar» y «salvar» (7,50 17 19 19 10)

⁴⁹ M GESTEIRA *a c* 268

⁵⁰ *Ib*, 290

4.3. *Salud liberadora*

Jesús entiende la salud como liberación. Sanar es liberar la vida encadenada por el mal. Desbloquear lo que impide el despliegue sano de la persona. Así dice a la mujer «atada por Satanás» durante dieciocho años: «Mujer, quedas libre de tu enfermedad» (Lc 13,12). La verdadera curación conduce al individuo a una apropiación más plena de su cuerpo y a un señorío más profundo de su propia existencia. Esto es lo que subraya Marcos al narrar las expulsiones de demonios realizadas por Jesús (Mc 1,23-28; 5,1-20; 9,17-29).

Jesús promueve la salud como integración de la persona. Curar es liberar de la fragmentación, de la división interior. Jesús lucha contra «lo diabólico» (*diábolos*: el que separa). Hace crecer a la persona hacia la armonía, la unificación, la reconciliación con el propio ser y con la vida. El relato más significativo es la curación del poseído de Gerasa (Mc 5,1-20), que «corría por los montes» en un estado de soledad total, «vivía en los sepulcros» excluido del mundo de los vivos, «atado con grillos y cadenas» sin poder desarrollar su vida libremente, «lanzando alaridos» en su incapacidad de comunicarse con los demás, «hiriéndose con piedras», víctima de su propia violencia. Jesús lo arranca de la soledad, lo libera de su esclavitud, lo saca del aislamiento y la incomunicación, lo sana de su propia autodestrucción, lo devuelve de nuevo a la vida: «vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido compasión de ti» (Mc 5,19).

Jesús pone así *shalom* en la vida de las personas, es decir, paz, bendición, armonía, reconciliación, confianza ante la existencia. *Shalom* implica en la mente hebrea «la paz» como conjunto de todos los bienes deseables para el hombre. Por eso, Lucas presenta a Jesús curando a la hemorroisa y perdonando a la pecadora con las mismas palabras. «Tu fe te ha salvado. Vete en paz» (7,50; 8,48). Lo que Jesús introduce en la vida del ser humano es liberación de la culpa, del miedo, de la ansiedad ante el futuro.

Desde esta perspectiva curadora hemos de entender el perdón que Jesús concede a los pecadores. La persona reco-

bra salud reconciliándose con Dios, fundamento de su ser, y reconciliándose consigo misma, con los demás y con la vida⁵¹.

4.4. *Salud responsable*

Para Jesús, sería equivocado atribuir todo deterioro de la salud a la responsabilidad culpable de la persona, como si la enfermedad estuviera siempre vinculada a un desorden moral. No existe necesariamente una conexión entre la enfermedad y el pecado. Ante la ceguera de nacimiento de un hombre, atribuida por sus discípulos a algún pecado, Jesús afirma: «Ni este pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios» (Jn 9,3). Este mundo oscuro de la enfermedad y del dolor humano no es signo de castigo y maldición; al contrario, puede ser campo adecuado para que se vaya manifestando el reino de Dios. Por eso, sería injusto exasperar el sentimiento de culpa del enfermo encerrándolo en su propio pecado.

Pero sería también una postura equivocada eliminar de raíz la responsabilidad de cada uno ante su propio deterioro. Jesús no deja el asunto de la salud en manos del fatalismo, ni considera la enfermedad como un mal inexorable. Más bien contempla a la persona como responsable de su salud. A veces se olvida que no hay nunca en Jesús una llamada a la resignación ante la enfermedad, sino un esfuerzo por ayudar al enfermo a reaccionar y dar el paso hacia una vida más sana y más liberada del mal. «¿Tú quieres curarte?» (Jn 5,6). No basta que el enfermo pida ser curado por otros. Es necesario que él mismo quiera la curación. Jesús le invita a adoptar una actitud positiva. Llama la atención que Jesús, por lo general, no se atribuya a sí mismo las curaciones, sino que diga al enfermo «Tu fe te ha salvado» (Mc 10,52; Mt 9,22; Lc 5,34).

Lo que Jesús hace es poner en marcha el potencial sanador

⁵¹ Es significativo que en la parábola del hijo pródigo se diga que el hijo reconciliado con el padre y vuelto a la casa paterna es recuperado «sano» (Lc 15,27).

que hay en el propio enfermo. Mostrándole el rostro de un Dios que es amor, perdón y acogida, despertando en él la fe y la confianza en su Padre salvador, Jesús invita al enfermo a entrar por un camino de vida más sana y más humana. «Mira, has quedado sano. En adelante, no peques más» (Jn 5,14). El enfermo tiene que recorrer ahora su propio camino de autosanación. El nuevo dinamismo que la actuación curativa de Jesús despierta en él lo pone a caminar hacia la salud total. «Vete en paz» (Lc 8,48).

Esa salud que Jesús opera en el ser humano, transforma en adelante su vida. Implica un modo nuevo de vivir, una cualidad nueva en la actitud ante Dios y ante la existencia, una verdadera conversión. Los relatos de curaciones trabajados por los evangelistas con una intención catequética lo muestran con diversos recursos. La curación de Bartimeo (Mc 10,46-52) es un ejemplo preclaro. Al comienzo del episodio, el enfermo aparece descrito con tres rasgos: es un *ciego* incapaz de ver a Jesús, está *sentado*, en oposición a los discípulos que siguen al Maestro, se halla *junto al camino*, fuera de la trayectoria que sigue Jesús hacia Jerusalén. Después del encuentro curador con el Señor, el evangelista describe así la transformación operada: «recobró la vista y le seguía por el camino» (Mc 10,52). Así pues, el curado descubre a Cristo con luz nueva, se convierte en su seguidor, y se adentra en el camino que lleva el mismo Jesús hacia la muerte y resurrección⁵².

4.5 *Salud no idolatrada*

No hay en el evangelio nada que sugiera un culto al cuerpo joven, sano, vigoroso y bello. La salud que Jesús promueve no es un absoluto al que se ha de subordinar todo. También aquí puede decirse que no es el hombre para la salud, sino

⁵² Otras veces, esta transformación es apuntada de manera más discreta, como en la curación de la suegra de Simón que curada por Jesús, «se levanta y se pone a servir» (Lc 4,39). La doble terminología empleada por el evangelista (*anistemi* resucitar y *diaconeo* servir) sugiere la actitud de la persona que, *resucitada* por Cristo, vive en el *servicio* a los hermanos.

la salud para el hombre. No hemos de vivir para cuidar nuestra salud, sino cuidar la salud para vivir como seres humanos. Jesús busca siempre la salud como fuerza que nos permite ser verdaderos hijos de Dios. Por eso, no se trata de cultivar la salud o cuidar nuestra vida a cualquier precio, a costa de quien sea, actuando incluso de manera inhumana o arriesgando la salvación definitiva; «No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar la vida; temed si acaso al que puede acabar con vida y cuerpo en la gehena» (Mt 10,28).

El bienestar físico no tiene, por tanto, la última palabra. Es bueno preguntarse qué vamos a comer, qué vamos a beber o con qué nos vamos a vestir, pero es necesario no olvidar que «lo primero es buscar el reino de Dios y su justicia» (Mt 6,31-33). En su búsqueda de salud verdadera, el ser humano sigue siendo responsable ante Dios y ante los demás de lo que hace con su vida: responsable de promover el reino de Dios y su justicia.

Por eso, hay una manera sana de perder vida y salud ganándolas para siempre, y es ponerla al servicio del evangelio. Esta es la promesa de Jesús: «Quien pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará» (Mc 8,35 y par.). Él es el primero en hacerlo: «Yo doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita. Yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo» (Jn 10,17-18). Según el evangelista, estas palabras provocan entre los oyentes el escándalo («tiene un demonio y está loco»). La pregunta es obvia: ¿es sano un hombre que pierde su vida entregándola a la cruz? ¿Es sano el crucificado?

Hemos visto más arriba por qué asume Jesús la crucifixión y cuál es su actitud ante el sufrimiento⁵³. Si los cristianos seguimos anunciando que la salvación del hombre acontece en la *salud crucificada* de Jesús es porque ahí se manifiesta y encarna el amor infinito de Dios al ser humano. Esa cruz sigue siendo hoy «escándalo y necedad» para la mayoría de los modelos vigentes de salud. Pero, para el creyente, es el criterio último de todo modelo de salud que

⁵³ Cf el apartado 2 del capítulo 2 (pp. 47-62).

se quiera cristiano. Esta «salud crucificada por amor» es el juez más implacable y el libertador más radical de cualquier salud deshumanizada por el egoísmo, la insolidaridad, el miedo o el deseo de bienestar a cualquier precio. En ella se descubre que «la necesidad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres» (1Cor 1,25)

4.6 *Salud ofrecida a los más débiles*

La enfermedad no respeta a nadie. Ricos y pobres se ven afectados por el mal. Aunque Jesús no niega su acción sanadora a personas acomodadas como el centurión de Cafarnaún o Jairo, el jefe de aquella sinagoga, los evangelistas subrayan que se acerca preferentemente a los más desvalidos y sin recursos, personas que no tienen a nadie que se ocupe de ellas (Jn 5,7), enfermos que experimentan su mal como algo insoluble⁵⁴

De hecho, Jesús aparece ofreciendo salud a los más débiles e indefensos, los excluidos de la convivencia social por su alto riesgo (leprosos, enfermos mentales), los enfermos marginados de la comunidad cultural y del contacto «oficial» con Dios (impuros), los que ni siquiera son dueños de sí mismos. Es significativo que los sinópticos no empleen el verbo *therapeuo* en su sentido original que es «servir a alguien más poderoso». En los evangelios este término significa exclusivamente *curar* y se emplea para expresar la acción sanadora de Jesús a los más pobres⁵⁵. La sanación que Jesús opera no es un servicio terapéutico en favor de los poderosos, sino amor entrañable a los últimos.

No hemos de olvidar que en el núcleo de la acción curadora de Jesús e inspirando toda su actividad está siempre el amor al desvalido. Los evangelistas emplean el verbo *splanchnsúzomai* para expresar que Jesús actúa porque «se le

⁵⁴ Para un estudio más detallado, puede verse J. A. PAGOLA *Jesús y los enfermos desasistidos y necesitados*. LabHosp 208 (1988) 135-138.

⁵⁵ D. MULLER, *o.c.*, 136-137.

conmueven las entrañas» ante el sufrimiento de las gentes (Mc 1,41; Mt 20,34; Lc 7,13, etc). La salud que Jesús suscita, se promueve desde el amor y a través del amor. Viene impulsada por la compasión, es decir, por una preocupación real por el mal del ser humano y por un deseo eficaz de liberarlo de él. Sin esa compasión puede haber técnica curadora o remedio terapéutico, pero no se produce esa relación sanadora que Jesús establece con las personas.

Este amor sanador está hecho de cercanía, solicitud, estima de la dignidad del enfermo, respeto a su capacidad de sanación. Se puede decir que, cuando Jesús se detiene ante los enfermos para imponer sus manos, despertar en ellos la fe, perdonar el pecado y curar su mal, les está mostrando, antes que nada, que son dignos de amor. Más aún. Les está haciendo palpable la cercanía misericordiosa de Dios. Sus gestos de curación encarnan y hacen realidad el amor del Padre hacia estos seres pequeños y desvalidos. Esas gentes marginadas por el mal, «le han reconocido como la mano amorosa del Padre, extendida hacia ellos» (M. Legido). Con su actuación curadora, Jesús es signo de que Dios no los abandona. La salud que promueve beneficia al débil. Los signos que realiza «le anuncian la llegada de un mundo nuevo, sano, fraterno, cerrado a la destrucción y abierto a la plenitud»⁵⁶.

4.7. *Salud individual y social*

Jesús se preocupa de la salud de los individuos, pero no olvida la salud de la comunidad humana. La salud que promueve no es sólo un asunto individual sino social, pues trata de hacer nacer un *hombre nuevo* en todas sus dimensiones.

No hemos de olvidar que Jesús está creando salud social cuando defiende una convivencia fundamentada en la verdad y desde la verdad (Lc 6,41-42; Mt 5,37), o cuando busca unas relaciones sociales donde el amor tenga la última

⁵⁶ M. FRAJO, *Jesús y los marginados Utopía y esperanza cristiana*, Cristiandad, Madrid 1985, 79

palabra (Jn 13,35, 15,13) y unifique el comportamiento de las gentes (Mt 22,36-40) Jesús trabaja por una sociedad más sana cuando invita a una vida liberada de la esclavitud del dinero (Mt 6,24) y la obsesión por las cosas (Mt 6,21), o cuando se esfuerza por crear una mayor fraternidad entre hombres que se respeten más (Mt 5,21-26), se comprendan mejor (Mt 7,15) y se perdonen sin condiciones (Mt 18,21-22) Lucha por una mejor salud social cuando denuncia el estado esquizofrénico de una sociedad dividida donde los ricos comen y ríen contentos, mientras, junto a ellos, hay pobres y hambrientos que siguen llorando (Lc 6,21-26), o cuando condena una vida religiosa y moral reducida a legalismo y culto vacío, y olvidada de la justicia y el amor (Lc 11,40-42, Mt 23,23-24)

La tradición cristiana ha visto casi siempre estas exigencias del evangelio como una llamada a ajustar la vida a la moral revelada, pero no ha sabido siempre subrayar su aspecto terapéutico. Se olvida que la «historia de salvación» es un proceso de curación de la humanidad, tanto a nivel personal como colectivo, y que acoger la palabra y el espíritu de Jesús es poner en marcha un dinamismo curativo que va sanando al hombre hasta lo más profundo de su ser. Seguir a Jesús, el Enviado de Dios, es cultivar el estilo de vida que mejor conduce al ser humano hacia su realización sana⁵⁷

4 8 *Salud abierta a la salvación*

La salud humana, vinculada siempre al cuerpo, es limitada y vulnerable, expuesta al sufrimiento, amenazada por la enfermedad, el desgaste y el envejecimiento, destinada a la muerte. Por eso, tarde o temprano, brota en el corazón humano la pregunta ineludible: ¿qué va a ser de todos y de cada uno de nosotros? ¿Qué va a ser de esa salud cuidada con tantos desvelos? Tal como la experimentamos en nuestra actual condición, la salud necesita ser salvada si ha de responder al anhelo de vida plena que habita al ser humano.

⁵⁷ M. GESTEIRA, *ac*, 289-290

En esto consiste precisamente la obra redentora de Cristo en afirmar nuestra vida, restituirla a su verdadera dignidad, curarla del mal y desplegarla hacia su plenitud total en Dios. La acción curativa de Jesús apela a un futuro en plenitud que sólo se dará en Dios, creador y resucitador de la vida. El cuarto evangelio desarrolla esta teología de Jesucristo como portador de vida y vida eterna. Él es «el pan de la vida» (6,35-48), «la resurrección y la vida» (11,25), «el camino, la verdad y la vida» (14,6). Por ello, «todo el que crea en él, aunque muera, vivirá» (11,25).

Esta «vida eterna» (*zoe aionios*), cualitativamente diferente de nuestra actual salud frágil y caduca, se está gestando desde ahora en nosotros. El creyente desarrolla su vida, sufre la enfermedad o se acerca a su término biológico sabiendo que el hombre no es «un ser para la muerte» (M. Heidegger), sino para la vida plena de Dios. Ese Dios, resucitador de Cristo, es quien un día «enjuagará las lágrimas» del ser humano. Entonces «ya no habrá muerte, ni luto ni llanto ni dolor, pues el viejo mundo habra pasado» (Ap 21,4). La salud total ya no sería utopía. «Al que tenga sed, Dios le dará gratuitamente del manantial del agua de la vida» (Ap 21,6).

5. La salud desde una actitud cristiana

La actuación de Jesús y el espíritu que la **anima nos** permiten situar mejor la salud desde una perspectiva **cristiana**.

5.1 *La vida como regalo y tarea*

Para el creyente, la vida es ante todo regalo y gracia. El gran don recibido gratuitamente del creador. No la hemos decidido nosotros. No es algo que se debe a nuestro esfuerzo o mérito. Aunque nos parece muy normal existir, nuestra vida es un acontecimiento que podía no haber sucedido. Es Dios mismo el que nos ha llamado a vivir y ha hecho que se produzca ese hecho único, original e irrepetible que es la

vida de cada uno de nosotros. En el interior de esa vida va a suceder todo lo demás: el encuentro con Dios y con los otros, la alabanza, el amor, el crecimiento de todo nuestro ser.

Por eso, lo primero es alegrarse de vivir. Acoger la vida como gracia y disfrutarla como regalo. El gozo de ser, ésa es la primera respuesta y la más sana al creador. Obedecer gozosamente al Dios que nos llama a vivir. La vida, en definitiva, es sana cuando es obediencia agradecida a Dios. Quien no está en la vida desde esa actitud básica de alabanza y de acción de gracias, no está viviendo su existencia de forma plenamente saludable.

Por otra parte, la vida como toda gracia de Dios pide ser acogida. Por eso, el primer mandato de Dios es vivir. Mandato que está inscrito en lo más profundo del ser humano, y no en leyes externas. Desde una perspectiva creyente, en esto consiste precisamente la salud: en cuidar la vida, desplegarla, hacerla crecer según los designios de Dios y conducirla hasta su plenitud total en él.

Esta tarea es una responsabilidad personal en la que nadie puede ser sustituido por otro. La vida de cada uno es absolutamente personal. Como dice M. Buber, «cada uno de los hombres representa algo nuevo, algo que nunca antes existió, algo original y único». Nadie, antes de mí, ha sido igual que yo ni lo será nunca. Nadie verá jamás el mundo con mis ojos. Nadie acariciará con mis manos. Nadie rezará a Dios con mis labios. Nadie amará nunca con mi corazón. Por eso, mi primera vocación es ser yo mismo. Desarrollar las virtualidades que hay en mí. Ser fiel a Dios en mí mismo. Responder al creador desplegando la vida que ha sembrado en mí.

Esto significa que yo soy el primer responsable. Mi vida es sólo mía, y nadie me puede sustituir. Si yo no la vivo, habrá en el mundo un vacío que nadie podrá llenar. Si yo no amo, siempre faltará ese amor. Si yo no gozo, no crezco, no creo, , faltarán para siempre ese gozo, ese crecimiento y esa creatividad.

Por otra parte, hemos de recordar que la vida es siempre algo inacabado. Una tarea siempre por hacer. Gracia que se

nos está ofreciendo en cada instante como posibilidad. Según K. Lorenz, en esta capacidad de irse construyendo a sí mismo está precisamente, la grandeza y también la fragilidad del ser humano. «El hombre puede ir siempre más lejos, pero puede también caer siempre más bajo. Siempre se da la posibilidad constitutiva de superarse o de perderse»⁵⁸.

5.2. *La salud, responsabilidad personal*

El extraordinario desarrollo de la medicina tecnificada ha ido acostumbrando al hombre contemporáneo a esperar prácticamente la salud de los profesionales sanitarios y de su técnica. A ellos se ha de acudir para que la suministren, pues ellos son los encargados de producirla o de recuperarla cuando se ha perdido.

Se despierta así la fatal ilusión de creer que la salud puede ser producida y conservada como uno de tantos bienes de consumo de la sociedad moderna. De hecho, una excesiva tecnificación de la medicina puede hacer que las personas descuiden de manera irresponsable su salud. Ivan Illich llega a decir que esta puede ser «la mayor amenaza para la salud del ser humano», ya que las personas terminan abdicando, en buena parte, de su propia responsabilidad, para confiar de manera desproporcionada en la técnica médica⁵⁹.

Lo cierto es que no pocas personas van perdiendo la relación responsable con su propio cuerpo y su salud. Casi sin advertirlo, se va atrofiando su capacidad de escuchar y de interpretar los mensajes de malestar o bienestar que el organismo envía. Por otra parte, se acude rápidamente al médico para «ser curado», sin ahondar de forma más consciente y responsable en las posibles causas de la enfermedad.

Desde una visión cristiana de la salud, parece necesario

⁵⁸ Citado por M Bous, *Apprendre a vivre*, Cerf, París 1988, 23 (trad esp, *Aprender a vivir*, Edicep, Valencia 1992)

⁵⁹ Es bien conocido el impacto provocado por la obra de I ILLICH, *Némesis médica. La expropiación de la salud*, Barral, Barcelona 1975, denunciando la medicalización moderna de la vida y de la muerte.

recuperar y reafirmar «la salud como virtud», por utilizar una expresión de I. Illich⁶⁰. La fe ha de estimular a los creyentes a asumir de forma responsable el cuidado de la propia salud. Cada uno de nosotros somos los primeros responsables y los que hemos de atenderla en todas sus dimensiones.

Esto significa, entre otras cosas, adoptar una postura más responsable ante el hecho del enfermar. Sería equivocado, sin duda, atribuir todo deterioro de la salud a la responsabilidad culpable de la persona. La enfermedad se debe, muchas veces, a factores ajenos al individuo: la persona puede ser víctima de un entorno patógeno, de accidentes fortuitos o de injusticias de otros. Por otra parte, la enfermedad es reflejo de la caducidad y finitud del ser humano. Sería injusto pues, culpar a todo enfermo de su mal. Pero sería también equivocado eludir nuestra posible responsabilidad atribuyendo siempre el deterioro de la salud a la fatalidad, la mala suerte o las diversas circunstancias.

La postura correcta y realista ha de ser otra. Hemos de contar siempre con la presencia del mal, irracional y absurdo, *mysterium iniquitatis* que puede emerger en cualquier momento de nuestra frágil existencia. Pero hemos de estar también atentos a nuestro propio pecado con el que consolidamos y acrecentamos el mal en nosotros. Nuestra actitud responsable y agradecida a Dios, creador de la vida, ha de ser no dañar nuestra salud con nuestro pecado o nuestras formas equivocadas y poco sanas de vivir. Al contrario, luchar positivamente contra todo lo que pueda deteriorar nuestra vida.

Por eso, ante la enfermedad, hemos de preguntarnos por qué hemos enfermado. La enfermedad no ha de ser considerada siempre como un mal que nos ataca desde fuera; puede ser, muchas veces, resultado de mi biografía. La enfermedad puede ser yo mismo, que no estoy desplegando mi vida de manera sana. Por eso, la enfermedad envía casi siempre un mensaje: nos informa de alguna desarmonía que está alte-

⁶⁰ Cf S. SPINSANTI, *El corpo nella cultura contemporanea*, Queriniana, Brescia 1985, 52-56.

rando nuestra vida, nos llama a cuidar con más atención algún aspecto de nuestra existencia, nos urge a atender con más responsabilidad nuestra salud

El mensaje de la enfermedad es, a veces, fácil de captar se nos llama a vivir de forma más moderada, con un ritmo de trabajo y descanso más saludable, alimentándonos mejor física y espiritualmente. Otras veces, su mensaje puede ser más profundo se nos invita a un cambio de vida, una mejora de nuestras relaciones con los demás, una renovación interior, la búsqueda de sentido

5.3 *El cuidado de una salud humana*

Aceptar el don de la vida significa, para el creyente, ser humano, asumir su dignidad humana, vivir como hijo de Dios y hermano de los hombres. Por eso, desde una visión creyente, la salud no consiste simplemente en un buen funcionamiento biológico del organismo físico, o en un desarrollo armonioso del psiquismo. La salud consiste en desarrollar todas las dimensiones del ser humano, llamado a ser hijo de Dios.

Es cierto que va creciendo, en la sociedad contemporánea, la conciencia y el deseo de una salud más integral. Sin embargo, la búsqueda de salud sigue siendo, por lo general, fragmentaria y parcial. La cultura del cuerpo se está desarrollando sin tener en cuenta otras dimensiones esenciales de la persona. El modelo médico predominante sigue ocupándose, de ordinario, del órgano enfermo, sin atender al paciente en su totalidad físico-psíquica. Los enfermos son curados de su enfermedad, pero pocas veces son sanados interiormente y encaminados hacia una vida más saludable. Las ciencias psicológicas, por su parte, ignoran casi siempre la dimensión espiritual y trascendente de la persona, limitándose a recomponer el psiquismo humano como un sistema cerrado en sí mismo.

La acción sanadora de Jesús invita a la búsqueda de una salud más total e integral. El lema clásico «mens sana in corpore sano» (mente sana en cuerpo sano) es insuficiente,

y puede incluso ser falso. Una persona egoísta e injusta, incapaz de relaciones solidarias, cuya vida transcurre sin sentido ni proyecto alguno, ¿es realmente una persona sana?⁶¹. Para un creyente, cuidar la salud no es sólo velar por el buen funcionamiento del cuerpo o cuidar el desarrollo armonioso del organismo, sino vivir desplegando de manera responsable todas las virtualidades positivas que Dios ha sembrado en él.

Desde una perspectiva cristiana, cuidar la salud exige comprometerse en un trabajo de conversión que nos ayude a ir pasando del resentimiento al amor fraterno, del aislamiento a la comunicación amistosa, del egoísmo a la gratuidad, de la apatía a la compasión, de la pasividad a la creatividad, del propio rechazo a la autoestima de quien se siente hijo de Dios. Orientar la vida de manera saludable implica también cuidar mejor el espíritu, recuperar una relación sana con Dios, liberarse de heridas y culpabilidades malsanas del pasado, dar un sentido último de esperanza a la existencia.

Estos últimos años ha crecido de manera extraordinaria el cuidado del cuerpo. Higiene corporal, deporte, gimnasia, control del peso, régimen adecuado, chequeo periódico, masajes, sauna, *footing*..., todo es poco para mantenerse en buena forma física. Sin duda, hemos de felicitarnos en su justa medida por este redescubrimiento del cuerpo y de su cuidado, que puede ayudar a no pocos a vivir de forma más sana y humana.

Esta afirmación del cuerpo sería todavía más positiva y humanizadora si no se olvidara dónde radica su grandeza y dignidad. El cuerpo no es algo vacío y hueco, privado de interioridad. En nuestro cuerpo se despliega el Espíritu de Dios que alimenta nuestro ser. Por eso, el cuerpo no es sólo una máquina cuyo buen funcionamiento se ha de asegurar. Nosotros mismos somos cuerpo, materia viva, animada por el Espíritu del Creador.

⁶¹ Ya K. BARTH dice que «el principio *mens sana in corpore sano* puede ser perfectamente egoísta y salvaje si vale sólo para el individuo y no significa también *in societate sana*», cf *Dogmatique* I, Labor et Fides, Ginebra 1965, 44-45

Para un creyente, el cuerpo es regalo y gracia de Dios que ha de agradecer y cuidar. De hecho, el cuerpo es el lugar básico de nuestra experiencia de la vida. Nuestras sensaciones, sentimientos, procesos mentales, actitudes espirituales y experiencias religiosas se enraizan en él. Nuestro cuerpo es el lugar de encuentro y comunicación con los demás, el lugar de la caridad. En el cuerpo, desde el cuerpo y a través del cuerpo nos expresamos, nos realizamos y nos damos a los demás. Nuestro cuerpo es, al mismo tiempo, lugar de encuentro con Dios. En el cuerpo, desde el cuerpo y a través del cuerpo se abre nuestro ser a la alabanza, la acción de gracias y la adoración a Dios.

No se ha de ignorar, sin embargo, la ambigüedad de este mismo cuerpo que puede ser también lugar de separación, de odio y de agresión a los otros, y lugar de resistencia y desobediencia a Dios. De ahí la necesidad del señorío sobre el propio cuerpo, para ponerlo al servicio del amor y de la libertad, no del egoísmo y de la esclavitud. El creyente no convierte el cuidado del cuerpo en «culto». No cae ingenuamente en esa celebración pagana del cuerpo vigoroso y bello, puesto al servicio del propio narcisismo. No hay «culturismo cristiano». El cuidado del cuerpo se integra en el culto al único Dios, y está siempre al servicio de la caridad.

La salud no debe convertirse en una nueva idolatría que esclavice y deshumanice a la persona. Son cada vez más los que parecen hacer de su bienestar corporal y psicológico el objetivo supremo de la vida. Sólo se interesan por lo que les puede dañar o hacer bien. Viven casi exclusivamente para su «buen funcionamiento»: cómo se alimentarán, qué plantas tomarán, qué remedio usarán, como cuidaran mejor su organismo. K. Barth hablaba ya de aquellos «que se ponen a cultivar su salud con tal pasión y entusiasmo que muestran hasta qué punto están en realidad enfermos»⁶². El cristiano no olvida la advertencia evangélica sobre la preocupación del «qué comeréis» o «con qué os vestiréis», y sabe que lo primero es «buscar el reino de Dios y su justicia» (Mt 6,25-34).

6. La fuerza saludable de la fe

Hemos de entender bien esta fuerza saludable de la fe. En ningún momento se han de confundir las diferentes dimensiones del ser humano ni tampoco los planos desde los que es posible intervenir en la salud. Sería un error convertir la religión en una «técnica terapéutica». A. Vergote critica la utilización de la religión como técnica para integrar las diferentes dimensiones de la existencia (etnopsiquiatría) así como la práctica de una «psicoterapia cristiana» al estilo de la *pastoral counselius* de A. Boisen o la lectura terapéutica de los textos bíblicos sugerida por E. Drewerman⁶³.

Esto no significa negar a la religión sus efectos saludables en la persona creyente. El mismo A. Vergote afirma de forma clara que la religión cristiana ejerce una influencia favorable y positiva en la salud de aquellos creyentes convencidos que han sabido integrarla en su personalidad. El profesor de Lovaina concreta esta fuerza saludable así: «La fe da la fuerza llena de confianza de una filiación divina, ensancha la existencia y le da un tono de celebración; solicita la confesión de los sentimientos de culpabilidad, previniendo así, según Freud, la neurosis de culpabilidad, y hace reencontrar una inocencia ante sí mismo en el Otro que es Dios...»⁶⁴. Es esta la dirección en que queremos situar nuestra reflexión.

6.1. *La necesidad de salud espiritual*

Los modelos actuales de salud ignoran, por lo general, la dimensión espiritual del ser humano. Es la tentación constante de un determinado enfoque «científico», que reduce al ser humano a lo empíricamente observable, negando en él toda dimensión trascendente. Sin embargo, no es legítimo ignorar esa sed radical que hay en el hombre, de abrirse a lo Absoluto y de vivirse a sí mismo y vivir la realidad hasta su

⁶³ A. VERGOTE, *Religion, pathologie, quérison*, RevThLouv 26 (1995) 3-30

⁶⁴ Ib, 25.

profundidad última Una salud integral está pidiendo una integración sana de la persona, no sólo en su nivel físico, emotivo o mental, también en su relación y apertura al Espíritu

Para muchas personas, una relación sana con Dios, misterio último de la vida, puede ser fundamento y principio de una salud que se despliega en todas las esferas del ser humano y favorece una vida saludable en todos los niveles De hecho, la salud espiritual se caracteriza por una experiencia de paz interior, agradecimiento, perdón radical, amor incondicionado, respeto total por la vida, compasión por todos los seres, búsqueda de verdad interior Este tipo de experiencias en la persona abierta a Dios es fuente de vitalidad saludable Ya C G Jung consideraba que «acercarse a lo sobrenatural es verdadera terapia»⁶⁵

No hemos de olvidar, sin embargo, que no toda relación con el Absoluto es sana De hecho, el evangelio opera como fuerza sanadora de una religiosidad insana, pues libera del miedo paralizador y estéril a Dios, desenmascara una moral legalista y enfermiza que no hace más humana a la persona, cura del resentimiento religioso, condena el culto vacío de justicia y de amor De ahí la necesidad permanente de una «conversión religiosa» que conduzca, del miedo a Dios al amor ante él al Padre, de la actitud defensiva ante él a la acogida confiada, de la incomunicación a la invocación, de la arrogancia a la humildad, de la autocondena a la acogida de su perdón, de la visión egoísta y parcial de la vida a la visión amorosa y total de la existencia

Por otra parte, el acelerado proceso de secularización ha producido en no pocos esa especie de «represión religiosa» de la que habla V Frankl⁶⁶ En el fondo de bastantes personas y a causa de diversos factores socioculturales, la relación con lo trascendente ha quedado reprimida En estos casos, una religiosidad más o menos inconsciente, adherida a imágenes y vivencias de la infancia, al quedar atrofiada y

⁶⁵ Citado de las cartas de C G Jung por F E VAUGHAN *Spiritualita e salute nella psicologia transpersonale* Citadella, ASIS 1989 70

⁶⁶ V FRANKL *La presencia ignorada de Dios Psicoterapia y religion* 67 79

reprimida, impide la relación sana con Dios y consigo mismo; degenera a veces en diferentes formas de superstición o idolatría, y llega, incluso, a producir neurosis en las que «se venga la deficiencia de trascendencia».

La curación, como en todos los procesos de falsa representación, se logra cuando la persona se plantea de manera consciente y responsable su actitud y sabe integrar en su existencia la apertura confiada y agradecida al Dios Amor, revelado en Jesucristo.

6.2. *La experiencia básica del amor*

Quien no encuentra en la vida acogida, amor y comprensión, fácilmente cae en la inseguridad, el resentimiento o el crecimiento raquítico⁶⁷. Para vivir y amar la propia vida de forma sana, el individuo necesita sentirse apreciado y amado incondicionalmente por alguien, y no sólo por sus logros o méritos, sino sencillamente por lo que es. Lo que hoy enferma de raíz la vida de no pocos es, precisamente, la falta de esta experiencia básica. No se sienten amados. Les falta el estímulo y la fuerza más decisiva para su desarrollo humano.

La fe en Dios y en su amor incondicional y gratuito, ofrece al creyente una experiencia básica para la sanación. A veces olvidamos que la experiencia central de la fe cristiana es ésta: «Yo soy amado, no porque soy bueno, santo y sin pecado, sino porque Dios es bueno y me ama de manera incondicional y gratuita en Jesucristo». Ser cristiano no es simplemente creer que Dios existe, sino acoger práctica y existencialmente el amor gratuito de Dios, saberme amado en Cristo, tal como soy, antes de que cambie y sea mejor.

Esta fe en el amor incondicional de Dios ofrece una base privilegiada para crecer en autoestima sana. Quien cree en ese amor gratuito de Dios posee una fuerza interior insospechada para aceptarse a sí mismo, no sólo en sus aspectos positivos, sino también con sus sombras y aspectos negati-

⁶⁷ A. H. MASLOW, *El hombre autorrealizado*, Kayrós, Barcelona 1991⁹

vos H Fortmann describe así la importancia sanadora de la fe en Dios «El hombre debe amarse a sí mismo, incluso en aquella parte de sí, de la que tiene miedo, porque sólo con este amor pueden ser gobernados afectos e instintos. A mi juicio, es precisamente la fe la que nos capacita para ello. Amarse a sí mismo, cuando uno sabe quién es, es la cosa más difícil que se pueda dar. Y sólo es posible mediante una confianza llena de fe, en la convicción de que somos dignos de ser amados. ¿Y no consiste en esto precisamente la acción de gracias y la reconciliación con nosotros mismos que nace del hecho de que Dios se ha reconciliado con nosotros y nos ha aceptado como hijos suyos?»⁶⁸

Esta fe en el amor gratuito de Dios ofrece una fuerza decisiva para asumir de forma sana la propia culpabilidad. La psicología actual subraya con razón la importancia que tiene para el crecimiento sano de la persona el que sepa curar sus heridas y reconciliarse con su pasado. Son importantes, sin duda, las técnicas y pautas de comportamiento que para ello se ofrecen: olvido de lo negativo, compensación, autovaloración. Pero difícilmente pueden estas técnicas proporcionar la paz interior, la seguridad íntima, el gozo que infunde la fe en el perdón real de Dios, perdón total y absoluto, nuevo comienzo de todo, gracia que regenera⁶⁹.

De esta forma, la fe cristiana contribuye de forma decisiva a desencadenar en la persona un proceso donde el amor es fuerza sanante. «Quien llega a creer en el amor incondicional de Dios, él mismo se ama y valora —autoamor—, y quien así se ama y valora, inevitablemente se pone al servicio de los demás»⁷⁰.

⁶⁸ H FORTMANN, *Salute e salvezza. Vita religiosa tra equilibrio e nevrosi*, Herder Morcelliana, Roma 1969, 30.

⁶⁹ D LINN-M LINN, *La guérison des souvenirs* DDB Paris 1987.

⁷⁰ M ANDRES, *Puedo ser otro y feliz* Atenas Madrid 1988³ 187.

6.3. *Evangelio y vacío existencial*

Para vivir de manera sana, no basta con mantener una buena salud física, emotiva y mental. No es suficiente ir logrando en la vida los objetivos externos que uno se va proponiendo. Es necesario afrontar de manera sana las grandes cuestiones de la existencia. La persona ha de saber estar de forma sana en el mundo, dando un sentido último a su existencia.

Como decíamos más arriba, el vacío existencial es hoy una de las neurosis más graves del hombre contemporáneo. Por otra parte, «el problema Job» va sustituyendo progresivamente al problema de la conciencia moral del pecado. Al hombre actual le abrumba más la carga de una existencia vacía y sin sentido que el peso de su claudicación moral⁷¹. Este vacío existencial, vivido por lo general de forma latente, es uno de los factores patógenos más importantes. Donde impera el vacío de sentido se opera más fácilmente la desintegración y fragmentación de la persona. Una inconsistencia de fondo debilita su existencia y la hace más vulnerable.

El individuo sin sentido existencial no se siente bien. Vive en desarmonía con la vida. Para vivir de forma más sana, necesita llenar su vida de sentido, no vivir separado de sí mismo, recuperar el centro de su existencia. Sólo así podrá desplegar su yo auténtico, su libertad verdadera y su creatividad.

El evangelio, acogido con fe, trabaja como fuerza terapéutica aportando al creyente sentido, y proporcionándole la base espiritual que le permite liberarse de su vacío interior y su fragmentación. La fe en el Dios revelado en Jesucristo ayuda a recomponer la existencia y reunificar los fragmentos, hace redescubrir la propia dignidad, contagia biofilia, permite abrirse al horizonte de una esperanza última.

Esta «logoterapia evangélica» no se contrapone a los valiosos esfuerzos de las ciencias médicas por curar el psiquismo humano. Es una participación real en el acontecimiento salvador de Jesucristo, que actúa a un nivel más profundo que las diversas terapias, dando a estas mismas su

⁷¹ E. BISER, *El futuro de la teología*, SelecTeol 111 (1989) 232.

sentido último y más pleno. La sanación radical se realiza aquí mediante el hallazgo de sentido y salvación en el encuentro con el Dios de Jesucristo. Esta sanación no consiste sólo en curar lo que ya había enfermado, sino también y sobre todo, en prevenir en el creyente la erosión dañosa del sin sentido y en contagiar de salud todo su vivir.

6.4. *El cultivo de un estilo de vida sano*

Un estilo de vida poco humano impide a bastantes vivir de forma saludable. De hecho, la vida se deteriora cuando la persona no atiende nunca a los valores superiores de la existencia, camina sin proyecto vital alguno, vive las relaciones de forma exclusivamente utilitarista, satisface de manera incontrolada todas las pulsiones, llena su vida sólo de cosas, consume sexo despersonalizado e insolidario, huye hacia la evasión de las drogas.

Una de las tareas evangelizadoras más urgentes hoy es, a mi juicio, la de recuperar una visión más positiva de la moral cristiana, percibida por muchos, no como la forma más sana de vivir, sino como un conjunto de leyes y preceptos que impiden vivir la existencia de forma gozosa y liberada. Por decirlo en dos palabras, hay que ayudar a las gentes a descubrir que las cosas no son malas porque Dios las prohíbe, sino que están prohibidas porque son malas y no conducen a una sana realización de la existencia. Hay que promover la forma de vida evangélica mostrando prácticamente que es el estilo de vida más acertado y saludable.

Pero, no se trata sólo de entender la moral cristiana de forma positiva. El evangelio es, además, una invitación a vivir valores muy maltratados en la sociedad actual, pero que pueden ayudar a vivir de forma más saludable: el cuidado de la vida interior, la experiencia de una vida más sobria y sencilla, el desarrollo de la dimensión contemplativa de la existencia, el cultivo de la gratuidad, la recuperación de un corazón más limpio y atento a las llamadas del Espíritu, el disfrute respetuoso y agradecido del cosmos, la vida vivida como alabanza.

7. Actitudes sanas ante la vida

Entre las actitudes básicas que la fe puede desarrollar en la persona hay algunas cuyo efecto saludable se ha de destacar

7.1 *Agradecer la vida*

Lo decíamos más arriba. La vida es don. No es que nosotros vivimos y luego vamos recibiendo «beneficios» de Dios. Nuestra misma existencia es gracia. Por eso, lo primero que el hombre puede y debe hacer es escucharse y aceptarse a sí mismo como regalo gratuito de Dios. La acción de gracias es lo que mejor define nuestro ser. La manera más positiva y sana de aceptarnos y afirmarnos como seres vivos.

Tal vez, una de las desgracias del cristianismo sea el haber perdido, en buena parte, el talante y la actitud religiosa del agradecimiento que se encerraba en la *berakah* o «bendición» judía. Para el creyente israelita, todo podía ser motivo de alabanza y acción de gracias a Dios: el despertar y el atardecer, el calor bienhechor del sol y las lluvias de primavera, el nacimiento del hijo y la muerte del anciano, los disfrutes de la vida y la liturgia del templo. Estas «bendiciones» que acompañan al creyente judío, desde que se despierta hasta que se acuesta, crean todo un estilo de vida donde la alabanza y la acción de gracias ocupan un lugar central.

Una de las conversiones profundas que necesitamos los cristianos es ésta de aprender a vivir lo cotidiano, animados por la admiración a Dios y el agradecimiento. De hecho, la religión de no pocos cristianos se alimenta más del miedo a Dios que de la alabanza y la acción de gracias.

Cuando Dios es percibido como un ser peligroso y temible, ante el cual lo mejor es protegerse y actuar con cautela, el miedo a ese Dios provoca una religión donde lo más importante es mantenerse puros ante él, no transgredir sus mandatos, expiar los pecados y asegurarse la salvación. Este tipo de religiosidad no favorece una postura positiva ante la vida. No conduce a un despliegue sano de la existencia, sino más bien a «enterrar los talentos» de manera estéril.

Cuando, por el contrario, Dios es captado como Padre bueno, origen amoroso de nuestro ser, la admiración ante ese Dios suscita una religión en la que predomina la alabanza, la acción de gracias y el agradecimiento gozoso. Es esta actitud la que nos enraiza de manera sana en la existencia. Se entiende que san Pablo presente toda la vida del cristiano como una «eucaristía» permanente al Padre por medio de Cristo: «En todo, dad gracias a Dios, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros» (1 Tes 5,28), «todo cuanto hagáis de palabra o de obra, hacedlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por medio de él a Dios Padre» (Col 3,17), «cantad y entonad salmos en vuestro corazón al Señor dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5,20). Esta es la primera actitud cristiana ante la vida.

La plegaria eucarística, nacida de la *berakah* judía, está toda ella fundamentada en la admiración, la alabanza y la acción de gracias. No se habla en ella de recompensas ni de castigos. Su lenguaje no es el de la utilidad o el pragmatismo. La eucaristía es «una escuela para el aprendizaje existencial de la gratuidad»⁷². Celebrando la eucaristía hemos de aprender a despertar en nosotros el agradecimiento por la existencia.

Esta actitud agradecida ante la vida nos curaría de la perspectiva utilitarista que domina hoy la existencia de no pocos, en una cultura en la que la rentabilidad, la eficacia o el pragmatismo funcionan como valores fundamentales.

Al mismo tiempo, desencadenaría un estilo de vida más fraterno y solidario. Para vivir en acción de gracias es necesario contemplar la tierra como don de Dios creador, que nos la regala para que la compartamos. Por eso, cuando acaparamos los bienes de esa tierra de forma egoísta e injusta, la estamos negando como don del Padre. No puedo dar gracias a Dios si, con mi propiedad privada, estoy «privando» a otros hermanos del disfrute de la vida. No se puede elevar una acción de gracias verdadera al Padre de todos, exclu-

⁷² X. BASURKO, *Compartir el pan. De la misa a la eucaristía*. Idatz. San Sebastian 1988, 172-231.

yendo a otros hermanos de la mesa de la tierra. ¡Qué clima tan diferente se respira en esas eucaristías del siglo II descritas por san Justino!: «Los que tenemos bienes, socorremos a los necesitados y estamos siempre unidos unos con otros. Y, por todo lo que comemos, bendecimos siempre al Hacedor de todas las cosas»⁷³.

7.2. *Amarse a sí mismo*

La acción de gracias no puede brotar en una persona, si no hay en ella un verdadero y profundo amor a sí misma. La persona que no se quiere, no puede agradecer su existencia. La primera exigencia para desplegar la vida de manera sana es amarse a sí mismo, ser amigo de uno mismo. Ahí puede estar el secreto de un crecimiento sano o, por el contrario, uno de los errores más graves del individuo.

Este amor a sí mismo no ha de ser confundido con el egoísmo, que es una sed permanente de preferirme a mí mismo antes que procurar el bien de los demás. El egoísta vive en su propio mundo, sordo a cualquier llamada del amor, encerrado en su propia limitación, tratando de hacer confluír todas las cosas hacia sí mismo. El egoísta es siempre un insatisfecho, preocupado de no obtener de la vida lo suficiente. En realidad, el egoísta no ama bien a nadie, ni a los otros ni a sí mismo.

El amor a sí mismo consiste, por el contrario, en la aceptación positiva y cordial de uno mismo. Sólo desde ese amor sano a sí mismo, aprende el individuo a aceptar y amar a los demás. Nuestra actitud hacia los otros está profundamente condicionada por la actitud fundamental hacia nosotros mismos. Hay una verdad honda en las palabras de Jesús, cuando toma como medida del amor a los otros, el amor hacia nuestro propio ser: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mc 12,31 y par). Quien se ama mal a sí mismo, ama mal a los demás.

El verdadero problema de no pocas personas no es que

⁷³ Citado por X. BASURKO, *o.c.*, 145.

amen o no amen a Dios y al prójimo; su verdadero problema es que no se aman a sí mismas. Ya C. G. Jung escribía así: «La aceptación de sí mismo es la esencia del problema moral y la síntesis de toda una visión de la vida... La neurosis es un estado de guerra con uno mismo. Todo lo que acentúa la división que hay en el individuo hace empeorar el estado del paciente, y todo lo que reduce esta división contribuye a curarlo»⁷⁴. De ahí la importancia de aprender a amarse a sí mismo, a partir del amor gratuito e incondicional de Dios a cada uno de nosotros.

Este amor sano a sí mismo significa aceptar las cualidades positivas y también las propias limitaciones. Aceptar el pasado, tal como ha sido, con sus horas hermosas y sus momentos amargos; no pretender arrancarlo de nuestra vida; ese ha sido hasta ahora el camino que hemos recorrido entre la fidelidad de Dios y nuestra mediocridad. Aceptar el presente, tal como es, con sus condicionamientos concretos; aceptarme hoy, tal como he llegado a ser. Aceptarme con mis logros y mis fracasos. Acoger en mí «el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5,5) y reconocer también «la ley del pecado que habita en nuestros miembros» (Rom 7,23).

Esta aceptación confiada de nosotros mismos, basada y enraizada en la aceptación incondicional por parte de Dios, puede sanar de raíz actitudes equivocadas que deterioran nuestro vivir diario. Cuando no hay esta sana aceptación de uno mismo, es fácil caer en la falsa autoadulación o en la crítica agresiva a todos. No es extraña la búsqueda de un perfeccionismo narcisista y tampoco el desprecio de uno mismo. La persona puede caer en la seguridad que proporciona la aprobación de los demás o en la «fabricación de un personaje» agradable y admirado. Estas personas ni crecen ni ayudan a crecer.

⁷⁴ Citado por D. LINN-M. LINN, *o.c.*, 84.

7.3. *Unificar la vida desde el amor*

Sólo el amor orienta la vida en la dirección acertada. Desde el desamor, el egoísmo, el resentimiento, la apatía, el odio o la insolidaridad, no se construye una vida sana.

a) *Importancia del amor*

El amor no es simplemente un valor moral que debemos cultivar. El amor es la vida misma, bien orientada. La vida vivida desde su verdadero origen, y orientada positivamente hacia su verdadera plenitud.

En el origen de nuestro ser está Dios, un Dios que es amor infinito e insondable. El misterio que somos cada uno de nosotros proviene de él. Nuestro ser no es sino fruto y reflejo finito de ese amor de Dios. Esto significa que la fuerza vital que circula por nuestro ser buscando expansión y plenitud, sólo está orientada de forma positiva y acertada, cuando está inspirada por el amor y cuando es dirigida hacia el amor. La vida adquiere su verdadero contenido desde el amor y hacia el amor. Cada vez que vivimos una experiencia, realizamos una actividad, nos encontramos con una persona, sufrimos un conflicto, nos comprometemos en una causa..., la fuerza vital que ponemos en marcha está bien orientada, si está impulsada por el amor y se dirige hacia el amor.

Desde esta perspectiva, cobra toda su hondura el mandato cristiano del amor, no sólo como compendio de la ley, sino como síntesis de la vida: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas; y a tu prójimo como a ti mismo... Haz eso y vivirás» (Lc 10,27-28 y par). Se trata de amar con todo lo que hay en nuestro ser, de capacidad de decisión (corazón), de aliento vital (alma), de consciencia (mente) y de fuerza vital (fuerzas). Se entiende también la síntesis de san Pablo: en Cristo Jesús, sólo tiene valor «la fe que actúa por la caridad» (Gál 5,6).

b) *La fuerza terapéutica del amor*

El amor es la fuerza que puede dinamizar y unificar nuestra existencia sanándola de raíz. Podemos hacer muchas cosas cada día, comprometernos en mil actividades. Lo importante es estar haciendo siempre lo mismo: amar.

Unificar la vida desde el amor significa, en primer lugar, amar a través de toda nuestra personalidad, poniendo en juego nuestra capacidad afectiva y nuestra inteligencia, nuestra sensibilidad y vitalidad, nuestros gestos y nuestra palabra, nuestra personalidad entera. Significa, también, abarcarlo todo desde el amor, sin excluir a nadie, sin reservar zonas de comportamiento, sin exceptuar situaciones. El amor verdadero es unificador, lo relaciona todo desde el fondo. Da unidad a toda nuestra actividad, por muy dispersa que pueda parecer.

Se suele hablar mucho de las exigencias morales del amor, pero no es tan frecuente destacar su efecto saludable en la persona. Sin embargo, en la medida en que aprende a vivir amando, en una actitud positiva y activa de amor, no sólo como reacción a un estímulo externo agradable (atracción física, pasión) sino dando una orientación amorosa a su existencia, la persona crece, se libera de esclavitudes y servidumbres malsanas, y su vida se potencia.

El amor estimula lo mejor que hay en el individuo. Ilumina la mente proporcionando claridad de pensamiento y creatividad. Dinamiza a la persona. Hace crecer sus energías. Despierta su capacidad de ser mejor. Pone color en la vida rutinaria de cada día. Da sentido interno a la actividad. Enraiza al ser humano justamente en lo más hondo de la vida, en esa corriente vital que fluye de un Dios que es misterio de amor. Por eso, el amor sana y salva.

BIBLIOGRAFÍA

1. Capítulo primero

CAMACHO F., *La proclama del Reino. Análisis semántico y comentario exegético de las bienaventuranzas*, Cristianidad, Madrid 1987.

DIAZ C., *Eudaimonía. La felicidad como utopía necesaria*, Encuentro, Madrid 1987.

GRESHAKE G., *Felicidad y salvación*, en F. BOCKLE y otros, *Fe cristiana y sociedad moderna*, SM, Madrid 1986.

MARIAS J., *La felicidad humana*, Alianza, Madrid 1995⁵.

ROJAS E., *Una teoría de la felicidad*, Dossat, Madrid 1990¹⁰.

TORRES QUEIRUGA A., *Creo en Dios Padre. El Dios de Jesús como afirmación plena del hombre*, Sal Terrae, Santander 1986.

2. Capítulo segundo

AA.VV., *Teología de la cruz*, Sígueme, Salamanca 1979.

BONHOFFER D., *El precio de la gracia*, Sígueme, Salamanca 1986.

CHABERT I.-PHILIBERT R., *Croire quand on souffre...*, Editions Ouvrières, París 1991.

FRANKL V., *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia*, Herder, Barcelona 1994³; *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1995¹⁷.

LARRAÑAGA I., *Del sufrimiento a la paz. Hacia una liberación interior*, San Pablo, Madrid 1994¹¹.

- LARRAÑETA I., *Una moral de felicidad*, San Esteban, Salamanca 1979.
- SCHURMANN H., *Comment Jésus a-t-il vécu sa mort?*, Cerf, París 1977.
- SOLLE D., *El sufrimiento*, Sígueme, Salamanca 1978; *Imaginación y obediencia*, Sígueme, Salamanca 1971.
- TORRES QUEIRUGA A., *Recuperar la salvación*, Encuentro, Madrid 1979 (existe una segunda edición corregida en Sal Terrae, Santander 1995).
- VARONE F., *El Dios «sádico». ¿Ama Dios el sufrimiento?*, Sal Terrae, Santander 1988.

3. Capítulo tercero

- BOROS L., *Encontrar a Dios en el hombre*, Sígueme, Salamanca 1984⁸.
- COELHO PIRES J. L., *Nuestro tiempo y su esperanza*, Atenas, Madrid 1993.
- GRESHAKE G., *Más fuertes que la muerte. Lectura esperanzada de los Novísimos*, Sal Terrae, Santander 1981.
- MOLTMANN J., *Teología de la esperanza*, Sígueme, Salamanca 1989⁵; *Esperanza y planificación del futuro*, Sígueme, Salamanca 1971.
- MOTTU H., *Esperanza y lucidez*, en B. LAURET-F. REFOULE, *Iniciación a la práctica de la teología*, Cristiandad, Madrid 1985.

4. Capítulo cuarto

- FORTMANN H., *Salute e salvezza. Vita religiosa trae equilibrio e nevrosi*, Herder-Morcelliana, Roma 1969.
- FRANKL V., *La presencia ignorada de Dios. Psicoterapia y religión*, Herder, Barcelona 1994⁹; *Ante el vacío existencial*, Herder, Barcelona 1994⁷.
- FROMM E., *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, FCE,

Madrid 1990¹⁹; *El corazón del hombre*, FCE, Madrid 1980⁷.

GESTEIRA M., «*Christus Medicus*». *Jesús ante el problema del mal*, RevEspTeol 51 (1991).

HARING B., *La fe, fuente de salud*, San Pablo, Madrid 1990².

SPINSANTI S., *L'alleanza terapeutica. Le dimensioni della salute*, Città Nuova, Roma 1988; (dir.), *La malattia, follia e sagesza del corpo*, Cittadella, Asís 1988.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Presentación.....	5
1. El cristiano ante la felicidad	9
1. Todos buscamos felicidad	12
2. Pero, ¿qué es la felicidad?	14
3. ¿Es posible ser feliz?	16
4. La felicidad no depende del destino	18
5. La felicidad no consiste en el bienestar.....	20
6. La felicidad no está en el placer.....	23
7. La felicidad no proviene de los otros	27
8. La felicidad se vive en la esperanza	32
2. El cristiano ante el sufrimiento	37
1. Algunas ideas erróneas	40
1.1. El sufrimiento no es bueno	40
1.2. Dios no es un sádico.....	41
1.3. No es el sufrimiento lo que agrada a Dios	44
1.4. No todos los sufrimientos son iguales	46
2. El seguimiento al Crucificado	47
2.1. La cruz como seguimiento de Cristo	48
2.2. Jesús lucha contra el sufrimiento	49
2.3. Jesús asume la cruz	51
2.4. Jesús sufre por querer suprimir el mal	53
2.5. La actitud de Jesús en el sufrimiento	55
2.6. Nuestra actitud ante el sufrimiento	58
2.7. La cruz en el camino de la felicidad.....	60
3. Ante el sufrimiento inútil	62
3.1. El egocentrismo	64
3.2. La apropiación	65
3.3. La envidia.....	65
3.4. Vacío interior.....	66

4.	Ante el mal inevitable	68
	4.1. Diferentes formas de sufrir	69
	4.2. Actitud cristiana.....	71
3.	Esperar contra toda esperanza.....	75
1.	Una sociedad necesitada de esperanza	77
	1.1. Desmitificación del progreso.....	77
	1.2. Fin de la historia	77
	1.3. Pérdida de horizonte	78
	1.4. Disfrute de lo inmediato	79
	1.5. Vacío de quehacer utópico	79
	1.6. Las consecuencias de «la guerra económica» ...	80
2.	Algunos rasgos del hombre desesperanzado	81
	2.1. Sin metas ni referencias	81
	2.2. Hombre «light»	81
	2.3. Hombre hedonista.....	82
	2.4. Espectador pasivo	82
	2.5. Individualista e insolidario	83
	2.6. Buscador de seguridad	83
	2.7. Diferentes rostros de la desesperanza.....	84
3.	Cristo, nuestra esperanza	86
	3.1. La resurrección de Cristo, fundamento de es- peranza.....	86
	3.2. El Dios de la esperanza.....	88
	3.3. El hombre tiene futuro	89
4.	Perfil de la esperanza cristiana hoy	90
	4.1. Enraizada en Cristo	90
	4.2. En tensión hacia el futuro	91
	4.3. Esperanza arriesgada	93
	4.4. Esperanza crucificada	94
	4.5. Esperanza paciente	96
	4.6. Esperanza lúcida	97
	4.7. Esperanza inconformista	98
	4.8. Esperanza solidaria.....	99
	4.9. Esperanza creativa	100
5.	Algunas tareas de la esperanza en la sociedad ac- tual	100

5.1.	Abrir horizonte	101
5.2.	Criticar la absolutización del presente	102
5.3.	Introducir sentido humano en el progreso	103
6.	Creatividad de la esperanza	104
6.1.	Frente a un «nihilismo fatigado», fe en Dios ...	104
6.2.	Frente al pragmatismo, defensa de la persona ..	104
6.3.	Frente al individualismo, solidaridad	105
6.4.	Frente a la insensibilidad, misericordia	105
6.5.	Frente a la violencia, diálogo y reconciliación .	106
7.	Pedagogía de la esperanza	107
7.1.	Despertar la confianza	107
7.2.	El desarrollo de una actitud positiva	108
7.3.	La mutua acogida, fuente de esperanza	110
7.4.	La comprensión y el ofrecimiento de futuro..	111
4.	Fe y vida sana	113
1.	Una cuestión difícil: ¿qué es la salud?	117
1.1.	La definición de la OMS	117
1.2.	Los límites de la definición de la OMS	119
1.3.	La salud según Diego Gracia	123
1.4.	La salud según el X Congreso de médicos y biólogos catalanes	125
2.	¿Qué es la enfermedad?	127
2.1.	Primera aproximación	128
2.2.	Hacia una visión más total y positiva	129
2.3.	La enfermedad como experiencia humana	130
3.	El carácter patógeno de la sociedad	134
3.1.	Estilo de vida insano	135
3.2.	Patología de la abundancia	136
3.3.	La plaga de la depresión	136
3.4.	Vacío existencial	137
3.5.	Consumismo deshumanizador	138
3.6.	La distorsión de las relaciones personales	139
3.7.	Violencia y destructividad	140
4.	Jesús, portador de salud	142
4.1.	La salvación ofrecida como salud	142
4.2.	Una salud integral	145

4.3. Salud liberadora	147
4.4. Salud responsable	148
4.5. Salud no idolatrada	149
4.6. Salud ofrecida a los más débiles	151
4.7. Salud individual y social	152
4.8. Salud abierta a la salvación	153
5. La salud desde una actitud cristiana	154
5.1. La vida como regalo y tarea	154
5.2. La salud, responsabilidad personal	156
5.3. El cuidado de una salud humana	158
6. La fuerza saludable de la fe	161
6.1. La necesidad de salud espiritual	161
6.2. La experiencia básica del amor	163
6.3. Evangelio y vacío existencial	165
6.4. El cultivo de un estilo de vida sano	166
7. Actitudes sanas ante la vida	167
7.1. Agradecer la vida	167
7.2. Amarse a sí mismo	169
7.3. Unificar la vida desde el amor	171
Bibliografía	173